ANN J.
BENNET
CÓMO CONQUISTAR
A UNA DAMA
INADECUADA
DAMAS IMPERFECTAS 1

ANN J.
BENNET

CÓMO CONQUISTAR A UNA DAMA INADECUADA

DAMAS IMPERFECTAS 1

©ANN J BENNET

Como conquistar a una dama inadecuada

Serie Damas Imperfectas,1

Primera edición octubre 2022

Publicaciones Liberty

Todos los derechos reservados.

Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier método o procedimiento, así como su alquiler o préstamo público.

Gracias por comprar este ebook.

Dedicado a mi amplia y extraordinaria familia.,
así como a Ross Callum y Verónica Mengual.
Gracias a todos por vuestro apoyo y consejos,
incluso cuando mis ideas son alocadas.

Índice

Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Epílogo
Siguiente libro de la serie
Extracto
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2

Notas

Prólogo

La belleza. Un asunto complejo que puede tornarse espinoso y que depende de cada civilización o cultura. Sus cánones son diferentes según que punto de vista. La moda. La sociedad es la que rige este concepto de un modo muy crítico. O se está dentro o se está fuera.

Si una mujer es diferente para lo que se acostumbra según el periodo histórico, sea por su aspecto o pensamiento, no encaja y se le da un ligero empujón, a veces fuerte, para que no estorbe.

Probablemente, cada una de nosotras se ha sentido un patito feo en alguna ocasión. La sensatez nos inculca que lo importante es el interior, que hay que ser fuerte y no dejarse influenciar. Fácil de decir, difícil de hacer. Una misión casi imposible cuanto más atrás se vaya en el tiempo.

Anne J Bennet nos descubrirá, a través de una historia ligera, dinámica y con momentos de estremecimiento, lo que implica en la sociedad londinense de 1816 ser una dama que destaca sobre el resto.

Con *lady* Evaline nos sentiremos muy cercanas e identificadas en muchas situaciones y querremos tenderle una mano amiga cuando necesite ayuda. No importa qué siglo sea, hay comportamientos sociales del todo cuestionables que se dieron en el pasado, se seguirán sucediendo en el futuro y, por descontado, también ocurren en el presente, así que desearemos darle apoyo a una muchacha que necesita descubrir su potencial.

¿Cómo lo hará nuestra protagonista? ¿Cómo se superan todas las adversidades? AMOR. La palabra mágica. Sí, así con mayúsculas y saltándonos las reglas de escritura, pues en el amor y en la guerra no siempre todo debería valer, y cuando es verdadero debería prevalecer.

En un mundo que a veces es muy feo, casi cruel, el amor, entre dos personas que se encuentran y que deciden que nada les impedirá estar juntas, es la llama que enciende la esperanza de un principio prometedor.

El galán de nuestra querida *lady* Evaline debe estar a la altura de las circunstancias. ¿Lo conseguirá? Ya lo veremos, pero le requeriremos al compañero ideal de la joven que desafíe las normas, que rompa los esquemas, que demuestre su devoción y lealtad hacia una mujer a la que debe brindarle su corazón, su alma, su existencia. ¿Qué es la novela romántica, sino un motivo para soñar?

La historia de Anne J Bennet es una narración ágil, de corte clásico,

con una excelente ambientación, que nos mostrará la cara del amor, en una sociedad en la que el mercado matrimonial podía ser peor que adentrarse en una selva africana sin explorar.

Verónica Mengual, escritora.

Capítulo 1

«En la historia de Patito Feo, ¿Cuándo el Patito Feo dejó de sentirse feo? Cuando se dio cuenta de que era un cisne. Cada uno de nosotros tiene algo especial, tipo cisne, escondido en algún lugar».

Benjamin Hoff.

Londres, 1816

Evaline contuvo la respiración mientras se contemplaba en el espejo. Daba igual que se encontrara en la boutique más prestigiosa de la ciudad, como era el caso, o en sus aposentos. Mirar su reflejo siempre la angustiaba.

Todo comenzó cuando su cuerpo empezó a cambiar y coger peso. Pasó de ser una niña normal y feliz a ser la causa de las burlas. En especial de su vecino Brian, hijo de los marqueses de Ashton, y cinco años mayor que ella.

Debido a esas burlas y a la lástima con que su madre la miraba, comenzó a contener la respiración cada vez que estaba sola y frente a un espejo. Al menos de esta manera, podía engañarse y no parecer que su figura fuera tan curvilínea.

—Ese vestido no te queda bien, querida —comentó su madre tras irrumpir en la sala de pruebas—. Quizá si te soltaran un poco las costuras…

Evaline se sonrojó mientras su madre, ajena al daño que le hacía, se sentaba junto a la tía Fanny. Ambas mujeres eran hermanas, pero con la diferencia de que su madre, la condesa de Bowlin, no se daba cuenta del dolor que le causaba a su hija con sus palabras.

—No creo que te quede tan mal —soltó tía Fanny, mostrando una agradable sonrisa—. El color te favorece y la caída de la falda te sienta muy bien.

Su sobrina le devolvió la sonrisa, agradecida, y volvió a mirarse en el azogue. Odiaba ir de compras y, sobre todo, tener que salir del probador para dirigirse a la sala de pruebas y colocarse en la tarima, delante del espejo.

Si por ella fuera estaría montando a caballo, leyendo o tocando el piano. Incluso se atrevería a decir que deshollinar la chimenea sería una tarea más agradable que ir de compras. Aunque nunca había

probado a limpiar una chimenea.

—Pero no puede presentarse en el baile de *lady* Barley con el corpiño a punto de reventar.

La escasa sutileza de su madre la devolvió a la realidad de su cuerpo con demasiadas… curvas. En especial las de sus pechos, que tenía que oprimir hasta la asfixia, al no ser correcto que una dama los tuviera tan… generosos.

—Aunque si siguieras la dieta de la col hasta el día del baile, quizá perderías algo de peso y el vestido te quedaría perfecto. Solo falta una semana y, si te esfuerzas, podrías conseguirlo.

Al escucharla, Evaline hizo una mueca. Era cierto que la última vez que se propuso hacer esa dieta perdió peso, pero no recordaba haber pasado tanta hambre en su vida.

Sin embargo, lo peor de todo fue el resultado. En efecto, el vestido le quedó mucho mejor de lo esperado, pero se sentía tan débil y mareada por falta de alimentos, que durante toda la velada temió desmayarse en cualquier momento.

Por desgracia, su estado no pasó desapercibido, y los cotilleos sobre ella se endurecieron. Antes había sido motivo de risa o lástima, pero desde aquella ocasión, ahora la ridiculizaban y la apartaban como si fuera un bicho raro. Sabía que parte de la culpa era suya por permanecer callada y cabizbaja, pero no podía evitar sentirse avergonzada y refugiarse en sí misma.

Miró a su madre, que la observaba esperanzada, y no tuvo el coraje de negarse. Quizá si alternara la dieta y se privara de los pastelitos de crema de la cocinera, podría perder algo de peso.

—Puedo intentarlo.

El entusiasmo de su madre hizo que ella sonriera, aunque al mirar a su tía y ver cómo esta negaba con la cabeza, se desvaneció al instante su alegría.

Su tía Fanny quería que confiara más en ella misma, pero cómo hacerlo, si desde hacía años todos se reían de ella. El primero de ellos su vecino Brian. Al que por suerte no veía desde hacía años.

Pero en ese momento había asuntos más urgentes que atender. Particularmente, el hecho de que no podía respirar. Temía que si la modista apretaba más su corsé, sin duda colapsaría.

—Siempre se le puede apretar un poco más el corsé si *milady* no consigue su propósito.

Al escuchar a la modista, Evaline estuvo a punto de desmayarse.

«¿Apretar más el corsé?». ¿Acaso quería esa mujer que ella cayera al suelo muerta por asfixia?

Por un momento reinó el silencio, hasta que su madre asintió como si le pareciera una brillante idea.

—Tiene razón, aunque estoy segura de que mi hija conseguirá

rebajar su peso, ¿verdad, Evaline?

—Sí, madre —dijo esta en voz baja, aunque sin sonar muy convincente.

Hacía tiempo que Evaline sabía que nunca llegaría a ser tan delicada y bonita como las otras damas. No importaba lo que hiciera ni la cantidad de paseos que diera, todo quedaba en un vano intento por bajar algunas libras. Siempre sería poco agraciada y gorda.

No obstante, nadie la llamó así en su cara. Más bien le decían que era de complexión robusta. La gente utilizaba el término «gorda» entre susurros cuando ella pasaba por su lado, o cuando creía que ella no podía escucharles.

El problema era que, aunque no se lo dijeran de frente, oírlo en forma de murmullos no le hacía sentirse mejor o menos ridiculizada.

Pero su madre parecía no rendirse, ya que siempre buscaba la manera de que no pareciera… diferente.

Claro que ella no sabía por todo por lo que su hija había tenido que pasar. Como aquella vez, en su primera Temporada, cuando con solo diecinueve años tuvo que soportar cómo lord Claire le aseguraba que su aspecto nunca sería comparable con la belleza de las otras mujeres.

Su comentario le rompió el corazón porque él realmente le había gustado, al creer que era un caballero amable. Por desgracia, no podía soportar verla.

Ella no volvió a acercarse a dicho caballero, que acabó casado con una delicada beldad y marchándose al campo.

Si algo odiaba Evaline más que mirarse en el espejo, era la Temporada social y los cretinos lores que la acompañaban. Ya fueran hombres o mujeres, ninguno merecía la pena.

Pero ¿cómo podía reprochar a unos desconocidos que se rieran de ella o la apartaran, si su propia madre no la aceptaba tal como era?

Sabía que su madre lo hacía sin malicia, pero le dolía ver cómo anteponía los prejuicios de la sociedad a la disposición de su hija. Para ella era mucho más importante la aceptación de una hija que no encajaba, que admitir que nunca sería igual que las demás damas.

Por no decir que nunca sería el estándar de la belleza delicada y etérea que tanto gustaba y estaba de moda.

Evaline era algo bajita, entrada en carnes y basta en sus movimientos a causa de la estrechez de sus vestidos. Además, no sobresalía en su aspecto al tener un cabello moreno y lacio que debía modelar en rizos, los cuales no le solían favorecer al redondearle la cara. Sus ojos azules eran su mayor atractivo, solo que su timidez hacía que su mirada siempre estuviera baja.

Su tía también le decía que su piel blanca de porcelana era la envidia de cualquier mujer, pero ella no veía nada especial en ello. Solo podía ver su nariz pequeña y sus manos regordetas.

Aunque, por suerte, había nacido rica y con un título nobiliario. De lo contrario, no creía que nadie se percatara de su existencia.

Esta era una dura verdad con la que había tenido que vivir desde hacía años.

Luego, estaban esas dos Temporadas en las que había fallado de una forma vergonzosa. Le habían dado más razones para despreciarse y no querer saber nada más de pretendientes y bailes.

Pero, lamentablemente, su madre y su tía Fanny, al igual que su padre, lord Steven Davis, seguían creyendo en la posibilidad de encontrarle marido en su tercera Temporada.

No les importaba que no fuera una joven debutante ni que su figura fuera inadecuada, ellos mantenían la esperanza de que algún caballero viera en ella algo más que su aspecto físico.

Sin embargo, lo único que hasta el momento habían conseguido era que Evaline se sintiera obligada a complacerlos. Incluso si con ello tenía que seguir soportando humillaciones.

Tras terminar su tarea de probarse todo el vestuario para su tercera Temporada, Evaline pudo relajarse. Ahora podría regresar a casa y olvidarse de su incomodidad hasta el baile de *lady* Barley, que se celebraría dentro de una semana.

Una semana donde tendría que comer solo coles, pero donde estaría apartada del mundo en su burbuja privada.

Pero al parecer esa tarde la suerte no estaba de su parte.

Nada más salir del probador, se encontró a las dos arpías más desagradables de Inglaterra, conversando con su madre y con su tía Fanny. Sin duda, para sonsacarles alguna información para desprestigiarla.

Ambas mujeres sonreían, mostrando sus buenos modales, que reservaban para todos aquellos que no las conocían realmente. Pero Evaline las conocía muy bien, y sabía que esas sonrisas y gestos de cortesía eran falsos por completo.

Las dos mujeres eran perfectas rosas inglesas que comenzaban su segunda Temporada. Tanto *lady* Rosie como *lady* Nancy eran rubias de ojos azules y con una figura delgada y delicada.

Para cualquiera que no las conociera, creerían que eran hermanas, ya que siempre iban juntas, pero había algo que las diferenciaba. *Lady* Rosie tenía una personalidad más maliciosa y fuerte, así como más vanidosa. De hecho, *lady* Nancy parecía más su perrillo faldero que su amiga, al seguirle siempre la corriente.

Mientras se les acercaba, puesto que no tenía otra alternativa, Evaline escuchó un retazo de la conversación que su madre estaba manteniendo con ellas.

—Sí, mi querida Evaline está muy emocionada y tenemos todas las razones para creer que tendrá éxito esta Temporada.

Las risas disimuladas de las dos arpías hizo que a Evaline se le cerrase la garganta. Recordó lo cerca que estaba la Temporada y las burlas que tendría que soportar un año más.

Se estremeció al pensar en ello y lamentó su mala suerte al no poder elegir su destino, aunque tenía un plan en caso de que, como esperaba, este año tampoco tuviese una propuesta.

Tras meditarlo, Evaline había decidido comunicarles a sus padres su deseo de permanecer soltera, si es que este año no encontraba un pretendiente. Ahora, al ver las sonrisas en el rostro de aquellas mujeres, estaba más convencida que nunca de contarles su plan a sus padres.

Aunque el hecho de ser hija única y, además, hija del conde y la condesa de Bowlin, no la favorecía.

—Estamos seguras de que nuestra querida Evaline conseguirá un buen pretendiente este año —apuntó *lady* Rosie, con un tono de voz tan meloso que hizo que Evaline pusiera los ojos en blanco. ¿Acaso solo ella se daba cuenta de lo falso que sonaba?—. Es su tercera Temporada, ¿verdad?

La madre de Evaline estaba a punto de contestar cuando tía Fanny se le adelantó.

—Así es —dijo con el mismo tono endulzado—. Una más que la de usted, aunque en realidad solo se llevan unos meses de diferencia. No entiendo como su madre pospuso su debut un año, querida.

Lady Rosie enrojeció y Evaline estuvo a punto de abrazar a su tía. Conteniéndose, se colocó a su lado y la cogió de la mano mientras disimulaba una sonrisa.

—Qué alegría verlas, *lady* Rosie y *lady* Nancy. —Evaline siguió con el juego que ellas habían empezado.

Ambas damas le sonrieron levemente y la miraron con desprecio.

—¿Ya tiene sus vestidos nuevos?

La madre de Evaline, que parecía no enterarse de nada, contestó por ella.

—Este año estará preciosa con su nuevo guardarropa.

—Qué bien —soltó *lady* Rosie con una nueva sonrisa—. Estoy deseando verlo para comprobar lo bien que le queda.

Lady Bowlin estuvo a punto de responder, pero Evaline se adelantó, por miedo a que su madre les hablara de su dieta. De ser así, su vergüenza sería extrema, no solo porque lo sabrían ellas, sino porque acabaría siendo del conocimiento de todo Londres.

—Creo que es hora de irnos. Padre nos espera y ya llegamos tarde.

Por suerte, su plan funcionó y, en cuestión de segundos, estaban fuera de la boutique y del alcance de las risas de las arpías.

Pero pronto estaría frente a otra Temporada, con invitaciones a numerosos eventos en los que volvería a verlas y a soportar los

comentarios maliciosos. Y no solo de ellas, pues parecía que toda la sociedad estaba dispuesta a ridiculizarla.

Las matronas la miraban con pena y desaprobación, las jóvenes con malicia y risitas entre susurros y, los hombres… Ellos, o la ignoraban o la miraban como si fuera un bicho raro que tuviera algo contagioso, pues huían de ella sin mostrar disimulo.

—No te preocupes. Algún día tendrán que comerse sus burlas —le dijo su tía, mientras le apretaba la mano y le sonreía.

Pero Evaline no estaba tan segura, aunque por nada del mundo se lo diría.

Hacía tiempo que había dejado de soñar con un caballero que la amara y la hiciera sentir única y hermosa. Ahora solo buscaba la tranquilidad de una vida de soltera al lado de sus padres y, con el tiempo… siempre le quedaba llenar la mansión de gatos.

Capítulo 2

Tras un largo viaje, Brian había llegado a Londres desde su casa de campo en el condado de Kent. Al igual que en años anteriores, no tenía la intención de visitar la capital, menos aún cuando la Temporada estaba a punto de comenzar, pero esta vez era diferente.

Hacía unos días que había recibido una carta de su madre, *lady* Regina Wilcox, informándole de su enfermedad y su necesidad de que la visitara. Era la primera vez en siete años que ella reclamaba su presencia, por lo que Brian intuyó que su estado sería grave.

Sus visitas a su madre eran más bien escasas y de corta duración, no por motivos emocionales, pues ella era una mujer amable y de buen corazón a la que amaba, sino porque él aprendió en cuanto tuvo edad de casarse, que mantenerse lejos de Londres y de su madre le ahorraría problemas.

Por ese motivo, cada año, la marquesa viuda lo invitaba a quedarse unos días con él, y Brian aceptaba con la condición de que no lo obligara a asistir a eventos sociales.

Por desgracia, ese año su madre había sido más lista y le había enviado una carta avisándole de su enfermedad. Pero, aunque él creyera que era una trampa para que acudiera, no podía desatender su petición.

A su llegada a la mansión, Brian se sorprendió al encontrarla en su sala de bordado, sino en sus habitaciones privadas. Su madre siempre había sido una mujer activa, por lo que fue una sorpresa verla pálida y apocada, recostada en su lecho.

—Madre, no esperaba verla tan mal —le dijo tras acercarse y darle un beso en la frente.

—Es solo un malestar que de vez en cuando me debilita, pero ahora que estás aquí, me recuperaré en pocos días.

Tras sus palabras, ella le sonrió y le indicó que se sentara a su lado.

—¿Pero qué te ha dicho el doctor Laurens?

—Oh, pues que no es nada serio. Solo una leve dolencia que mejorará con un poco de descanso y un tónico.

Brian entrecerró los ojos y la miró con semblante severo.

—¿Estás segura, madre?

—Claro que sí. ¿Acaso crees que te engañaría en algo semejante? —Cuando ella vio que su hijo no le contestaba, alzó la barbilla y prosiguió—. Además, podrás preguntárselo tú mismo en unos minutos, ya que espero su visita.

Al verla sentada en la cama, tan altiva y enojada, Brian estuvo a punto de reír. Adoraba a su madre, sobre todo, por su espíritu decidido y cariñoso, incluso cuando siempre debía llevar la razón o, como ahora, cuando parecía que el doctor más que ir a asistir a un paciente fuera a tomar el té. Era, sin lugar a dudas, toda una mujer.

—En tal caso, me retiraré para que te prepares.

—Quédate un poco más. —Toda su altanería desapareció—. Te he echado mucho de menos y me gustaría pasar un poco más de tiempo contigo. Aunque no te reprocho que apenas me visites —indicó cuando Brian estuvo a punto de protestar—. Sé que estás muy ocupado con los asuntos de la finca y de las demás propiedades. Es solo que me gustaría que pasaras más tiempo con esta vieja marchita.

Brian sonrió y le besó el dorso de la mano.

—Ni eres vieja ni estás marchita. Y lo sabes muy bien, así que recupérate para poder pasear juntos por *Hyde Park*.

Como respuesta, su madre sonrió y se reclinó en sus almohadas. Pero estaba muy lejos de dar por finalizada la conversación.

—También tengo algo importante de lo que hablar contigo.

—Espero que tenga que ver con tu salud o respecto a aumentar mi asignación.

—Es sobre tu futuro.

Al mirar a su madre, Brian vio que esta fruncía el ceño, y temió haberse metido en la boca del lobo. Ya contaba con veinticinco años, y sabía que su madre se impacientaba por que él se casara. ¿Sería su enfermedad una treta para hacerle venir a su lado? Esperaba que no.

—Ya tienes una edad, y debes atender a tus responsabilidades —l espetó la dama tras alisar la sábana que la cubría.

Brian se levantó de la cama y comenzó a caminar por la recámara.

—¿Ni enferma vas a dejar ese asunto? Llevamos años discutiendo del tema, y sabes que nunca nos ponemos de acuerdo.

—¡Porque nunca me das la razón! —indicó ella, indignada—. Sí me hicieras caso y te casaras, dejaría de molestarte.

—Entonces, comenzaría a molestarme mi esposa.

—Oh, eres igual de obtuso que tu difunto padre.

Brian no quería pensar en su padre y en cómo murió de un infarto en su despacho hacía ya siete años. Tras su pérdida, su madre quedó devastada y se negó a regresar a la finca familiar de Kent.

Brian lo entendía y no se lo reprochaba, pero para él era diferente. Odiaba Londres y necesitaba estar en la finca para ocuparse de todo. Por no mencionar que mantenerse lejos de damas casaderas era algo a tener en cuenta.

Pensar en su madre en Londres sin él, le hizo recordar a la dama de compañía de esta, la señora Robins. Una mujer solo un par de años más joven que su madre y de escasos recursos económicos, que se

desvivía por cuidar a su empleadora.

Cuando iba a preguntarle por ella, al extrañarle no verla allí, su madre habló de nuevo.

—Mi enfermedad me ha hecho pensar en que necesitas una esposa. —Como respuesta, Brian bufó para que supiera que no la creía, al llevar años obsesionada con ese tema—. Sé cómo te sientes al respecto, pero debes comprender la responsabilidad que tienes de casarte y engendrar un heredero.

—Y seguro que ya tienes elegida a la afortunada —dijo él con ironía.

—Ahora que lo dices…

Brian se paró en seco y la miró con espanto.

—¡¿No lo dirás en serio?! —Ante el silencio de su madre, él continuó caminando de un lado a otro con pasos enérgicos—. No voy a casarme con una mujer a la que apenas conozco porque te parezca adecuada. Quiero elegir a mi propia esposa, y no que me la asignes como si yo fuera incapaz de encontrar una en condiciones. Es humillante y me niego.

—Pero sí que la conoces.

Al escucharla, Brian se giró hacia su madre. *Lady* Ashton le sonreía y mostraba una expresión que le recordaba a la de un gato que se acababa de comer un ratón. Y todo indicaba que el ratón era él.

—¿A qué te refieres? —preguntó él, aunque no estaba seguro de querer saber la respuesta.

—Será mejor que te sientes para que te cuente todo desde el principio.

Brian estuvo tentado de salir corriendo hacia el condado de Kent

—Como sabes, cada tarde me gusta reunirme para tomar el té —declaró su madre.

«Más bien para cotillear», estuvo a punto de decir Brian.

—Y no vas a creértelo. —La ceja alzada de este indicaba que tal vez sí—. Vi a mi buena amiga y antigua vecina, *lady* Bowlin.

Como su hijo no hizo ni dijo nada, *lady* Ashton siguió hablando.

—Seguro que la recuerdas. Tenía una hija encantadora con la que solías jugar.

De pronto, Brian recordó a una niña entrometida que siempre lo seguía a todas partes. También recordaba haber sido cruel con ella cuando su cuerpo comenzó a cambiar, al hacerle sentir incómodo estar a su lado. Sobre todo, porque ya comenzaba a ser un muchacho y ella le hacía sentir cosas desconocidas que no entendía.

Como era de esperar, no le habló a nadie de estas sensaciones y se limitó a apartar a la muchacha de la única forma que se le ocurrió. Con insultos.

Tras unos segundos de silencio, *lady* Ashton prosiguió su discurso.

—Estuvimos hablando de la necesidad de casar a nuestros respectivos hijos y… ¿a que no te imaginas lo que acordamos?

Brian temió decir lo que pensaba, por miedo a llevar razón.

Sin ni siquiera coger aire, *lady* Ashton le dio la respuesta.

—He aceptado en tu nombre la mano de su hija.

Brian observó a su madre en silencio, a la espera de esta se echaría a reír en cualquier momento, indicando que era una broma. Al ver que eso no sucedía, él comenzó a sudar.

—Creo que no te he escuchado bien. Has dicho que has aceptado la mano de una mujer a la que no veo desde hace…

—En unos meses, será una década.

Como se temía, su madre se había vuelto loca y le había comprometido con una extraña.

Recordaba que la familia del conde de Bowlin se habían mudado a Londres cuando él tenía unos quince años, por lo que la última vez que vio a su prometida ella tendría… unos once.

Y lo único que recordaba de la joven es que su cuerpo había comenzado a engordar hasta hacerla rechoncha y que ella lo odiaba. ¿Y su madre pretendía que él la hiciera su esposa?

—Imposible —susurró Brian, pero su madre no pareció escucharle.

—*Lady* Bowlin me aseguró que *lady* Evaline es una dama encantadora. De todos modos, en unos días estamos invitados a un baile, al que ella también asistirá.

—Pero… lo último que recuerdo de la muchacha es que se escondía de mí y que con solo mirarla ya comenzaba a llorar.

Su madre le contempló con ojos cargados de ternura, y Brian supo que estaba perdido. Cuando ella recurría a esa táctica para causarle lástima, no podía negarle ninguna cosa.

—No quiero imponerte nada, querido. Solo te pido que la conozcas y le des una oportunidad. Sabes que debes casarte, y esa joven es tan buena como cualquier otra.

En eso su madre tenía razón, salvo el pequeño detalle de que ella lo detestaba.

—¿*Lady* Evaline sabe de nuestro compromiso? —A Brian le costó hacer la pregunta y, en especial, pronunciar su nombre.

—Tanto su madre como yo estamos de acuerdo en no decirle nada hasta que os conozcáis. Del mismo modo que lord Bowlin tampoco está enterado, por si al final el acuerdo no sigue adelante.

Brian lo consideró muy conveniente, si no querían que la pobre huyera en plena noche, que su padre la obligara a cumplir el acuerdo o que le exigiera a él mismo algún tipo de reparación. Aun así, por su madre, Brian estaba dispuesto a darle una oportunidad y conocerla al menos.

Lo demás… lo dejaba en manos del destino. Y lamentablemente, en

las de su madre.

—Está bien, la veré en ese baile dentro de unos días. Pero, madre —añadió cuando esta iba a dar un gritito de alegría—. No te prometo nada.

—Claro, hijo, claro. —Su voz no le pareció a Brian muy convincente.

Unos golpes en la puerta interrumpieron la conversación. Segundos después, la cabeza de la señora Robins asomó bajo el umbral, como si temiera molestarles.

—Lamento interrumpir, pero el doctor Laurens acaba de llegar.

—Hágale pasar —dijo Brian con rapidez, deseando poner fin a la charla.

Ya tendría tiempo más tarde para pensar en cómo afectaría a su vida que él se casara con la rechoncha y llorosa *lady* Evaline.

Cuando el médico entró, fue directo hacia Brian y le extendió la mano.

—Me alegro de verlo, lord Ashton. Ahora que está usted aquí, estoy seguro de que su madre se recuperará pronto.

Por desgracia, eso mismo se temía él, pues la mirada baja de *lady* Ashton y de la señora Robins, le convencieron de que todo había sido una artimaña.

Al parecer, ni su madre estaba tan enferma, ni su compromiso con *lady* Eveline había sido tan fortuito.

Pero ya había dado su palabra de conocerla y, como caballero, no podía retractarse. Aunque ello significara meterse en la boca del lobo.

Capítulo 3

En los días que siguieron a su visita a la modista, Evaline se mantuvo firme en su propósito de adelgazar, pero apenas consiguió perder dos míseras libras.

Aun así, se sintió contenta con el resultado, tras verse en el espejo con su vestido nuevo. Sabía que para el resto de las damas su aspecto sería el mismo, pero ella se sentía orgullosa de su logro.

Sonriendo a su reflejo, se giró para verse de lado y le gustó cómo le caía la seda azul celeste. Esa noche sería el principio de la Temporada y, aunque no tenía muchas esperanzas de conocer a nadie o de divertirse, se había propuesto asistir al baile con una sonrisa.

Por desgracia, cualquier esperanza que Evaline tuviera de conseguirlo, se vino abajo a medida que pasaban los minutos en la velada de *lady* Barley.

Como en las dos anteriores Temporadas, se mantuvo en una esquina cuando oyó los primeros murmullos sobre ella. Cuando estos se transformaron en risas, al ver cómo los caballeros la ignoraban, no le quedó más remedio que dejar de sonreír y esconderse, como siempre había hecho.

Un pequeño suspiro se le escapó de los labios al escuchar el comienzo de un vals y mirar a las elegantes parejas en la pista de baile. Ni uno solo de esos supuestos caballeros se había acercado a ella, y tampoco ninguna dama, excepto las más ancianas, que le preguntaron por su salud y sus intenciones en el jardín, como si su vida ya hubiera dejado de ser interesante.

Cuando su madre la miró e hizo el intento de acercarse a ella, Evaline negó con la cabeza. Por nada del mundo se pasaría el resto del baile al lado de su madre. Ese sería su fin social. Prefería estar sola, aunque eso resultara tedioso y humillante.

Pero, al parecer, su noche aún podía empeorar más.

Cuando vio caminar en su dirección a las dos mayores arpías de Inglaterra, Evaline supo que acabaría llorando. Sobre todo, por la mirada de superioridad que mostraba la odiosa *lady* Rossie y la sonrisa falsa de su perrillo faldero, *lady* Nancy.

—Oh, querida. Me pareció haberla visto antes. Como es tan… opulenta, es difícil no verla. —La voz afectada de *lady* Rossie solo consiguió que sonara más hiriente.

Evaline se limitó a dirigirles una mirada fugaz. No quería que vieran el daño que le hacían sus palabras. Pero después comprobó que

eso no impediría que ambas mujeres continuaran insultándola.

—Creímos que ya no se presentaría a más Temporadas. Como las otras dos fueron tan desastrosas, no pensamos que se atrevería a asistir a una tercera —la pinchó *lady* Nancy.

—¿Pero cómo no iba a intentarlo? La pobre no quiere ser una solterona. Aunque solo hace falta verla para saber que ya lo es.

Las carcajadas de ambas mujeres estuvieron a punto de arrancar las lágrimas de Evaline. Sabía que estaba siendo una cobarde. Que debería ponerlas en su lugar y alejarse con orgullo. Pero había pasado tanto tiempo siendo insultada y ridiculizada, que resultaba imposible salir de esta burbuja de tristeza, apatía y desprecio por sí misma.

Y todo comenzó con su vecino Brian. Desde que él la hundió con sus burlas, no volvió a ser la misma niña alegre.

—Por eso ningún caballero se acerca a ella. Para no ser el hazmerreír del baile.

Sus risas la hirieron, pero no les daría la satisfacción de verla llorar. Ella ya había sufrido demasiada vergüenza a manos de esas brujas que se consideraban damas. ¿Esa era la clase de mujeres que buscaban los hombres? ¿Mujeres frías y cortantes, que solo poseían un bonito rostro? ¿Era eso lo único valioso en una mujer, su aspecto físico?

—Debería ser más lista y no aparecer en más veladas. Así nos ahorraría a todos el tener que contemplarla.

Evaline permaneció quieta sin decir una palabra. Pero a las dos mujeres eso les traía sin cuidado, ya que se lo estaban pasando tan bien metiéndose con ella.

—Está desesperada por encontrar un marido. Por eso no le importa ponerse en ridículo.

—Como si fuera posible que encontrara uno respetable... Incluso he oído que su padre la ofrece en el club como si fuera un caballo. Y todo por encontrarle un esposo.

—Eso es horrible. ¿Cómo pueden compararla con un caballo? En todo caso, con una vaca sería más apropiado.

Las dos damas lanzaron unas carcajadas, pero Evaline ya no las escuchaba. Le había hecho más daño oír que su padre la ofrecía en el club de caballeros como si fuera algo que se pudiera vender, y no su hija. Evaline no quiso creerlo, pero ya no podía estar segura de lo que sus padres harían con tal de conseguirle un pretendiente.

Incluso venderla.

Se sintió humillada a un nivel que nunca había experimentado. *Lady* Rossie había cruzado la línea sin pensar en el daño que le causaba.

Los ojos de Evaline ardían con el escozor de las lágrimas. No podría soportar ni un solo insulto más sin desplomarse. Sin importar lo que

pensaran de ella, se alejó lo más rápido que pudo, pero sin perder la dignidad. Solo deseaba encontrar un lugar donde esconderse.

Por desgracia, no podía marcharse del baile cuando este apenas había comenzado. Tendría que esperar hasta medianoche para no desairar a la anfitriona. De ser así, Evaline dejaría de recibir invitaciones y su madre no lo soportaría.

Tenía que aguantar, para no dejar en evidencia a su familia.

Debido a que su mente estaba confundida con pensamientos desgarradores, y que su visión estaba borrosa por las lágrimas, no vio a dónde se dirigía.

Por eso terminó tropezando con un lacayo.

La fuerza repentina del impacto hizo que Evaline perdiera el equilibrio. Antes de que supiera lo que estaba pasando, comenzó a agitar las manos para detener la caída. Fue un error, pues solo consiguió llamar más la atención sobre ella cuando por fin acabó en el suelo.

Por desgracia, su infortunio no acabó ahí, ya que, con sus aspavientos, hizo que la bandeja que llevaba el sirviente también cayera al suelo.

El ruido atroz del acero chocando y el vidrio rompiéndose contra el piso de madera, consiguió llamar la atención de los que se hallaban más lejos y que todavía no se habían percatado del desastre.

Los jadeos que llenaron el aire después, le dijeron a Evaline que todos los presentes en la sala habían visto lo ocurrido.

Durante un momento que le pareció eterno, Evaline permaneció con los ojos cerrados. No podía creer su mala suerte. Y pensar que había acudido a la velada con una sonrisa… Ahora tendría que marcharse humillada y destrozada.

De nuevo era el hazmerreír de toda la alta sociedad.

Pero esta vez fue incluso peor que los insultos y las burlas. En esta ocasión tendría que levantarse con el vestido y el cabello empapados, sabiendo que las miradas de todos estarían sobre ella. Por lo menos, estaba agradecida de que ninguno de los pedazos de vidrio rotos hubiese encontrado su camino hacia su piel.

«Por favor, tierra, ábrete y trágame».

Por desgracia, eso no ocurrió, y tuvo que abrir los ojos. Sabía que cuanto más permaneciera tumbada en el suelo, peor se volvería. Haciendo acopio de todo su coraje, se apartó el cabello de la cara, dispuesta a ponerse en pie.

Como imaginó, todos la miraban, pero ninguno de los supuestos caballeros se apresuró a ayudarla. Tan solo la observaban y murmuraban, incluso reían con disimulo.

Las lágrimas que tanto se había esforzado por contener comenzaron a caer, sin tener el coraje suficiente para limpiárselas.

Tenía que marcharse, e intentar no volver a caer al resbalarse.

Justo cuando comenzaba a levantarse con cuidado, sucedió algo inesperado. Una mano apareció frente a ella.

Al verla, no supo si era real o fruto de su deseo de que alguien la asistiera. Le tomó un instante percatarse que una alguien de carne y hueso le estaba ofreciendo la mano. Cuando se dio cuenta de ello, Evaline apenas podía creerlo. Con los ojos muy abiertos, miró hacia arriba para ver al hombre que le ofrecía su ayuda. Y se quedó completamente impactada.

Unos preciosos ojos la estaban mirando sin aprensión o burla. Cuando ella contempló el rostro del caballero, su corazón estuvo a punto de pararse.

No sabía por qué un hombre tan impresionante le ofrecería su ayuda, originando así que también se burlaran de él.

No creía haber visto antes al hombre en cuestión. El suyo era un rostro desconocido. Y no solo eso, era la cara desconocida más hermosa que había visto en su vida. En ese momento, todos los demás se desvanecieron y ella olvidó la desafortunada situación en la que se encontraba.

Como encantada, puso su mano en la de él. Y como si fuera una pluma, en segundos estuvo en pie frente a él, sintiéndose un poco mareada. Más por su cercanía que por el repentino tirón.

Cuando las rodillas comenzaron a temblarle, Evaline se temió caer de nuevo al suelo.

—¿Se encuentra bien, *milady*?

Al escucharle, Evaline recuperó los sentidos. De repente, las miradas, las risas y los curiosos a su alrededor regresaron, trayendo con ello el recuerdo de la tristeza y la vergüenza. Se dio cuenta de su grotesca apariencia en comparación con la del desconocido, y volvió a desear que se la tragara la tierra.

Aun así, tragó saliva y se esforzó en no parecer lamentable. Ni en mostrar cómo él la aturdía, al hacerla temblar.

—Creo que sí —logró contestar sin que la voz le fallara.

Pero cuando miró hacia abajo y contempló su vestido arruinado por el champán, ya no estuvo tan convencida de estar bien.

—¿Está segura? —preguntó él, extrañado—. ¿No tiene ninguna herida?

Evaline quiso decirle que solo su ego estaba herido, pero simplemente negó con la cabeza. En su lugar, se conmovió por la sincera preocupación en su voz. Si no lo estuviera viendo con sus propios ojos, no creería que un caballero semejante se desvelaría por alguien como ella.

La mirada fija y penetrante del desconocido comenzó a ponerla nerviosa. ¿Iba a reírse también de ella, o iba a ofrecerle su compañía?

Todo era tan nuevo y extraño para Evaline, que no sabía qué pensar o hacer.

Era la primera vez que un hombre se fijaba en ella con un propósito que no fuera humillarla.

—Me alegro de que así sea. Pero debo insistir en que se retire. Está muy pálida, y me preocupa que pueda desmayarse.

«¿Se estaba preocupando por ella?».

Evaline tuvo que contenerse para no echarse a reír de felicidad. Al parecer, que se hubiera caído en mitad de la sala iba a ser lo más excitante que le habría pasado en la vida.

Hasta que apareció alguien que puso fin al encuentro.

—¡Oh, mi pobre hija! —*Lady* Bowlin se le acercaba a paso acelerado y con el rostro demudado—. No podía creerlo cuando me lo han contado. ¿Estás bien?

Al verla, Evaline pensó que su madre parecía más conmocionada que ella, como si hubiera sido ella la que hubiera sufrido el percance.

—No te preocupes, madre, estoy bien —contestó Evaline al verla tan alterada, sorprendida de que su madre hubiese perdido los estribos en público. Solo entonces se percató de que la mayoría de los presentes seguía mirándola, y de lo que significaba su accidente.

Lo había olvidado al contemplar al desconocido, pero su caída significaba sin lugar a dudas su muerte social. Por eso, su madre estaba tan alterada y parecía tan preocupada por llegar a ella lo antes posible.

—Debemos marcharnos cuanto antes… —le susurró su madre, mientras trataba inútilmente de colocarse delante de Evaline para que no se viera el estropicio de su vestido.

Toda la vergüenza que se había quedado olvidada regresó a Evaline, al notar sobre ella las miradas de desprecio, lastima y burla.

—Mamá…

—En casa, cariño. Hablaremos en casa. Ahora tenemos que marcharnos cuanto antes.

Su madre comenzó a guiarla por la sala mientras Evaline se sujetaba sus faldas mojadas. Solo había dado unos pasos cuando se acordó del desconocido que la había ayudado.

Pero al volverse, él ya no estaba.

¿Cómo podía ser tan desconsiderada? Por primera vez, un caballero se le acercaba, e incluso le ofrecía su ayuda, y ella ni se lo agradecía. Si antes se sentía mal, ahora quería morirse.

Se mordió los labios con fuerza y siguió caminando. No quería llorar ni demostrar que se sentía destrozada. Lo que había creído un encuentro fascinante, se había quedado en nada.

Pero ¿de verdad había creído que él buscaría algo de ella? ¿De una mujer ridícula y desastrosa? ¿Del hazmerreír de la Temporada? ¿De

una mujer gorda, sosa y vergonzosa?

Ni los murmullos ni las risas la afectaron tanto como sus propios pensamientos.

Evaline caminó en silencio al lado de su madre, sintiéndose pequeña. No sabía si volvería a verlo, pero nunca podría olvidar la calidez tanto de su mano como de su mirada.

Una mirada la cual estaba segura que la perseguiría en sus sueños.

Capítulo 4

Dos días después, frente a la mansión de los condes de Bowlin, Brian se sentía nervioso. Tras haberlo meditado y consultado con su madre, había llegado a la conclusión de que no encontraría mejor esposa que *lady* Evaline.

Por ese motivo, habían acordado una cita con el conde de Bowlin, y ahora, junto a su madre, Brian llegaba a la mansión del conde para hablar sobre el compromiso con su hija. Motivo por el que le temblaban las manos.

Pero su nerviosismo no se debía a su compromiso con esa mujer, sino a no saber si volvería a verla.

La noche del baile no había podido hablar mucho con ella, pero por cómo lo miraba, estaba convencido de que no lo había reconocido.

Y era lógico, habían pasado diez años y ambos habían cambiado.

Al recordarla, vino a él el brillo de sus preciosos ojos azules y la delicadeza de su mano. Sin lugar a dudas, era una mujer única y preciosa.

Al entrar en la mansión, Brian se centró en su propósito. Había venido junto a su madre para presentarse y hablar formalmente con el conde. Hasta el momento, todo había sido conjeturas por parte de ambas madres, pero tras el encuentro con *lady* Evaline, a él no le pareció tan mala la idea de unirse en matrimonio con la dama.

Él debía casarse, y tanto él como su madre consideraban a *lady* Evaline encantadora. Así que, ¿por qué no seguir adelante con la propuesta?

Sería ventajoso para ambas familias, pues todos saldrían ganando. Tan solo estaba el pequeño inconveniente de que ella lo odiaba desde joven, ¿Pero cómo podría Evaline seguir guardándole rencor tras diez largos años? O eso quería creer él.

Sin desear pensar más en ese asunto, Brian siguió al mayordomo al despacho, donde el conde les esperaba. Había llegado el momento de ser un hombre y cumplir con su función principal como marqués. Y si al hacerlo conseguía a una mujer como *lady* Evaline, el trato no era tan malo.

¿Verdad?

Esa misma mañana, Evaline se despertó sonriendo. Lo llevaba haciendo desde la noche del baile, al no poder quitarse de la cabeza lo sucedido. Sabía que no era correcto, después del desafortunado incidente, pero no podía evitar recordar el momento en que él se presentó ante ella. Lo único que Evaline lamentaba era su marcha sin despedirse del desconocido, pero, por suerte, había soñado con él durante las noches siguientes.

En su sueño favorito, su madre no había aparecido para llevársela, sino que el desconocido había bailado y charlado con ella durante toda la velada. Habían reído, tomado champán y él la había besado. Todo ello provocando que se murieran de envidia las dos arpías, así como el resto de los invitados.

Sabía que solo se trataba de sueños, pero eran tan espléndidos que no podía quitar de su rostro la sonrisa.

Cuando llegó su doncella, Evaline se vistió y realizó sus actividades cotidianas como un día corriente, aunque con la mente un tanto perdida en el recuerdo de su caballero desconocido.

Pero un murmullo cerca del despacho de su padre despertó su interés. Había escuchado antes esa voz, pero no lograba recordar de qué. También se oía la voz de una mujer y la de su padre.

Intentó asomarse tras bajar por las escaleras, pero, por desgracia, llegó tarde y se encontró con las puertas del despacho cerradas. Como era de imaginar, acercó su oreja a la puerta para tratar de escuchar algo más, dispuesta a averiguar de qué conocía a ese caballero.

Pero el carraspeo del mayordomo la avisó de lo incorrecto de su comportamiento y, alzando la cabeza, pasó frente al señor Evans, que se esforzaba por no sonreír.

—Ni una palabra a mi madre —susurró Evaline cuando pasó por su lado.

—Por supuesto, *milady*.

Con la sonrisa de nuevo en su cara, Evaline se dirigió al salón, donde su madre estaba bordando. Quería preguntarle sobre el hombre que había entrado en el despacho de su padre, pero sabía que era del todo inapropiado inmiscuirse en las visitas de este.

En su lugar, Evaline se sentó en su silla favorita junto a la ventana y comenzó a leer. Esa mañana se había levantado tarde, y no le apetecía salir al jardín a ocuparse de sus rosas.

Prefirió sentarse a leer y, de paso, a esperar a que la visita de su padre saliera y así poder verlo.

—Querida, ¿qué te parece si vamos a visitar a la tía Fanny? —le preguntó su madre.

—¿No crees que es un poco tarde para hacerlo? No falta mucho para la comida.

Su madre la miró extrañada, pues quedaba el tiempo suficiente

para ir y hacer una visita prolongada. Pero Evaline no tenía ganas de discutir, solo de distraerse, al estar nerviosa por lo que se estaba hablando en el despacho.

—Entonces, ¿qué te parece si damos un paseo?

Evaline suspiró.

—No creo que sea oportuno, después de lo que sucedió la otra noche —dijo como excusa.

—Oh, querida, estás en lo cierto. No quisiera estropear tu buen humor. —El comentario de su madre fue desafortunado, al recordarle a Evaline lo peor de la velada.

Tras un minuto de silencio, donde esta se creyó vencedora, su madre volvió a atacar.

—Entonces, caminemos por el jardín, así podrás enseñarme tus rosas. —Y para que su hija no se echara a atrás con otro pretexto, Jean dejó a un lado su costura y se levantó—. Vamos, querida.

Sin poder poner objeciones, Evaline también se levantó y acompañó a su madre al jardín, donde no podría ver a la visita de su padre.

Mala suerte.

Cuando llegó la hora de la comida, el humor de Evaline había empeorado, pero, al parecer, el de su padre había mejorado. Su madre y ella entraron en el comedor y, como era su costumbre, Evaline se sentó al lado de su padre, justo frente a su madre.

—Pareces contento, querido. ¿Ha ido todo bien? —Quiso saber esta.

El conde amplió la sonrisa y miró con un brillo sospechoso a su esposa.

—Todo ha ido de maravilla.

La sonrisa que su madre le devolvió empezó a preocupar a Evaline. ¿Por qué estaban tan contentos? ¿Quién era esa visita que tan felices había puesto a sus padres?

Al mirar alternativamente de uno a otro y ver cómo estos apartaban la mirada, Evaline supo que no le iban a gustar las respuestas.

Pero cuando estaba a punto de olvidar los modales y preguntar a su padre, este se puso a hablar con ella.

—Dime, hija. ¿Cómo te sientes esta mañana? Espero que ya hayas olvidado el desafortunado incidente del baile.

—Pues…

—Seguro que pronto todo el mundo lo olvidará y se centrarán en

otro cotilleo.

Evaline lo dudaba, a menos que alguien se cayera en medio de la pista con las piernas alzadas y dejando al aire los calzones. Pero como eso sería un tanto complicado, tendría que resignarse a que se hablara de ella. Aunque sus padres no quisieran admitirlo.

—Tal vez tu madre tenga razón y otra noticia más importante hará que se olviden de ello.

Evaline se encogió de hombros mientras le servían la sopa.

—Y creo que tengo la noticia perfecta. Además, también creo que esta noticia hará feliz tanto a ti como a tu madre —prosiguió su padre, y su madre le sonrió encantada.

Cada vez más recelosa, Evaline miró a su padre y luego a su madre. No estaba segura de que esa noticia le hiciera tan feliz como ellos creían, pero hasta que no la escuchara, no podría saberlo.

—Cariño, esta mañana, lord Ashton me ha pedido tu mano.

Evaline estuvo a punto de bañar con sopa a su madre al atragantarse. Mientras tosía, se decía que no había podido escuchar correctamente, con toda seguridad porque estaba distraída con la comida.

—Te ha sorprendido la grata noticia, ¿verdad?

Por suerte, la tos impedía que Evaline contestara a su padre.

—¿Te acuerdas de lord Ashton? —intervino su madre mientras Evaline tomaba un sorbo de vino para serenarse.

¿Que si se acordaba de él? ¿Del hombre que había hecho de su vida un infierno?

Lo recordaba a la perfección. Él fue la primera persona que se burló de ella. Le tiraba de su cola de caballo o le lanzaba bayas cuando la veía para que no lo siguiera. Evaline no podía olvidar cuántas veces tuvo que irse a dormir llorando por culpa de ese chico, que ahora era un hombre.

Por suerte, sus padres decidieron mudarse a Londres y ella dejó de verlo. Pero nunca pudo olvidar sus burlas, y se preguntaba qué habría sido de ese chico después de tanto tiempo.

No le gustaba la idea de casarse con ese hombre, al estar convencida que al verla seguiría burlándose de ella. No podría soportar una tortura semejante, por mucho que complaciera a sus padres.

—Parece que la idea no te ha hecho muy feliz —repuso su padre, preocupado.

—Es solo que no lo recuerdo, y no sé si va a ser un buen esposo para mí.

—¿Por qué no iba a serlo, si eres maravillosa?

Evaline quiso contestar a su madre, pero su voz se negaba a salir de su garganta.

—Lord Ashton es marqués y está buscando esposa. Por suerte, se ha interesado en ti tras una conversación entre su madre y la tuya.

Evaline miró a su madre, que agachó la cabeza.

—Simplemente coincidimos una tarde y hablamos de nuestro deseo de casar a nuestros hijos. Pensamos que vuestro casamiento sería la unión perfecta. Tú ganarías un partido excelente, y él la esposa que necesita.

—Además, no olvides que unir nuestras tierras por matrimonio es algo a tener en cuenta.

La mirada asesina que su madre le dedicó a su padre, cuando este hizo semejante comentario, hizo que el conde se callara y agachara la cabeza, dispuesto a terminar su sopa.

¿Entonces había sido eso? ¿Él la había elegido por las tierras?

Desde un punto de vista económico, Evaline entendía que él escogiera a una esposa pensando en la dote que ella aportaba, pero ya era un hombre rico. Podría anteponer unas tierras a una esposa a la que despreciaba.

Ni siquiera quería saber la respuesta.

—Por supuesto, no vamos a obligarte a casarte con él —dijo su madre, consiguiendo que su padre se atragantara con la sopa—. Por el momento, solo te pedimos que lo consideres, ¿verdad, Steven?

—Claro, querida —contestó su padre de forma no muy convincente, al haber dado ya su palabra.

Evaline lo comprendía, y sabía que estaba en serios problemas.

Su padre ya había dado su mano, y su palabra estaba en juego. Si se negaba, su honor se vería comprometido, así como una compensación. A Evaline no le quedaba más remedio que aceptar la propuesta, si no quería traer más deshonra sobre su familia.

Contempló a sus padres, que la miraban con cariño, y pensó en todo lo que habían tenido que sufrir, al escuchar cómo ridiculizaban a su única hija.

Y, sin embargo, ni una sola vez le habían exigido que dejara de ser ella misma ni la habían dejado por imposible. Solo la aconsejaban, la apoyaban y se esforzaban en darle lo que creían que ella necesitaba.

Como en este caso, un marido.

—Estoy convencida de que lord Ashton será un marido maravilloso. Gracias, padre, por elegir un pretendiente tan distinguido para mí.

—Hija, tú te mereces lo mejor del mundo.

Al escuchar a su padre, Evaline supo que su destino estaba sellado. Jamás podría hacer o decir algo que dañara a sus padres. Aunque eso significara arruinar su futuro al casarse con ese hombre.

Capítulo 5

El día siguiente, tras una suculenta comida, Brian se dirigió a su club de caballeros para tomar un brandy mientras leía el periódico o charlaba con algún conocido. No tenía muchos amigos en Londres, pero siempre había algún caballero dispuesto a una buena conversación a primera hora de la tarde.

Decidido a pasar una velada agradable, Brian entró en el White's Gentlemen's[1] y se sentó en una esquina de una sala privada para leer un rato. Tenía planes importantes para esa tarde, pues había quedado con lord Bowlin en que visitaría a su hija Evaline. Aunque antes tenía que esperar a que fuera la hora apropiada para las visitas, y había creído que, lejos del nerviosismo de su madre, los minutos pasarían más calmados.

Pero se había equivocado, al no resultarle tan sencillo centrarse en su lectura. Como era frecuente desde la noche del baile, su mente estaba ocupada con *lady* Evaline.

Desde que la vio aparecer y la reconoció, no pudo dejar de observarla. Se la veía delicada y frágil, pero con una chispa de fuego en los ojos que seguro que ni ella misma sabía que poseía.

Le había gustado cómo miraba a su alrededor sin rencor o apatía, como casi todos la miraban a ella en el baile. Ella simplemente actuaba como si observara un espectáculo o un cuadro. Un mundo ajeno a ella, donde nadie podía dañarla.

Hasta que aparecieron esas dos mujeres.

Con poses arrogantes y altaneras, la habían insultado lo bastante alto como para que cualquiera que estuviera a corta distancia oyera todas sus burlas.

Se había sentido malhumorado al escucharlas, y algo sorprendido. No entendía cómo solo podían ver su ligero sobrepeso, y no la bondad de su mirada. Pero Brian se recordó que la alta sociedad siempre solía ser cruel con quien consideraba diferente, y *lady* Evaline, por lo poco que la conocía tras años sin verla, era definitivamente distinta a ellos.

No había imaginado que ella acabara en el suelo, cubierta de cristales rotos y sin que nadie la ayudara. Recordó haberse sentido indignado y haberse acercado a ella para ayudarla.

No estaba seguro de que lo hubiera reconocido. Al principio, a él le había costado creer que la muchacha sin gracia que recordaba, se había convertido en una magnífica mujer. Pero, tras esperar su reacción y darse cuenta de que tan solo lo miraba, estaba convencido

de que no lo había hecho.

Su mirada…

En el momento en que ella se volvió y Brian vio su rostro, él se sintió como si lo hubiera alcanzado un rayo.

Ella era preciosa, de principio a fin. Especialmente, sus ojos, profundos y cálidos como una mañana de verano. Lo habían mantenido cautivado sin que pudiera apenas hablar, y Brian había preferido apartarse cuando llegó la madre de ella, para que no notara su perturbación.

Brian tomó un trago de brandy y notó un hormigueo en sus dedos al recordar su tacto. Habían pasado días desde la noche del incidente y, sin embargo, todavía se sentía arder con su recuerdo.

Pero, sobre todo, rememoraba esa misma mañana, cuando entró con su madre en la mansión de los Bowlin para hablar con el conde.

Lord Bowlin le pareció un hombre afable que amaba a su hija y se preocupaba por ella. Como padre, le había preguntado a Brian por sus finanzas, algo que era de esperar, y por las esperanzas que tenía puestas en su futuro.

Tras conversar de sus fincas y comenzar a sentirse cómodos, el conde le había preguntado si estaba de acuerdo con el plan de su madre y *lady* Bowlin de unirse en matrimonio con *lady* Evaline.

Sin duda, él había contestado que tras verla en el baile, estaba conforme con el casamiento, y eso pareció agradar a lord Bowlin. Al parecer, el pobre hombre había temido que al ver a su hija se hubiera echado atrás, como si esta no mereciera la pena.

Lo que no sabía lord Bowlin era que él no era como los demás hombres, por suerte, pues había podido distinguir un perfecto diamante entre tanta basura. ¿Cómo no hacerlo, si ella resplandecía más que la luz del mediodía?

Lord Bowlin era un hombre precavido, y le había pedido que primero fuera él quien le comunicara la feliz noticia a su hija. Brian no estaba seguro de que *lady* Evaline estuviera contenta con su matrimonio, pero tal vez estaba equivocado. Diez años y la visión de una vida de soltería podían cambiar a cualquiera, y tal vez ella no se acordaba de sus burlas cuando apenas eran unos niños.

Deseaba que así fuera, ya que Brian no podía esperar a ir a su mansión y hablar con ella.

Con ese fin, miró el reloj de cuco que estaba frente a él y se alegró de que faltara poco. El día anterior, al despedirse, tanto su madre, lord Bowlin y él mismo, habían fijado una hora para que él se presentara a hablar con *lady* Evaline. Sabía que para empezar con buen pie la relación, lo primero sería pedirle perdón, y estaba más que dispuesto a hacerlo.

De hecho, se sentía impaciente por verla y saber qué pensaba ella

de su casamiento, en vez de nervioso o preocupado por hacer el ridículo.

Volvió a mirar el reloj de cuco que apenas había movido sus agujas. Resignado a esperar, Brian continuó con la lectura de su periódico. Hasta que una conversación entre caballeros logró captar su atención.

Estaban a escasas mesas de él, pero sus voces eran lo bastante fuertes para que él pudiera escuchar lo que estaban discutiendo. Al principio, Brian no les había prestado atención, hasta que escuchó el nombre de alguien conocido.

—No puede hablar en serio. ¿De *lady* Evaline? —dijo uno de los caballeros, cuya voz dejaba claro que estaba bebido.

—¿Por qué no? ¿No se ve con las fuerzas necesarias para cortejar a ese tonel? —preguntó con tono de burla el otro caballero.

El hombre que acababa de hablar estaba de espaldas a Brian, por lo que este no podía verle la cara. Sin embargo, sí podía ver las facciones de los otros dos caballeros, pero estaba seguro de no reconocer al que veía más claramente. No lograba recordar su nombre, aunque su rostro le parecía conocido.

Brian siguió escuchando, al querer confirmar que antes había oído el nombre de una dama. Y no cualquier dama. El nombre de *lady* Evaline.

Tuvo que soportar otra ráfaga de risas hasta que los caballeros continuaron hablando.

—Con el suficiente whisky en mis tripas, claro que puedo cortejarla.

—No me refería a un simple cortejo de una noche. —A Brian le resultó conocida la voz del caballero que estaba de espaldas—. Debe ser en serio y durante toda la Temporada, de lo contrario, no valdrá la apuesta.

—¿Y qué conseguimos a cambio? —preguntó el tercer hombre.

—Cien libras.

Los otros dos hombres se mantuvieron en silencio, al ser alta suma.

Si Brian había entendido bien, entre ellos se jugarían quién cortejaría a *lady* Evaline durante toda la Temporada. Cada uno ponía como pago cien libras, y solo les quedaba saber quién sería el escogido.

Una vez que supieran quién era el ganador, este tendría que cortejar a *lady* Evaline. Si perdía, perdía el dinero, pero si ganaba, conseguía doscientas libras.

La apuesta era elevada, aunque el ganador recibiría una buena ganancia. ¿Pero era ese motivo suficiente para ridiculizar y romper el corazón de una mujer?

—Es mucho. Mi familia no es tan rica como la suya, y mi padre ya

me ha amenazado con retirarme los fondos. —Escuchó cómo decía el caballero cuyo nombre no podía recordar, al hombre que estaba de espaldas.

—Además, ya será bastante malo estar acompañado de esa mujer. Podríamos dejarlo en una cantidad de dinero aceptable. ¿No le parece, Collins? —dijo el otro.

Al escuchar ese nombre, Brian supo sin lugar a dudas quién era. Lord Nathan Collins, uno de los lores por el que suspiraban las mujeres, al ser tremendamente atractivo.

Pero no solo eso, el supuesto caballero era, desde hacía años, uno de los libertinos más notables de Londres. Por lo que Brian sabía, su padre hacía tiempo que había desistido de enderezarlo y apenas le dejaban frecuentar la mansión familiar. Brian no sabía de dónde podría sacar el dinero para la apuesta, pero ese detalle no parecía importarle.

—Está bien, acordaremos una cantidad, pero no será tan emocionante.

Los dos caballeros parecieron más tranquilos y continuaron con su charla.

—¿Y cómo decidimos quien conquista a la dama?

Ahora que Brian volvía a escuchar al caballero que creía conocer y que parecía el más borracho, Brian lo reconoció.

Según sabía, era lord Paul Gilbert. El hijo de un barón que vivía en el campo y que al parecer no sabía que su hijo se jugaba lo que aún no poseía. Su cabello rubio de color pajizo era distintivo de su familia, así como su alta estatura.

Lord Collins era todo lo contrario de lord Gilbert. No solo porque lord Collins fuera más atractivo y con un porte más aristocrático, todo lo contrario que lord Gilbert, sino porque lord Gilbert no poseía la malicia y la altanería que brillaba en los ojos verdes de lord Collins.

Brian conocía bien a lord Collins de sus años en Eton, donde ya se portaba como un granuja, dejando en evidencia el título de su padre. Pero eso no parecía importar a las damas, quizá al ser el hijo único de un conde, pues todas se desvivían por cazarle como esposo.

—Muy fácil —dijo lord Collins, sacando una baraja de cartas—. El que saque de los tres la más alta, ese será el que tenga que cortejar a la gorda.

El tercer caballero se rio mientras que lord Gilbert hacía una mueca.

—No debería ser tan poco caballeroso. L*ady* Evaline es, al fin y al cabo, una dama.

Brian se sorprendió de que la defendiera, pero los otros dos se lo tomaron como una broma y se rieron. Brian no reconocía al tercer caballero, pero no importó cuando todos sacaron una carta y se

anunció que lord Collins sería quien cortejara a *lady* Evaline.

Brian lo lamentó, porque sin lugar a dudas conocía a ese hombre, y sabía que haría todo lo posible por ganar la apuesta sin importar las consecuencias. Era un hombre sin corazón, y mucho se temía que *lady* Evaline podría ser víctima de sus encantos en cuanto lo tuviera frente a ella.

Al pensar en ello, Brian se enfureció. Ella ya era suya. Estaba acordado por sus padres, y él ya había aceptado. Aunque una vocecita en su cabeza le recordó que todavía faltaba lo principal. Que *lady* Evaline aceptara.

¿Qué sucedería si ella tuviera que decidir entre el hombre que la ridiculizó de pequeña, y el hombre por el que todas las mujeres suspiraban?

Su furia aumentó ante la posible respuesta, sin pararse a pensar el motivo por el que tanto le molestaría perderla.

Pero no debía desesperarse. Él contaba con el apoyo de sus padres y con la verdad de su corazón. Además, tendría toda una Temporada para cortejarla, si no la convencía antes de que se casaran.

Pero si lord Collins se interponía y acababa apartándola de él, cuando la Temporada llegara a su fin, ella sabría sobre la apuesta. Sin lugar a dudas, eso la destrozaría, más aún cuando toda la sociedad supiera la verdad detrás de la atención de lord Collins.

Aunque, conociéndolo, Brian estaba seguro de que este se las ingeniaría para que su nombre no se viera implicado.

Sin embargo, *lady* Evaline se convertiría en objeto de todas las burlas y, probablemente, eso la destrozaría y la marcaría para siempre como solterona.

Brian comenzó a respirar con agitación y a sentir un abrumador deseo de protegerla. Pero sobre todo deseaba ir a la mesa de esos supuestos caballeros y darles una paliza.

Algo que sabía que no podía hacer, si no quería que todo saliera a la luz antes de tiempo. Debía pensar en un plan para conseguir que Collins no se saliera con la suya. Debía ser más inteligente y utilizar todo lo que tuviera a su favor para conseguir apartarlo de ella.

Mientras los tres amigos continuaban riendo y jugando a las cartas, Brian empezó a urdir un plan.

—Si necesita a alguien que le ayude a levantar esas enormes faldas, no me busque a mí. No quiero tener esos muslos en mi mente durante años.

—No se preocupe. La llevaré a un lugar oscuro y procuraré no perderme entre tanta carne —respondió lord Collins entre carcajadas.

Por un instante, Brian estuvo tentado de olvidarse de todo y romper la botella de brandy en la cabeza del idiota, pero se contuvo. Debía ser más listo que ellos, por mucho que deseara verlo noqueado

en el suelo.

—De todas formas, no creo que me lleve mucho tiempo verla comiendo de mi mano. Está tan ávida de un hombre, que en cuanto me vea aparecer por la puerta caerá rendida a mis brazos.

Por desgracia, Brian conocía a lord Collins, y sabía que ninguna mujer se le resistía. Solo esperaba que *lady* Evaline fuera lo bastante lista para no dejarse influenciar por un rostro atractivo y que pudiera ver a través de él.

Los vítores aumentaron, y Brian supo que no había marcha atrás.

Debía seguir su plan y conseguir el afecto de Evaline antes de que el inoportuno Collins se la arrebatara. Y estaba dispuesto a comenzar esa misma tarde.

Decidido, se acabó de un trago su brandy y se marchó del club, dejando tras él las risas y las burlas de esos hombres.

Tenía un plan y, por lo que parecía, poco tiempo para llevarlo a cabo.

Capítulo 6

Apenas hacía unos minutos que Evaline se había sentado junto a su madre en uno de los sofás, cuando el mayordomo entró en el salón con un anuncio.

—Un caballero desea ver a *lady* Evaline.

Al escucharlo, Evaline sintió cómo se le paralizaba el corazón. ¿Alguien quería verla? De pronto, recordó al caballero del baile y pensó que quizá fuera él. Tal vez se presentaba para interesarse por su estado y para disculparse por haberse marchado sin despedirse.

Pero esa idea no duró mucho en su cabeza, al saber que ningún caballero mostraría esa deferencia por ella. Se negaba a tener esperanzas, pues era demasiado doloroso ver cómo se volvía una sombra a la que nadie recordaba. Solo era alguien de quien reírse, no alguien que mereciera la pena conocer.

—¿Está seguro, señor Evans?

El mayordomo se irguió y enderezó los hombros, como si se hubiera enojado.

—Puedo asegurarle, *milady*, que el caballero ha preguntado por usted.

—Está bien, Evans, puede retirarse y haga pasar al caballero —intervino su madre, que sospechaba de quién podía tratarse, al estar esperando la llegada de Brian.

El mayordomo no tardó en hacer una reverencia y salir del salón, presto a cumplir con el mandato.

Mientras esperaban la entrada del misterioso caballero, Evaline se colocó las faldas y escondió sus manos para que no se notara su nerviosismo. Era la primera vez que recibía la visita de un caballero, y la primera vez que veía a su madre tan nerviosa.

Sus ojos se agrandaron cuando de pronto el mayordomo dejó pasar a un hombre al que Evaline reconoció en el acto. Frente a ella estaba al caballero que había conocido en el baile. El dueño de sus sueños y al que tanto había deseado volver a ver.

Durante un segundo, su cuerpo se quedó paralizado, aunque su pecho subía y bajaba de forma descontrolada. Se había imaginado mil veces esa misma escena, solo que, ahora que era real, apenas era capaz de moverse. ¿Había averiguado su nombre y ahora la visitaba para…?

Pero no tuvo tiempo para pensar en nada más, cuando el señor Evans anunció al recién llegado.

—Lord Brian Wilcox, marqués de Ashton.

El mundo de Evaline se paralizó al escucharle, pues de sobra conocía ese nombre.

—No puede ser… —susurró bajito, coincidiendo su respuesta con la aparición de lord Ashton.

Por desgracia, Evaline no pudo evitar la mueca de disgusto en el mismo instante en que el caballero se detuvo ante ella. Pero ¿cómo no iba a estar disgustada, si acababa de enterarse de que el odioso lord Ashton también era el caballero que la había ayudado la noche del baile?

Comenzó a sospechar que él quizá no le había dicho su nombre y se había marchado a toda prisa al ser todo una broma, pero Evaline no recordaba lo ocurrido como tal.

Él había sido muy galante, y en ningún momento dijo algo desagradable. La verdad era que cada vez entendía menos y solo deseaba subir las escaleras para encerrarse en su recámara.

En vez de eso, Evaline se le quedó mirando mientras él permanecía estoico frente a ella, con las manos a sus espaldas. Como si estuviera esperando una regañina.

Ese pensamiento consiguió que Evaline sintiera el deseo de bufar, pero, al ser una dama, se contuvo. No importaba lo que él hubiera venido a buscar, ella se mantendría tan impasible como él.

Si quería jugar con ella, entonces que empezara el juego. Ya no era esa chiquilla de antaño a la que él hacía llorar, y ahora podía hacerle frente.

Siempre y cuando no continuara mirándola con esos ojos que la hacían temblar y olvidarse de todo.

Brian solo llevaba unos minutos en la mansión de los Bowlin, y ya se sentía como un estúpido. No estaba seguro de qué había esperado cuando se encontrara frente a *lady* Evaline, pero no que esta se quedara petrificada al verlo.

A unos pasos del umbral de la puerta, Brian se quedó parado y con las manos a la espalda, decidido a no dejar notar su nerviosismo. Pero era muy difícil mantenerse inconmovible cuando el silencio se prolongaba demasiado y era el centro de las miradas.

Por suerte, *lady* Bowlin sí reaccionó como se esperaba y acabó ofreciéndole una sonrisa de bienvenida.

—Es un placer tenerle con nosotras, lord Ashton.

—Sé que no esperaban mi visita a esta hora, pero no pude evitar

entrar a saludarlas.

Evaline estuvo a punto de indicarle que no esperaba su visita a ninguna hora de ese día, pero se quedó sin habla cuando el reveló la mano oculta, blandiendo un enorme ramo de rosas.

—Traje estas flores, con la esperanza de que le agraden las rosas.

Entonces, él se adentró más en la habitación y se detuvo cuando estuvo lo bastante cerca como para entregarle las flores a Evaline.

Esta se quedó conmocionada, al ser la primera vez que le entregaban un ramo de flores. Que fueran rosas blancas no era muy original, al ser el ramo más clásico, pero dedujo que él no quiso arriesgarse.

—Gracias, milord. Aunque no parezca original, mi flor favorita son las rosas.

Él asintió complacido, tratando de ignorar lo hermosa que sonaba su voz en sus oídos.

—No debe avergonzarse por semejante gusto. La belleza de una rosa es difícilmente superable.

—Por favor, tome asiento con nosotras y permítanos que le agasajemos con una taza de té —intervino *lady* Bowlin al ver a su hija sonrojada.

Aprovechando el ofrecimiento, Brian se sentó en el sillón que *lady* Bowlin le señalaba y miró a *lady* Evaline, sentada a su lado. Ella se negaba a mirarlo, con la vista clavada en las flores, que pronto fueron retiradas por una doncella.

Como anfitriona, *lady* Bowlin comenzó a hablar del tiempo, sin que ninguno de sus dos acompañantes le prestara la mínima atención.

Evaline pensaba en su mala suerte, al tener como pretendiente al único hombre sobre la tierra al que odiaba. Aunque después de salvarla de una mayor humillación la otra noche, y del precioso ramo de rosas, no sabía si odiarle un poco menos. Excepto que todo fuera una broma y ahora solo se estuviera mofando. Pero con su madre presente, y sin que esta parara de hablar, no podría saberlo.

Por su parte, Brian pensaba en cómo disculparse con ella en cuanto su madre se callara, y si debía mencionar algo de la caída de Evaline la noche anterior. ¿Sería apropiado preguntar si había descubierto algún corte ocasionado por los cristales? Nada más tener este pensamiento, Brian miró el escote de ella y sintió cómo su sangre comenzaba a hervir de excitación.

Definitivamente, sería mejor que no mencionara algo que implicara alguna parte de su anatomía.

El hechizo se rompió al fin cuando la criada entró con la bandeja del té. Brian estuvo a punto de sonreír al escuchar el suspiro que dieron ambas damas. Él también habría suspirado con alivio si no hubiera estado tan aturdido por sus pensamientos.

—¿Cómo desea el té, milord?

—Con un poco de leche y azúcar —respondió Brian, agradeciendo tener algo de qué hablar.

—Igual que mi hija. Aunque a ella le gusta acompañar su té con un buen puñado de galletitas de limón. —Evaline miró a su madre como si quisiera estrangularla, pero le sonrió y tomó la taza que esta le ofrecía con una mirada de congoja.

Queriendo destensar la situación, Brian cogió tres galletitas y se metió una en la boca.

—Estoy de acuerdo con su hija, *milady*. Lo mejor del té es su acompañamiento.

Lady Bowlin suspiró de nuevo y dio un largo trago a su bebida. Sin duda lo necesitaba, después de su discurso anterior. Y como si el té le hubiera devuelto las fuerzas, la dama continuó con su monólogo.

En esta ocasión, Brian no se sintió tan incómodo al poder comer y asentir, mientras pensaba cómo abordar el tema sobre la apuesta de Collins, disculparse por los agravios que él mismo le había hecho a *lady* Evaline en el pasado y presentarle su propuesta de matrimonio.

Aunque no podía hacerlo con su madre presente. Demasiado difícil sería hacerlo delante de *lady* Evaline, como para tener más oídos curiosos a sus palabras y gestos.

Pensó en qué decirle a la condesa para que se marchara, pero no se le ocurría nada que no lo dejara como un libertino o un pusilánime.

—Debo agradecer la ayuda que me ofreció la otra noche.

Las palabras de *lady* Evaline hicieron callar a su madre y llamó la atención de Brian. Había sonado serena y dulce, pero sin atreverse a mirar a este a los ojos, y con sus mejillas de un tono aún más carmesí. Como si se sintiera de alguna manera humillada por mencionar el encuentro.

—Solo hice lo correcto. Y debo añadir que me alegro de haber sido de ayuda. Fue deplorable el comportamiento de los supuestos caballeros que nos rodeaban.

Evaline tragó saliva, como si le costara hablar.

—Ellos no quisieron ayudarme para no ser el hazmerreír de la sociedad.

Brian se indignó al escuchar cómo los defendía. Habían sido unos desconsiderados que no se merecían llamarse caballeros.

—Jamás un caballero pondría su propio bienestar por encima de una dama. Esos… hombres tuvieron una conducta deplorable.

—Por suerte, usted estuvo presente para sacar del apuro a mi hija, milord —dijo *lady* Bowlin para calmar el ambiente—. Es todo un caballero.

Brian quiso decirle que sus pensamientos ante su hija no eran los de un caballero, pero prefirió callarse. En su lugar, contempló los

labios carnosos de *lady* Evaline, y deseó morderlos para averiguar a qué sabían.

Cuando ella se mordió el labio inferior, Brian temió que ella pudiera leer sus pensamientos. Sabía que era un gesto involuntario, inocente, más un hábito que una broma. Aun así, eso no impidió que su cuerpo respondiera.

Brian tuvo que aclararse la garganta y se removió en su asiento, incómodo en ciertas partes de su anatomía. Comenzó a arrepentirse de mirarla al tenerla tan cerca, pero era demasiado tentadora como para no hacerlo. Solo esperaba que ninguna de las damas mirara su entrepierna.

Nada más pensarlo, Brian terminó su té con rapidez y devolvió la taza a la bandeja.

Al verla tan deseable, recordó cuando eran niños y le dolió que ella nunca recibiera ningún cumplido suyo durante su infancia.

Él solo le había dicho cosas hirientes, al sentirse nervioso a su lado, pero no estaba seguro de si ella recordaba todo, y Brian no quería insultarla o hacerla sentir incómoda si lo mencionaba.

Así, decidió intentar traer el tema a colación sin que le causara ningún perjuicio.

—No sé si recuerda que éramos vecinos en Kent. Ambos solíamos frecuentar nuestras respectivas fincas.

El tema que tanto temían los dos por fin había salido a la luz. *Lady* Bowlin se llevó su taza a los labios, indicando a su hija que no iba a intervenir y que le tocaba a ella hablar.

Sin alzar la cabeza, *lady* Evaline cogió aire para responder, temiendo que había llegado el momento de que él la dejara en evidencia. Sin duda, le recordaría lo molesta que ella era, y cómo él la hacía llorar cada vez que se le acercaba estando a solas.

—Sí, lo recuerdo —contestó Evaline en voz baja, mientras contemplaba sus dedos y jugaba con ellos.

Él asintió, inseguro de cómo continuar. Mirarla le dolía, porque podía ver a la pequeña y vergonzosa Evaline.

Al querer que ella solo recordase las cosas buenas, Brian continuó hablando.

—Tengo gratos recuerdos de ambas familias juntas. Y la recuerdo con sus trenzas color azabache, corriendo siempre con algún gatito en brazos.

—Me gustaban los gatos. —Evaline no dijo que eran su única compañía, al margen de sus padres o los criados. Todos estaban demasiado ocupados para jugar con una niña.

El dolor que Brian vio en sus ojos le puso furioso consigo mismo, por haberla hecho pensar en algo que le traía dolor. Algo que él no pretendía en absoluto. Pero, acto seguido, la expresión de Evaline se

iluminó.

—También me gustaban los picnic cerca del lago. Aunque recuerdo que usted acababa metiéndose conmigo y haciéndome llorar cuando echaba a correr y me dejaba la última.

A Brian le agradó que ella sonriera y pareciera haberse relajado.

—Fui un niño insoportable que siempre la pinchaba. La verdad es que no sé cómo podía soportarme.

Ella quería decirle que con él no se sentía tan sola, aunque él fuera un muchacho y ella una niña, hasta que empezó a cambiar su cuerpo. Pero no iba mencionar nada de eso, ya que esta era una charla agradable y completamente diferente a la que había temido.

Brian tampoco estaba dispuesto a confesarle, y menos delante de su madre, que se empezó a reír de ella cuando su cuerpo le hizo sentir cosas que en aquel entonces no entendía. Curiosamente, diez años después, ella seguía produciéndole el mismo desorden, solo que ahora sabía que era deseo.

—Debo disculparme por todas las cosas que solía decirle. Estuvo mal por mi parte causarle ese pesar.

No estaba ni cerca de terminar, pero al escucharla exclamar, Brian se dio cuenta de que ella no esperaba que él se disculpara.

Desesperado por enmendar su comportamiento, se inclinó un poco más hacia ella, deseando estar a solas para poder cogerle la mano.

—Realmente lo siento, y deseo decirle que mis palabras y acciones fueron sin duda alguna equivocadas. Si pudiera perdonarme, me gustaría comenzar de nuevo nuestra amistad, con vistas a nuestras futuras nupcias.

No estaba seguro de si había hecho bien en hablar de forma directa de su matrimonio, pero cuando la vio sonreír, Brian sintió como si se hubiera quitado un peso de encima.

—Le agradezco su disculpa, milord, pero ya no soy una niña, y me doy cuenta de que esas palabras no fueron dichas con afán de herirme. —Evaline sabía que no estaba siendo del todo sincera, pero él le estaba ofreciendo una oportunidad de dejar atrás el pasado, y ella estaba dispuesta a aceptarla. Al fin y al cabo, sus padres ya habían decidido por ella que él sería su marido, y no quería comenzar con mal pie.

Brian no había imaginado que ella fuera tan indulgente, y sintió el deseo de besarla. Se empezaba a dar cuenta de lo increíble que era Evaline, y se prometió que nunca más le haría daño con sus palabras. No de forma consciente.

Por desgracia, él pronto tendría que dejar a un lado su promesa si la advertía de la apuesta que había escuchado en el club de caballeros.

Al pensar en ello, Brian se tensó, pues si ahora se lo confesaba, se romperían los lazos que acababan de formarse. Indeciso, se la quedó

mirando, hasta que *lady* Bowlin carraspeó para hacer notar su presencia.

—Me encantaría quedarme un poco más, pero me temo que debo irme —dijo él, poniéndose en pie y decidido a esperar otra ocasión para sacar el tema—. Con su permiso… me gustaría volver a visitarla en otro momento.

Tanto *lady* Evaline como *lady* Bowlin también se levantaron, con un semblante mucho más relajado. Como buena hija, Evaline pidió permiso a su madre con la mirada y, tras un leve asentimiento de esta, volvió a mirar a Brian con una sonrisa brillando en sus ojos.

—Será un placer que vuelva a visitarnos.

Él asintió con la cabeza, feliz a pesar de la vocecita que le recordaba en su interior la apuesta. Ignorando dicha voz , Brian le devolvió la sonrisa y le dio las gracias, usando cada gramo de su fuerza de voluntad para evitar tocarla.

Al fin logró apartar los ojos de ella y se despidió de la condesa y de *lady* Evaline. Cuando se encontró fuera de la habitación, Brian pudo respirar con normalidad de nuevo, tras haber pasado todo el tiempo conteniéndose para no hacer o decir algo inapropiado. Por suerte, todo había salido mejor de lo esperado, y su relación había comenzado con buen pie.

Con presteza, fue llevado por el mayordomo hasta la salida, justo en el mismo instante en que alguien llamaba a la puerta principal. Cuando el señor Evans terminó de entregarle a Brian sus guantes y sombrero, se dispuso a abrir, apareciendo ante ellos un invitado del todo inapropiado.

—Lord Collins —soltó irritado Brian, al ver al instigador de la apuesta frente a él.

—Lord Ashton —contestó este, visiblemente sorprendido.

Ambos hombres permanecieron frente a frente evaluándose entre sí mientras intercambiaban breves asentimientos. Durante unos segundos, ninguno de los dos se movió, por mucho que Brian deseara empujarlo hacia el exterior. En su lugar, permaneció como un sabueso custodiando la entrada, hasta que el mayordomo carraspeó.

Solo entonces Brian se apartó lo suficiente para dejar paso a Collins, que entró pavoneándose como su hubiera conseguido una victoria.

Furioso, Brian se dirigió a su carruaje, decidido a dejar en evidencia a ese pusilánime cuanto antes. Por desgracia, una vez dentro del coche, se dio cuenta de que ya era demasiado tarde para informar a *lady* Evaline o alguien de su familia sobre la apuesta. Ahora que lord Collins la estaba cortejando abiertamente, si les decía algo, parecería que estaba calumniando al otro pretendiente para desacreditarlo.

De ese modo, Brian se convenció de que solo le quedaba ser más

listo que él y ganarse el corazón de *lady* Evaline. Solo así se aseguraría de que lord Collins no ganara la apuesta.

También pensó que, de esta manera, le ahorraba a *lady* Evaline la humillación de conocer la apuesta. Él debía asegurarse de que esta nunca se supiera y que todo quedase entre los tres caballeros implicados y él. Solo esperaba que nadie más los hubiera escuchado y decidiera contarlo.

No creía que esto fuera posible, al haber comprobado en el club que las mesas vecinas parecían ajenas a la conversación. Pero debía hacer público su interés por Evaline cuanto antes, para así acallar a cualquiera que tuviera la intención de soltar la lengua.

Nadie querría en su contra a un marqués, y menos si este era el marqués de Ashton.

En cuanto a lord Collins, cuando se supiera que el marqués de Ashton cortejaba a *lady* Evaline, a nadie le sorprendería que otros caballeros también lo hicieran.

Era una lástima que no pudiera cortejarla con sinceridad, al no poder confiarle la verdad. Pero todo valdría la pena, si al final ella se convertía en su esposa.

Por desgracia, su vocecita interior volvió a aparecer, recordándole que había demasiado en juego y que nada estaba asegurado. Lo único cierto en todo este asunto eran sus intenciones con ella y los sentimientos que le causaba el verla o tenerla cerca.

Era la única mujer que le había provocado una reacción tan fuerte, y mucho menos una dama.

Quizá todo fuera producto de la impresión por encontrarse de nuevo con ella después de tantos años. Sin duda, cuando ya no fuera una novedad, sus reacciones no serían tan intensas.

O eso esperaba.

Capítulo 7

Madre e hija seguían conmocionadas por la visita de lord Ashton cuando el mayordomo les informó de que otro caballero esperaba a ser recibido. Ya había sido una novedad que un pretendiente las visitara, pero que fueran dos, era simplemente… inaudito.

Aunque lo más sorprendente fue escuchar que el caballero que aguardaba en la entrada era lord Collins. Uno de los solteros más cotizados a lo largo de varias Temporadas.

Quizá por eso Evaline no se extrañó de que su madre, la siempre formal *lady* Bowlin, comenzara a tartamudear y a revisar con la vista que todo estuviera en su sitio. Claro que ella no podía reprocharle nada, pues tuvo que sentarse al temblarle las piernas.

¿Lord Collins pedía verla?

—¿Está seguro de que lord Collins quiere ver a mi hija y no al conde?

El señor Evans asintió con la cabeza.

—Estoy seguro de haber escuchado correctamente que el caballero ha pedido ver a *lady* Evaline, *milady*.

Su madre miró a Evaline como si la estuviera evaluando, intentando encontrar algo diferente en ella. Estaba en su tercera Temporada y era el primer día que habían recibido la visita de dos caballeros. La visita del primero ya había sido todo un acontecimiento, al ser un hecho único.

Pero había algo más. Por mucho que Evaline tratara de concentrarse, no lograba recordar un encuentro entre ella y lord Collins en el que el caballero no la hubiese tratado con desdén.

Entonces, una imagen cobró vida en su mente. Fue en la velada en que cayó al suelo y lord Ashton la rescató. Todo sucedió al poco de llegar al baile. Como siempre habían hecho, en cuando *lady* Rossie y *lady* Nancy vieron sola a Evaline, se acercaron a ella y comenzaron a insultarla.

Aún podía escuchar sus palabras como si las acabaran de decir.

«Está desesperada por encontrar un marido. Por eso no le importa ponerse en ridículo».

«Como si fuera posible que encontrara uno respetable. Incluso he escuchado que su padre la ofrece en el club como si fuera un caballo. Todo por encontrarle un esposo».

«Eso es horrible. ¿Cómo pueden compararla con un caballo? En

todo caso, con una vaca».

En ese momento, Evaline no quiso creer en ese comentario y se alejó de ellas, al estar convencida de que sus padres no harían algo semejante. Pero ahora no sabía qué pensar.

Con el recuerdo de las carcajadas de las dos arpías aún sonando en su cabeza, Evaline volvió a mirar a su madre, preguntándose si la visita de lord Collins se debía a que las palabras de *lady* Rossie eran ciertas.

Sin embargo, su madre parecía realmente sorprendida por el anuncio de la visita y, además, Evaline no creía que fuera capaz de humillarla con el propósito de buscarle un marido. Quería a sus padres, aunque en ocasiones se entremetieran en su vida, y sabía que ellos solo querrían lo mejor para ella. Y eso no incluía mendigar un pretendiente por la sala de baile.

La verdad era que no le apetecía ver a lord Collins, sobre todo, después de lo feliz que estaba tras la visita de lord Ashton.

Estaba a punto de abrir la boca para decirle al señor Evans que no recibiría al caballero, cuando su madre se le adelantó.

—Hágale entrar lo antes posible y que una criada traiga más té. Parece que hoy tendremos un día bastante ajetreado y necesitaremos de todas nuestras fuerzas.

Evaline puso los ojos en blanco tras escucharla. Cualquiera diría que recibir al caballero fuera toda una odisea. Sin ninguna gana se levantó de su asiento para recibirlo, mientras su madre se retocaba el cabello.

Evaline pensó en decirle que el caballero no había pedido verla a ella, pero prefirió callarse y que disfrutara de la visita.

—Cuida tus modales y no digas o hagas nada inapropiado —repuso su madre entre susurros cuando se oyeron las pisadas cada vez más cercanas.

—Tranquila, madre. Intentaré contenerme y no tirarme desesperada sobre el caballero.

—No te hagas la graciosa, Evaline. Sabes muy bien a qué me refiero. Lord Collins es el primogénito de un conde y uno de los hombres más atractivos de Inglaterra. No debes tacharle sin más porque lord Ashton llegara primero. Siempre es mejor…

Por suerte, el anuncio de lord Collins interrumpió a su madre, que solo pudo callar y hacer una reverencia.

—Lord Collins —dijo la condesa adelantándose con una brillante sonrisa, como si lo conociera de toda la vida. Y luego le decía a Evaline ella que tuviese buenos modales…—. ¡Qué sorpresa tan agradable! Es una delicia que nos visite en esta tarde tan encantadora.

Evaline no pudo evitar mirar a la ventana y contemplar el día nublado y ventoso. Si no hubiera estado fuera de lugar, habría puesto

de nuevo los ojos en blanco.

Lo que sí tuvo que contener fue un suspiro al verle. En verdad, era un hombre muy guapo. Aunque ella prefería a lord Ashton.

El invitado tenía el cabello dorado, lo bastante largo como para rozarle las cejas y la parte superior de las orejas. Era alto y de hombros bastante anchos. Pero tenía un defecto. Siempre te miraba como si estuviera por encima de ti y, en esa ocasión, aunque tratara de disimularlo, su supremacía se notaba en su sonrisa falsa y su cuerpo tenso.

Evaline se dio cuenta de que se sentía incómoda con él por la forma en que la miraba. No era la mirada… traviesa de lord Ashton, era más bien un escrutinio, como si buscara algo que halagar de ella y no lograra encontrarlo.

Realmente, a Evaline no le gustaba ese hombre, y temía que la visita se le haría eterna.

Cuando el caballero le contestó a su madre tras besarle la mano, Evaline supo que tanto sus gestos como su sonrisa no eran genuinos.

—El placer es todo mío, al poder pasar una velada tan grata en compañía de unas damas tan encantadoras.

Entonces, él se volvió hacia Evaline, y ella pudo ver cómo sujetaba en sus manos un ramo de flores tal como lo había hecho el marqués momentos antes.

—Le he traído lirios. Pensé que las rosas son demasiado vulgares para una joven tan exquisita.

Por algún motivo, Evaline lo tomó como un insulto a las maravillosas rosas que le había traído lord Ashton, y estuvo a punto de sacudirle con el ramo en su cabeza rubia.

En su lugar, sonrió sin ocultar la falsedad en su gesto y ni se molestó en acercarse a las flores para olerlas. En vez de eso, se las entregó a una de las criadas que estaban presentes preparando el servicio del té.

—Gracias, lord Collins, son encantadoras.

Sintiéndose tremendamente incómoda, lo condujo hasta el sofá en el que se había sentado el marqués y se alejó para sentarse enfrente.

Ante un silencio incómodo, se sirvió el té, notando la diferencia entre las dos visitas. Por suerte, su madre comenzó a hablar del tiempo, y ella pudo relajarse un poco.

Hasta que cogió una galleta de limón para acompañar su té y él la miró con reproche, como diciendo que ya estaba demasiado gorda para seguir metiendo más alimento en su cuerpo.

Sin una sola palabra, lord Collins la había humillado en su propia casa. ¿Cómo sería vivir con él? Con un hombre que parecía perfecto y que exigiría la misma perfección en todo lo que le rodeaba.

Era estúpido pensar que alguien como él la eligiera como esposa,

sobre todo, porque había en el mercado muchachas tan bonitas como *lady* Rossie.

Por muy arpía que fuera, era encantadora, mientras que Evaline solo tenía dinero. Un aliciente que no bastaba para conseguir un buen marido, o ya estaría casada.

De nuevo, recordó a lord Ashton y en lo estúpido que le resultaba complacer a lord Collins, cuando contaba con el interés del marqués.

—Evaline. —La voz de su madre interrumpió sus pensamientos—. ¿Qué te parece la petición de lord Collins?

¿Petición? ¿Qué petición?

Era imposible. No le conocía. No podría haber hecho una petición.

Al verla tan alterada, su madre le aclaró el comentario.

—Lord Collins ha pedido el honor de pasear contigo.

Evaline se alegró de no haber dicho en voz alta sus pensamientos,

—¿Oh? Me hubiera encantado. Sin embargo, lamentablemente tengo que rechazarlo. Verá, he estado sufriendo de dolor de cabeza toda la mañana.

Por suerte, fue rápida en buscar una excusa. No habría soportado un paseo en completo silencio con ese hombre que la hacía sentir gorda y torpe.

La expresión de su madre le aseguró a Evaline que no la había engañado y que se las vería con ella por esa mentira, pero lord Collins pareció aceptar su excusa.

Pensándolo bien, no le extrañaba, pues alguien tan taimado de sí mismo no podría creer que una marginada social como ella no se complaciera con su presencia.

—Sí le duele la cabeza, debería descansar, *milady*. No es bueno para la delicadeza femenina excederse.

Nada más decirlo, Collins miró al plato de las galletas de limón con una mueca de reproche.

Si por ella fuera, se hubiera metido en ese instante un puñado de dichas galletas en la boca, pero se dijo que debía ser ante todo una dama y mostrar recato y sumisión.

Por no mencionar que pondría al descubierto su mentira, y que le interesaba que él la creyera delicada y asustadiza. Aunque era cierto que una parte de ella estaba asustada. Pero no porque lo considerase una presencia imponente, sino porque a su lado se sentía torpe y fea.

—Tiene toda la razón, milord. Es una suerte que nos haya visitado esta tarde. De otra manera, no habría recibido tan apreciado consejo.

Lord Collins pareció gratificado ante el elogio, que era falso, por supuesto, pero su madre, en cambio, estuvo a punto de atragantarse con el té y acabar con un ataque de tos.

Aunque Evaline juraría que su madre mostraba una ligera sonrisa en la comisura de sus labios. ¿Se habría dado cuenta ya de lo hipócrita

que era el caballero?

—En tal caso, me retiraré para que siga mi consejo y descanse. —Collins se puso en pie, para alivio de todos los presentes—. Agradezco el rato tan agradable que me han ofrecido y les ruego que me permitan volver a visitarlas.

Aunque habló en plural, su mirada estaba puesta en Evaline, que comenzó a sentir cómo le sudaban las manos y las piernas le temblaban al intentar levantarse.

—No se moleste en levantarse, *milady*. No tiene que acompañarme al encontrarse alterada.

Evaline lo miró extrañada, pues en ningún momento había pretendido acompañarlo hasta la puerta. Menos aún cuando deseaba que se marchara.

—Haz caso al caballero y descansa, Evaline. Así estarás recuperada para cuando regrese a visitarnos.

La sonrisa de su madre le aseguró que no la había engañado, sino que ella tenía más recursos para no desaprovechar otro pretendiente.

Por su parte, lord Collins sonreía radiante, quizá porque la visita ya había terminado o tal vez porque había logrado su propósito de cautivarla y así ganar la apuesta.

Era evidente que en su cabeza ya veía a la pobre *lady* Evaline rendida a sus pies, sin poderse imaginar que ella solo deseaba que se fuera lo antes posible.

Sin más preámbulos, el caballero se marchó, dejando a las damas en silencio hasta que *lady* Bowlin lo rompió con un reproche.

—Te dije que fueras educada.

—Y lo he sido. De no haber sido así, lord Collins habría salido de esta casa un minuto después de haber entrado y con un ramo de lirios en la cabeza.

—¡Oh, Evaline! Eres incorregible.

Ambas mujeres se sentaron y cogieron una galleta de limón que comenzaron a comer con gusto.

—Aun así, que sepas que estoy muy disgustada contigo. No debiste despedirlo tan pronto y con una excusa tan pobre.

Evaline suspiró.

—Lo importante es que él se la creyó.

—Te equivocas. Lo importante es que él regresará.

Evaline estuvo a punto de atragantarse al darse cuenta de ese detalle.

—¿Tan malo te parece el caballero? —le preguntó su madre mientras Evaline tomaba un sorbo de té para despejar su garganta.

—No es eso. Es solo que… no me siento a gusto en su compañía. —Jane asintió, pero dejó que Evaline continuara hablando—. Además, no entiendo por qué debo consentir que me visite cuando se ha

acordado un compromiso entre lord Ashton y yo.

Su madre suspiró y miró con dulzura a su hija.

—Es evidente que no conoces a los hombres. Es cierto que existe un compromiso entre vosotros. Pero no es formal. Se dejó en abierto hasta que os conozcáis y decidáis por vosotros mismos. Por eso es importante que lord Ashton crea que tienes más pretendientes. Así se dará cuenta de que no debe alargar su decisión, al tener competencia.

—¿Pero eso no es engañar?

—No, querida —le dijo la condesa sonriendo—. Eso es el arte del cortejo.

Evaline pensó en la estúpida idea de creer que cuantos más pretendientes tuviera, más interés tendría lord Ashton en conseguirla. Pero su madre tenía razón, y ella no sabía nada del amor y del cortejo.

Se encogió de hombros y deseó que lord Ashton reconociera que ella era una mujer a la que no debía dejar escapar.

Había disfrutado cada momento de su encuentro y había esperado que nunca terminara.

Solo esperaba que él también lo hubiera hecho y que quisiera seguir conociéndola.

Capítulo 8

Durante las dos semanas siguientes, lord Ashton la visitó casi a diario. En ocasiones se quedaba a tomar el té con ella y su madre, que hacía de carabina, pero en otras más maravillosas, la llevaba a pasear, ya fuera andando o en berlina.

Evaline había pasado con él momentos muy agradables, aunque ya había transcurrido tres días desde su última visita y lo extrañaba. Sabía que seguía siendo el mismo hombre que la había lastimado, pero había algo en él que había cambiado.

Le parecía un hombre más maduro, y le gustó el interés que él mostró por conocerla. También le gustaba el tacto de su mano cuando se la besaba y, aunque ella no sabía nada del amor, estaba segura de que no había sentido solo atracción.

Todo lo contrario que sentía con lord Collins. Él también había vuelto a visitarla hasta en cuatro ocasiones y se había sentido incómoda en cada una de ellas.

Pero esta ocasión era diferente.

Evaline se había puesto un vestido nuevo de color turquesa que le hacía sentir hermosa y, por primera vez, le agradaba su apariencia. El vestido era de un color atrevido para una debutante, y más para ella, acostumbrada a tonos pálidos, pero esa noche su padre le había asegurado que Brian iría al baile y quería impresionarlo.

Además, ¿qué era lo peor que podía pasarle? Ya había hecho el ridículo al caerse en la velada anterior. Comparado con eso, que su vestido fuera llamativo no tenía importancia.

El único inconveniente del vestido era que con él no le resultaba fácil ocultarse, pero decidió que esa noche haría todo lo posible por no desaparecer sin más. Quería que Brian viera a una mujer decidida, y no una que se escondía asustada.

Pero mientras más minutos pasaban y él no venía, menos deseos de socializar tenía. Desde que había entrado en el salón, detrás de sus padres, Evaline no había dejado de escudriñar el área en su búsqueda.

Pero el tiempo pasaba y él no llegaba.

Miró el suelo frente a ella y, como esperaba, no quedaba nada de las hermosas pinturas de tiza en la pista de baile.

Sabía que en cualquier baile respetable, la anfitriona contrataría a artistas para que pintaran elaborados dibujos con tiza en el piso de parquet, para evitar que los invitados se deslizaran por él mientras bailaban. Durante el transcurso de la velada, la obra de arte sería

inevitablemente destruida por los bailarines y especialmente por los dobladillos de las damas.

Y ahora, tanto las pinturas como sus esperanzas habían sido pisoteadas.

Miró de nuevo a su alrededor, pero solo vio lo mismo que hacía una hora. Docenas de velas de cera de abeja iluminando la sala principal y las habitaciones adyacentes, mientras los invitados disfrutaban de la velada.

Sabía que había al menos una habitación reservada para los refrigerios, otra para que los caballeros jugaran a las cartas y otra más para que las damas se retiraran, pero ya había mirado en todas las aconsejadas y Brian no estaba.

Desde su sitio, contempló a los sirvientes corriendo de un lado a otro con bandejas de plata llenas de caro oporto, jerez, coñac y champán. Esta vez, se aseguró de mantenerse lejos de ellos para no sufrir otro incidente, del mismo modo que eludía a los invitados.

Suspirando, miró una vez más hacia la entrada principal, temiendo que él no viniese. Estaba completamente harta de la velada, y solo aguantaba porque le habían asegurado que él iría. Pero no estaba allí.

En la boca del estómago, la sensación de abandono crecía a medida que pasaba la noche sin que él llegara.

Hasta que lo vio en la pista de baile y deseó con todo su ser no haberlo visto nunca.

Brian sabía que llegaba tarde al baile de esa noche, pero no pudo hacer nada por evitarlo. Se apresuró por la sala de baile en busca de *lady* Evaline. Comenzó a examinar las esquinas y junto a las columnas que decoraban la sala, al ser el lugar donde ella mejor podía ver y sin embargo pasar desapercibida.

Cuando por fin la vio, de espaldas a él y apartada de las miradas, su corazón se llenó de alegría y se encontró sonriendo mientras caminaba hacia ella. En ese momento, escuchó a la orquesta tocar unos acordes para el siguiente baile, y decidió que la sacaría a bailar.

Se sentía ansioso por ver su cara cuando se volviera y lo viera, y por tenerla entre sus brazos.

Estaba tan absorto en sus pensamientos que no vio a *lady* Rossie ni a su padre acercándose hasta que fue demasiado tarde.

—Ah, ahí está —dijo lord Taylor—. Comenzaba a dudar que la veríamos esta noche. Aunque la anfitriona nos aseguró vuestra asistencia.

La sonrisa de Brian estuvo a punto de desvanecerse, pero por suerte

reaccionó a tiempo y logró mantenerla en su lugar. No estaba dispuesto a perder ni un segundo más de lo preciso en su compañía, por lo que no les ofreció una explicación por su tardanza. La reservaba para quien sí se la merecía y estaba seguro de que lo estaba esperando.

Dispuesto a ser cortés, pero breve, les saludó con una reverencia y se mantuvo en silencio. Aun así, lord Taylor tenía un propósito y no estaba dispuesto a retirarse hasta que lo cumpliera, aunque fuera evidente que lord Ashton no deseaba su compañía.

—Como veo que no tiene pareja y está a punto de empezar un baile, me atrevo a sugerirle que acompañe a mi hija. Ella aún no lo ha prometido y no sería apropiado desaprovechar esta coincidencia, ¿verdad?

Brian estuvo a punto de poner los ojos en blanco, al no creer que fuera una coincidencia. Resultaba más que evidente que el padre lo había planeado y la hija estaba encantada de seguirle el juego. Atrapado, lamentó tener que bailar con *lady* Rossie, cuando lo que deseaba era hacerlo con *lady* Evaline.

Con la mirada de lord Taylor fija en él, como desafiándolo a que se negara, Brian ofreció su mano derecha a *lady* Rossie, sintiéndose atrapado.

—*Milady*, ¿me haría el honor de acompañarme en este baile?

Como respuesta, *lady* Rossie le ofreció esa dulce y pretenciosa sonrisa que a todos encandilaba y que a él le molestaba. Brian odiaba su evidente altanería y cómo se las arreglaba para lucir tan elegante e inocente, cuando era todo lo contrario.

Él lo sabía muy bien al haber advertido su malicia nada más conocerla, pero estuvo seguro de esta la noche en que escuchó cómo insultaba a *lady* Evaline.

—Por supuesto, milord. Será un placer.

Brian le devolvió una sonrisa falsa cuando ella puso su mano en la de él. Luego, Brian comenzó a llevarla a la pista de baile y ocuparon su lugar justo cuando los acordes del vals comenzaban a sonar.

Por el rabillo del ojo, él vio a *lady* Evaline, anhelando que fuera ella la que tuviera en sus brazos. Solo esperaba que ella no se precipitara en sus conclusiones y no se enfadara porque él hubiera llegado tarde y lo viera bailando con *lady* Rossie.

Ajena a todo esto, *lady* Rossie se propuso aprovechar la oportunidad que su padre le había ofrecido, a petición suya, y le haría ver a lord Ashton que ella era la mujer perfecta para él.

Para ello, comenzó a mostrar sus encantos, como su sonrisa, sus movimientos ágiles y alguna que otra palabra que aumentara el entusiasmo de Brian por ella. Al fin y al cabo, él era uno de los mejores partidos de la Temporada, estaba buscando esposa, era

tremendamente atractivo y ella lo había elegido.

—¿Sabía que nuestros padres eran buenos amigos? Me lo comentó mi padre esta misma noche, justo al verlo aparecer por la puerta.

Brian prefirió no contestar, al no querer seguirle el juego. Pero eso no pareció importarle a *lady* Rossie, ya que continuó hablando de forma coqueta.

—Seguro que los dos estarán complacidos de que bailemos juntos.

—No puedo asegurárselo, *milady*, mi padre lleva muerto siete años, por lo que no creo que pueda preguntárselo.

La cara de *lady* Rossie se sonrojó, y Brian estuvo a punto de sonreír por haberla humillado. Esperaba que se diera cuenta de lo mal que hacía sentir a la persona ofendida, pero con lo soberbia que era no estaba convencido de ello.

—Oh, claro, claro. No quería decir que se lo preguntara. Me refería a que… si estuviera vivo… sería lógico pensar que… se alegraría.

Él prefirió permanecer callado, a la espera de que acabara el baile, pero *lady* Rossie no estaba dispuesta a perder esta oportunidad. Tras un breve momento de silencio, ella siguió con su parloteo.

—¿Sabe que los anfitriones tienen unos jardines encantadores?

—No sabría decirle, *milady*.

—Podríamos salir a verlos después del baile. —La mirada que ella le lanzó insinuaba que podían salir a hacer mucho más que ver los jardines, y Brian se preguntó cuántas veces y con cuántos caballeros habría salido fuera con ese propósito.

—La verdad es que nunca me han interesado —dijo él, con la intención de dejar claro que no le atraía ni la idea ni ella—. Soy un hombre de interiores y de acompañar a las damas donde pueda ser visto.

Sin modificar su sonrisa por la negativa, *lady* Rossie decidió que debía utilizar otra clase de armas para atraparlo.

—Estoy segura de que su madre estará deseando que su hijo forme pareja con una mujer adecuada.

—Imagino que, como toda buena madre, deseará lo mejor para su hijo.

—Por supuesto. También estoy convencida de que le parecería una idea maravillosa que nuestras familias se unieran.

A Brian se le hizo un nudo en la garganta y casi tropezó al escucharla.

—Perdóneme. Creo que no la he entendido bien.

—Es lo bastante evidente que tanto su madre como mi padre no se opondrían a una relación entre nosotros.

Brian estuvo a punto de quedarse petrificado en la pista de baile ante su atrevimiento. Por supuesto, él no iba a hablarle de las intenciones de su madre de unirlo a la familia de los condes de

Bowlin, no porque Brian se avergonzara de ello, sino porque no habían acordado una fecha.

Ante su silencio, *lady* Rossie continuó hablando.

—Ambos venimos de buenas familias y buscamos lo mismo en un matrimonio.

—¿Está segura? Yo creo que usted busca algo completamente diferente que yo.

—Oh, vamos, lord Ashton. —Ella siguió mostrando una sonrisa falsa—. No me diga que es un hombre fantasioso que busca el amor. Lo creía más sensato.

Ella lo salvó de contestar cuando continuó su charla, como si sus respuestas no le importaran.

—Sabe que hacemos una buena pareja y nadie se sorprendería ante nuestra unión. Usted es un soltero cotizado, y yo soy la debutante más aclamada en dos Temporadas.

Brian posó su mirada en ella para observarla, pero no logró ver nada que le atrajera. A su entender, solo contaba con su belleza y que provenía de una buena familia. Algo en lo que coincidían la mayoría de las damas presentes. Pero le faltaba frescura, dulzura y honestidad.

Brian no pudo evitar mirar hacia el rincón donde había visto a *lady* Evaline, sabiendo que ella sí poseía esas cualidades, entre otras muchas. Por desgracia, no logró verla mientras seguía girando por la pista.

Mientras, *lady* Rossie continuó hablando, ajena a la mirada perdida de Brian.

—Desde que debuté, he tenido que declinar muchas ofertas de matrimonio para esperar la adecuada y, al ser usted un marqués… es lógico que se case y desee, como yo, la mejor opción disponible.

Al escucharla, Brian estuvo a punto de dejarla en medio de la pista de baile en ese mismo instante. Jamás había conocido a una persona tan engreída y egocéntrica, y se alegraba de que el baile estuviera llegando a su fin para poder librarse de ella.

Recordó todas las veces que había hablado con Evaline, quien nunca había mencionado su título. Sin embargo, una conversación con *lady* Rossie le dejó en claro que era todo lo que ella veía en él, lo único que realmente le importaba. Se sentía profundamente enfadado y a la vez orgulloso de haber conocido a alguien como *lady* Evaline, por lo que decidió que no tenía sentido mantener su compromiso ni sus intenciones ocultas por más tiempo.

Mientras *lady* Rossie esperaba una respuesta, él suspiró y se dispuso a acallarla de una vez por todas, a alejarla de su lado y a confesarle a quién pertenecía su corazón.

—Estoy de acuerdo con usted en que debo elegir la mejor opción disponible. —La sonrisa de ella se profundizó al escucharle—. Por ese

motivo ya he elegido a mi prometida, y debo decirle que mi madre apoya mi decisión.

Los ojos de ella se agrandaron.

—¡Oh! ¿Ya tiene prometida?

—Así es. Y debo decirle que es una dama encantadora.

Ahora era él quien mostraba una sonrisa.

—Por favor, sepa que no es mi intención herir sus sentimientos al rechazar su oferta, pero comprenderá que no puedo comprometerme con usted cuando mi corazón ya está cedido.

La mandíbula de ella cayó y se quedó tan rígida entre sus brazos que a Brian le costó moverla.

—¿Cedido? ¿Quién es ella?

—*Lady* Evaline —Brian no dudó en decir su nombre, al desear dejarle claro que se sentía orgulloso de su compromiso.

—¡¿La gorda?! —casi gritó ella, incrédula.

—Le pido que no vuelva a insultar a mi prometida —dijo Brian tan enfurecido que ella calló y agachó la cabeza, aunque sus ojos resplandecían de odio.

Por suerte, en ese momento el baile llegó a su fin y él no perdió el tiempo en apartarse y hacer una reverencia.

—Ha sido un placer, *milady*.

Con esas palabras, Brian se dio la vuelta para alejarse, sin darle a ella la oportunidad de responder ni molestarse en acompañarla junto a su padre.

Su corazón estaba puesto en otra misión y sus ojos volvían a vagar por el salón en busca de *lady* Evaline. Por suerte, pudo verla antes de que ella saliera con paso apresurado por una puerta.

Eligiendo no demorarse ni un momento más, Brian comenzó a ir tras ella. Evaline no estaba a la vista cuando él salió por la misma puerta y acabó en un largo pasillo. Aun así, continuó caminando, con la esperanza de encontrarla.

Sus silenciosas oraciones fueron respondidas cuando, tras abrir una puerta, la vio en el fondo de lo que parecía una sala que la anfitriona utilizaría para recibir visitas. Sin vacilación entró, consiguiendo que ella se volviera asustada.

—Lord Ashton —susurró Evaline con evidente asombro.

En la habitación solo estaban ellos dos, y él se acercó unos pasos, hasta que vio como una lágrima comenzaba a caer por la mejilla de ella.

—*Lady* Evaline, ¿le ocurre algo?

Tras escucharle, otra lágrima rodó por su mejilla y Brian supo que algo había ocurrido. Algo que no le gustaría oír.

Capítulo 9

Un dolor atravesó el corazón de Evaline cuando los vio bailar juntos. Todos estos días se había comportado como una tonta al creer que un hombre como lord Ashton se fijaría en ella.

Ahora que lo veía con *lady* Rossie, comprendía que él buscaría como esposa a una dama de su belleza. Era cierto que su carácter era terrible, pero nadie podía negar sus encantos. Incluso el año de su debut fue considerada como el diamante de la Temporada, y seguía ostentando ese título, al no haber otra dama más bella que ella.

Un suspiro se deslizó por sus labios sin que Evaline lo supiera. ¿Cómo no iba a preferir un marqués a *lady* Rossie? Una mujer segura de sí misma, que incluso rechazaba ofertas de matrimonio a la espera del hombre perfecto.

Al verlos girar por la pista de baile y cómo la gente a su alrededor admiraba la excelente pareja que hacían, Evaline decidió que ya había tenido suficiente.

Ahora, su precioso vestido amarillo no le parecía tan extraordinario ni se sentía especial. En un abrir y cerrar de ojos, había vuelto a ser la gorda de la Temporada, por culpa de unas libras de más que la hacían diferente.

A nadie le importaba cómo era ella por dentro, sus aspiraciones, sueños o gustos, solo veían los michelines que aparecían en sus costados.

Sin poder soportar ni un segundo más verlos juntos, decidió alejarse. Al salir de la sala de baile sintió cómo todas sus esperanzas de bailar toda la noche con él se desvanecieron, así como sus sueños. Caminó por el pasillo en busca de un lugar donde esconderse y recomponerse a solas.

No soportaba la sensación de abandono que sentía, pero, sobre todo, no soportaba la rabia por haberse dejado engañar como una ingenua.

Por suerte, encontró una sala donde no había ningún invitado, y entró cerrando la puerta tras ella. Por fin estaba sola, como lo estaría el resto de su vida.

Jamás esperó que él la siguiera, y mucho menos que pareciera preocupado cuando, tras escuchar cómo se abría la puerta, Evaline se giró y lo vio frente a ella.

—Lord Ashton —susurró, asombrada al haber creído que estaría aún con *lady* Rossie.

—*Lady* Evaline, ¿le ocurre algo?

Ella notó la preocupación en su voz y sintió cómo su mundo se desmoronaba. No entendía nada, y solo deseaba marcharse para siempre de ese lugar.

—Si me disculpa... No me siento bien, y tengo que encontrar a mis padres para que me acompañen a casa.

No quería estar a solas con él, al temer que le confesara sus intenciones de casarse con *lady* Rossie. Esa noche no lo soportaría, por lo que solo le quedó tratar de huir como una cobarde.

Pero cuando se vio obligada a pasar por su lado, Brian la agarró por la muñeca.

—¡*Lady* Evaline, por favor, espere! —La desesperación en su voz hizo que ella se detuviera.

El lugar donde él la sujetaba le ardía, provocando que todos los nervios de su cuerpo se despertaran. De repente, fue plenamente consciente de su presencia y de los estragos que él le producía en su cuerpo y en su mente. Por desgracia, ya era demasiado tarde para ella, pues era evidente que estaba enamorada de él.

Sin poder mirarlo a los ojos, Evaline trató de soltarse, pero él se negó a permitírselo. En su lugar, le levantó la barbilla para que lo mirara a los ojos. Solo entonces, cuando ambas miradas se unieron, ella consiguió que él le soltara la mano.

—Por favor, déjeme marchar —le suplicó entre susurros.

—No hasta que no me diga lo que le ocurre.

Ella negó con la cabeza, y él supo que algo había pasado para que se comportara de esa manera.

Brian trató de pensar qué podía haber hecho o dicho para que ella reaccionara así con él, y solo se le ocurrieron tres motivos.

Uno sería que no hubiera ido a visitarla estos tres últimos días, ¿pero cómo podía hacerlo, si se excitaba solo con tenerla cerca? Había sido una auténtica tortura las dos semanas anteriores al no poder tocarla. Por ello, estaba convencido de que no soportaría otra visita donde tuviera que contenerse, al no estar seguro de no poder hacerlo. Por supuesto, no podía decirle que esos días no la había visitado porque se sentía explotar de excitación, aunque no estuvieran solos en el cuarto.

Otro de los motivos creía que sería su tardanza, al ser algo que solía enfadar a las mujeres. Pero no creía que fuera algo tan grave para que ella llorara.

Y por último… ¿podían ser celos? ¿Estaba así por haberlo visto bailar con *lady* Rossie? No sabía si sonreír por ello o también enfadarse, al creer que él podría preferir a una mujer frívola como *lady* Rossie antes que a ella.

—Dígamelo —le susurró Brian cerca de sus labios, consiguiendo

que ella se estremeciera.

Estaba simplemente impresionante con ese vestido amarillo, y no estaba seguro de aguantar mucho más tiempo sin besarla. Pero antes tenía que saber la causa de sus lágrimas.

La acercó más a él y Brian sintió cómo su corazón latía fuerte contra su pecho.

—No debería hacer esto —repuso ella, pero no hizo nada por alejarse.

—¿Qué? ¿Acercarla a mí, o tener la intención de besarla?

Ella sacó la punta de su lengua y se lamió el labio inferior, sin darse cuenta de los estragos que estaban causando en su excitación.

—No debería… no cuando… está con *lady*… Rossie

Al escucharla, Brian frunció el ceño, pues no sabía a qué se refería.

—No sé lo que quiere decir.

Nada más decirlo, Evaline se separó de él mientras sus ojos volvían a llenarse de lágrimas.

—Le he visto bailar con ella —le dijo *lady* Evaline sin apartar su mirada de la suya, como retándolo a que lo negara.

—Así es, y tengo la intención de que usted me conceda el próximo baile. ¿Pero qué tiene eso que ver con sus lágrimas?

De pronto, se sintió muy estúpida porque quizá se había imaginado todo. Lo cierto era que solo podía reprocharle que llegara tarde y que bailara con *lady* Rossie. Pero aunque estaban comprometidos, el compromiso no era oficial y no había nada malo en que él bailara con otras damas.

Evaline suspiró y decidió ser sincera con él.

—Lo vi bailando con ella y hacían tan buena pareja que creí que usted y ella…

Lord Ashton la miró enfadado.

—¿Me cree capaz de comprometerme con usted, y después romper mi compromiso sin ni siquiera avisarla, para ir detrás de esa presuntuosa?

Evaline estuvo a punto de sonreír al escuchar que él llamaba a *lady* Rossie presuntuosa.

—Bueno… no creo que sea esa clase de hombre.

—Me alegra que no lo crea, *milady*, porque no lo soy. Además, jamás se me ocurriría descartar a una flor tan hermosa como lo es usted, en pro del cactus sin gracia que representa *lady* Rossie.

Esta vez, Evaline dejó que aflorara su sonrisa y que sus lágrimas se quedaran guardadas a buen recaudo.

—Por cierto, no le he dicho lo preciosa que está esta noche.

Brian la contempló de arriba abajo con admiración, y ella volvió a sentirse especial. Como una maravillosa mariposa que acababa de salir de su crisálida.

Al ver la forma en que él la miraba, todas sus dudas se quedaron atrás y se sintió tonta por haberse dejado llevar por su imaginación.

Era cierto que *lady* Rossie podía tener a todos los hombres de Inglaterra que quisiera, pero este era suyo.

Sin poder contenerse, se dejó llevar por un impulso y sucedió algo completamente inesperado. La tímida y callada *lady* Evaline se puso de puntillas y le dio un casto beso en los labios.

El roce fue breve, pero lo bastante prometedor para que Brian agrandara los ojos y se quedara quieto, mirándola con asombro.

La verdad era que no la conocía desde hacía mucho, al no contar cuando eran niños, pero jamás hubiera imaginado a alguien tan reservada haciendo algo tan inapropiado y excitante.

Por supuesto, cuando pensaba en su primer beso, nunca creyó que fuera su dulce *lady* Evaline quien diera el primer paso.

Se recuperó a tiempo para verla alejarse, completamente ruborizada, lo que la hizo más encantadora. Era evidente que se sentía mortificada tras su impulso, por lo que había decidido marcharse y dejarle saboreando el cielo en su boca.

Pero no pensaba dejarla marchar.

Sin ni siquiera recapacitar durante un segundo, fue tras ella y, con un movimiento rápido, la agarró por la muñeca y la hizo detenerse. Luego, la hizo girar para que lo enfrentara.

Sin aliento por el beso o por los pasos acelerados, ella lo miró a los ojos y él supo que estaba perdido. La deseaba, pero también había mucho más que simple deseo. Solo que ahora no podía detenerse a deliberarlo. No cuando lo que él más anhelaba en el mundo era poseer sus labios y demostrarle lo que sí era un beso.

—Si hace algo así, *lady* Evaline, debe asegurarse de hacerlo bien. De lo contrario, se arriesga a quedar insatisfecha. Y no estoy dispuesto a que eso ocurra.

Brian no le dio oportunidad de pensar en sus palabras. Lanzando la precaución al viento, la atrajo a sus brazos y colocó sus labios contra los suyos.

Su mundo comenzó a girar a partir de la miríada de emociones que lo inundaron. Cada parte de su cuerpo se despertó cuando sus labios saborearon los de ella. No era nada de lo que había imaginado que sería. Fue más.

Sabía a ambrosía, a deseos y anhelos. Sus labios eran suaves, inocentes, pero dispuestos debajo de los de él, y él sabía sin ninguna duda que podía beber de su fuente por el resto de su vida y nunca cansarse. De hecho, estaría satisfecho, pero nunca saciado, porque siempre necesitaría más de ella.

Su boca se movió sobre la de Evaline con una habilidad que provenía de la experiencia, solo que esta vez su propósito no solo era

complacerla, sino guiarla y enseñarla.

Como era de imaginar, *lady* Evaline aprendió rápidamente, y pronto comenzó a exigir tanto como él, tomando todo lo que tenía para dar.

Cuando separó sus labios, ella se abrió de buena gana para él, y cuando su lengua chocó contra la de ella, un profundo gemido brotó de la parte posterior de su garganta.

Al escucharlo, Brian exacerbó cada uno de sus sentidos hasta llegar al punto de volverlo loco. Era la melodía más dulce que jamás había escuchado, y solo deseaba oírla por el resto de su vida.

Sin poder contenerse, la apretó más contra él, sintiendo su majestuoso cuerpo contra el suyo. Plenamente excitado, pasó su mano por los mechones de su cabello y la atrajo más hacia él, inclinando su cabeza para poder profundizar el beso. Exigiendo todo de ella.

Se perdió en ella, sintiendo cómo su hombría palpitaba en sus pantalones, exigiendo su liberación. Pero antes de perder el control, Brian se separó de ella, al darse cuenta de que no podía hacerla suya en ese lugar.

Ella se merecía una noche llena de caricias, con su apellido protegiéndola de cada posible calumnia.

Con reticencia, pero con decisión, la apartó de su cuerpo mientras ambos trataban de controlar sus respiraciones y sus impulsos.

Al mirarla a la cara y verla sonrojada, alterada, despeinada y los labios hinchados, no pudo evitar sentir que se había aprovechado de ella.

—Disculpe, mi*lady*. No debí dejarme llevar.

Ella tragó saliva, pero no bajó la cabeza.

—Supongo que también debería pedirle perdón, Al fin y al cabo, fui yo quien lo empezó todo.

—Y debo decir que fue muy atrevida.

En ese momento, ella bajó la cabeza, avergonzada, y él volvió a desear besarla.

—Pero aunque me sorprendió, debo confesar que me encantó su atrevimiento, y le doy mi permiso para volver a hacerlo cuando desee.

Lady Evaline soltó una carcajada y volvió a mirarlo, solo que esta vez había un brillo pícaro en sus ojos que le encandiló. Al verla tan deseable, Brian tuvo que tragar saliva y retroceder unos pasos para no sucumbir a la tentación de volver a besarla.

—Será mejor que salgamos de este cuarto, si no queremos que se nos escape de las manos. Además, tengo otros planes para usted.

Ella se le quedó mirando, a la espera de que él dijera más.

Sonriendo, Brian se encaminó a la puerta, la abrió con cuidado y, tras comprobar que no había nadie en el pasillo, la volvió a cerrar.

—Salga primero y vaya a la sala de los refrigerios —le dijo él—. En

unos minutos me reuniré con usted y la invitaré a un baile. —Amplió la sonrisa—. Espero que me lo conceda.

Lady Evaline sonrió y asintió con la cabeza.

—Será un placer bailar con usted después de tomar una refrescante limonada.

Brian volvió a abrir la puerta y, al ver que seguía sin haber nadie, se apartó para que ella saliera.

Justo cuando Evaline pasaba por su lado, él le cogió la mano, consiguiendo que ella se detuviera y le mirara a la cara.

—Nos veremos en breve —le dijo al sentir que le costaría estar lejos de ella, aunque solo fueran unos minutos.

Ella simplemente asintió y, tras cogerse las faldas, salió de la sala a paso ligero para no ser descubierta.

Cuando unos minutos después giraban por la sala de baile, ninguno de los dos se percató de las miradas de odio de *lady* Rossie y de lord Collins.

Dos almas negras, que juraron que no dejarían que la pareja disfrutara de su felicidad.

Aunque para ello tuvieran que utilizar los trucos más viles.

Capítulo 10

Tras pasar la noche más mágica de su vida, Evaline no pudo dormir. Se había pasado el resto de la noche rememorando cada segundo junto a lord Ashton, sintiéndose la mujer más feliz del mundo.

Apenas había probado bocado a la hora del desayuno y ahora, recolocando por décima vez las rosas blancas que esa mañana había recibido de lord Ashton, se preguntaba cuándo volvería a verlo.

En la nota que acompañaba el ramo inmenso de rosas, le confirmó que iría esa misma tarde a visitarla, pero las horas se le hacían demasiado lentas como para esperarlo sentada.

—Vas a estropear las rosas de tanto toquetearlas —señaló su madre, sin necesidad de levantar la cabeza de su costura para saber lo que hacía su hija, pues esta había estado pegada a esas rosas desde que las habían recibido.

—Es que quiero que estén perfectas para cuando lord Ashton llegue.

—Entonces no las toques más y siéntate. Vas a conseguir que me ponga nerviosa, y ya sabes que luego siempre me duele la cabeza.

Pero cuando Evaline estaba a punto de sentarse junto a su madre, el ruido de la aldaba de la puerta hizo que diera un brinco y se pusiera de nuevo en pie.

—¡Por el amor de Dios, hija! Vas a causarme una jaqueca.

Pero Evaline estaba demasiado expectante mirando a la puerta para escucharla. Bastante esfuerzo le costaba no salir corriendo para abrir ella misma.

En cambio, esperó expectante mientras tamborileaba con la punta de un pie. Para su asombro, nada más entrar el mayordomo para presentar a la visita, su tía Fanny se coló en la sala, sin que el pobre señor Evans tuviera tiempo de abrir la boca.

—No tengo tiempo para las presentaciones, señor Evans, cierre la puerta y que nadie nos moleste.

Tras levantar una ceja al recibir órdenes de una invitada, el señor Evans miró a *lady* Bowlin, que asintió mientras contemplaba a su hermana con asombro.

La dama parecía muy alterada mientras sostenía un periódico en su mano.

—Será mejor que todas nos sentemos. Especialmente tú, Evaline. Lo que tienes que leer es algo que te costará digerir, mi pobre niña.

Evaline la obedeció, aunque no podía imaginarse qué había sucedido. No podía ser nada relacionado con lord Ashton, pues sabía que este era honorable. Un segundo después, las piernas comenzaron a flaquearle, al pensar que tal vez alguien los viera salir de la sala tras el beso.

¿Pero tan malo sería? Estaban prácticamente prometidos. Solo faltaba fijar la fecha y hacerlo público.

Cuando su tía Fanny le entregó el periódico y luego le estrechó una mano, no tuvo dudas de que no le gustaría lo que iba a descubrir.

—Está en la primera página de la sección de cotilleos.

Evaline miró el periódico y comenzó a buscar la página indicada. Ella no solía leer esa sección, aunque su madre solía hacerlo los fines de semana.

Nada más encontrar la página, vio su nombre en una columna. Su cuerpo se estremeció al leer las palabras escritas

«El marqués de A—, ¡Atrapado con lady E— por una apuesta!

Ayer llegó a nuestros oídos una noticia bastante impactante. Parece que el marqués A— cometió el atrevimiento de apostar con unos amigos, y ahora se ve obligado a cortejar a la lamentable lady E—.

Debemos reprochar este comportamiento de un miembro de nuestra sociedad, y recordar que las apuestas pueden traer consecuencias.

Ahora, el desafortunado marqués, tendrá que cortejar y acompañar a la patosa y poco agraciada lady E—.

Esta clase de noticias nos hace pensar hasta qué punto es aceptable este comportamiento de nuestros pares. Es cierto que lady E— se verá por unos meses agasajada por primera, y posiblemente única vez en su vida, pero ¿es esta una excusa para humillarla de semejante manera?

La pobre muchacha ya tiene suficiente con caminar sin tropezar o encontrar un vestido que no se ajuste a su cuerpo.

Esperamos que todo se resuelva satisfactoriamente y el marqués no se vea obligado a contraer matrimonio por una mala decisión».

Evaline no podía creer que estuviera leyendo esas palabras. Cuanto más leía, más se enfurecía.

Se sentía avergonzada y humillada, no solo porque se expusiera públicamente su relación con lord Ashton, sino porque aquello la denigraba de una forma deplorable.

No sabía si la apuesta era verdadera o no, pero para ella nada de lo que leía tenía sentido. Su compromiso había sido organizado por los padres de ambos, y lord Ashton parecía de acuerdo con ello.

Si él ya la tenía, lo que era evidente tras su beso, ¿por qué había hecho la apuesta?

Solo había una manera de explicarlo, pero dejaba a lord Ashton

como un miserable. Y la respuesta era que lord Ashton había aprovechado su compromiso para ganar una apuesta.

Eso explicaba cómo un hombre como el marqués podía querer a alguien como ella.

Posiblemente, la apuesta resultaría un entretenimiento que le reportaría diversión a causa de su humillación. Aunque lo peor de todo era pensar en lo poco que ella le importaba. Solo un hombre frío y sin escrúpulos se aprovecharía así de una dama, por lo que todo indicaba que se había enamorado de un hombre que, no solo no la amaba, sino que además no tenía corazón.

De ser cierto, todo esto dejaba a lord Ashton como el más vil de los hombres. Y ella no quería eso.

Prefería quedarse soltera antes de que semejante hombre fuera su compañero de por vida. Además, después del beso de la noche anterior, se había convencido de que estaba enamorada de él, y estaba segura que no podría soportar mirarle a la cara y descubrir que en su mirada solo había arrepentimiento.

Ella odiaba eso. Quería compromiso, ternura y aceptación, no una obligación, y por supuesto no era tan ingenua para pedir amor. Se miraba al espejo cada mañana y sabía que la imagen que le devolvía su reflejo no era la de una mujer bonita.

Su sobrepeso le impedía sentirse coqueta, y su rostro no ofrecía una belleza que la hiciera deseable a los hombres. Prueba de ello era que en ninguna de sus Temporadas anteriores había tenido un pretendiente.

Las lágrimas comenzaron a acumularse en sus ojos. Ahora la noticia de su matrimonio se había difundido, y la mayoría de la gente descubriría que a la pobre *lady* Evaline le tuvieron que comprar un marido, al no poder conseguir uno por ella misma.

Sabía que si antes los murmullos y las risitas que la acompañaban eran molestas, ahora serían insoportables.

Sí solo pudiera decir que era mentira, que él la quería por ser ella misma... Pero lo peor de todo era que no podía hacerlo, porque la noticia era cierta. Es más, quizá, sin ese compromiso, él ni siquiera le habría dedicado una mirada. Y si por una remota posibilidad lo hiciera, solo sería para burlarse de ella.

Fue en ese momento cuando su madre se sentó a su lado y la abrazó.

—No debes preocuparte. Todo esto pasará.

Evaline quería asentir, pero sabía que nunca podría olvidar que nadie, excepto sus padres y su tía Fanny, la querían.

—Haz caso a tu madre. Durante unas semanas serás la comidilla de todos y tendrás que acostumbrarte a las habladurías, pero después podrás seguir con tu vida normal —dijo su tía Fanny, con rostro

afable.

El problema era que su vida normal estaba cargada de humillaciones y cotilleos maliciosos. Y mucho se temía Evaline que si se casaba con lord Ashton, jamás dejarían de mirarla con lástima o desprecio.

—Ahora lo que tienes que hacer es alzar la cabeza y dejarles claro que no te importa —siguió diciendo su tía—. Sabemos que lord Ashton no se casa contigo por una apuesta. Es todo una mentira difundida para hacerte daño, pero te prometo que me enteraré de quién ha sido y le haré pagar por esto.

Evaline miró el periódico una vez más y supo que su tía tenía razón. Tendría que salir a probarse el vestido de novia y caminar por las calles como si nada hubiera pasado, aunque por dentro sentía morirse. Pero antes tenía algo que decir.

—Os agradezco vuestro apoyo —dijo mientras se levantaba y tiraba el periódico al suelo—. Pero debemos ser realistas. Puede que la apuesta sea falsa, pero lord Ashton se casa conmigo por un acuerdo matrimonial. De no ser así, él nunca se habría fijado en mí.

Lentamente se dirigió a la puerta, pero antes de marcharse, Evaline se volvió para mirar a su madre.

—Por favor, me gustaría retirarme.

Su madre asintió, aún sentada en el sofá con un pañuelo entre sus manos para secarse las lágrimas.

Pero antes de que Evaline se fuera derecha a su habitación, donde lloraría y se lamentaría de su suerte el resto del día y de la larga noche, alguien llamó a la puerta principal, dejándola paralizada.

No se sentía preparada para recibir visitas, pero mucho menos para ver a la persona que apareció ante ella.

Capítulo 11

Como suele suceder cada vez que hay carroña disponible, los buitres se acercan, a la espera de aprovecharse de la desgracia de otros. Ese era el caso de *lady* Rossie quien, tras leer la columna de cotilleos a primera hora de la mañana, había decidido ir a regodearse de la humillación ajena.

Acompañada de una criada, al no querer perder el tiempo para recoger a su amiga *lady* Nancy, se dirigió presurosa a la casa que era el centro de los chismes en ese momento para profundizar en la herida.

Esta era su hora de la victoria, y quería regodearse en ella todo lo posible.

—Por su cara, veo que ya ha leído el periódico. —Fueron sus primeras palabras nada más entrar en la casa de los condes de Bowlin y ver a Evaline frente a ella.

Como era de esperar, Evaline se había quedado petrificada al verla en el umbral de su casa. Sabía por la sonrisa maliciosa en su rostro que no le agradaría su visita, pero jamás imaginó que tuviera el atrevimiento y la mala educación de ir a su propia casa a reírse de ella.

—Debería decir que ha sido toda una sorpresa saber que lord Ashton se interesó por usted solo por una apuesta, pero la verdad es que no me sorprende en absoluto. —Esto último lo dijo observándola con desprecio y arqueando una ceja.

Con la paciencia de Evaline agotada, solo le quedó por decir:

—Si ha venido a mi casa con el propósito de reírse de mí, entonces es mejor que se vaya. —Solo esperaba que su tono sonara tan confiado en voz alta como lo hacía en su cabeza.

—No he venido con ese propósito, aunque no puedo negar que me complace ridiculizar a alguien como usted. Pero, por lo que aparece hoy en el periódico, le basta a usted sola para ponerse en ridículo.

Evaline trató de mantener la cabeza erguida ante sus palabras, pero los años de tormento de *lady* Rossie lo hacían difícil. Recordó todas las veces que ella y su amiga *lady* Nancy la acorralaban en los bailes, todas las cosas horribles que le habían dicho. Su barbilla cayó solo un poco, pero aún se mantuvo en alto.

Al ver cómo *lady* Rossie se acercaba a ella y transformaba el rostro en una máscara falsa de simpatía, Evaline supo que sus insultos no

habían hecho nada más que empezar.

—Es una lástima que solo se interese por usted alguien que solo quiere ganar una apuesta. Pero no he venido a comentarle ese asunto. Al ver cómo por su culpa el buen nombre del marqués de Ashton se ensuciaba, he creído mi deber, como su futura esposa, avisarla de que no toleraré que manche su nombre.

Evaline se congeló en el acto y sintió cómo su corazón de repente comenzaba a latir más rápido de lo normal. Sus manos se habían vuelto húmedas por las palabras de la intrusa, y su lengua no parecía saber cómo formar palabras.

No estaba segura de si *lady* Rossie había seguido hablando, al no poder dejar de escuchar en su mente que ella había dicho que iba a ser su esposa.

Eso era imposible, independientemente de la apuesta, ellos estaban prometidos por mediación de sus padres. Además, él la había besado, y sus ojos le habían dicho que estaba conforme con su compromiso. Pero ¿habría sido todo verdad, o solo la manera de ganar la apuesta?

Le resultaba imposible de creer que un hombre de apariencia tan respetable como él no solo la engañara a ella, sino que utilizara a su propia madre para ganar una simple apuesta. Dar su palabra en un compromiso era algo muy serio, al poner el honor de la familia por encima de todo. Incluso del amor.

Hasta que Evaline recordó que en realidad no había nada fijado. Él le había dicho que todavía no harían público su compromiso y que ella tenía la oportunidad de conocerlo mejor y decidir si seguir adelante. Pero ¿y si en realidad lo que buscaba era una salida para poder deshacer él mismo el compromiso? ¿Habría sido una ingenua al confiar en él?

—Eso no es cierto, él no… —Evaline apenas podía hablar—. Es mentira todo lo que dice. Él no me ha contado nada de ese compromiso y es cruel que diga esas falsedades.

Lady Rossie se rio, visiblemente complacida al saber que la había dañado. Ahora solo le quedaba hacer que Evaline dudara y, de esta manera, asegurarse de que se apartara del marqués. Después, se ocuparía de poner a lord Ashton en una situación delicada para que, como caballero de honor, no pudiera rechazar su mano.

—Sí no le ha contado nada es porque, en realidad, usted no es nada para él. Pero puedo asegurarle que ya ha hablado con mi padre y que el compromiso está fijado.

La respiración de Evaline se ralentizó y sintió que se mareaba. Sentía a cada respiración como si un cuchillo estuviera retorciéndose en su corazón, dejándola sin aire. En poco tiempo, parpadeó con lágrimas enormes y gruesas que no pudo ni quiso disimular.

Si lo que decía *lady* Rossie era cierto… su vida estaba acabada,

pues había sido tan ingenua de creer en él y enamorarse de ese hombre.

—Él no es así —dijo Evaline en voz alta, al mismo tiempo que lo repetía una y otra vez en su interior.

—Es un hombre y, como tal, no puede resistirse a jugar con… —volvió a mirarla de arriba abajo con desprecio—. Me imagino que solo importa que lleve faldas.

Evaline quería gritar que se marchara y se llevara con ella sus mentiras, lo deseaba con desesperación, pero su dolor era tal, que no lograba articular palabra.

—Ahora que es el hazmerreír de toda la sociedad, deberemos posponer el anuncio de nuestro compromiso. Como comprenderá, no quiero que nada turbe nuestra felicidad.

Evaline dio un paso adelante, harta de tener que soportar más humillaciones en su casa. Se armó de valor y, por primera vez en su vida, alzó la cabeza ante los insultos y no permaneció callada.

—Váyase de mi casa.

Su voz sonó tan seria y sus palabras fueron tan inesperadas, que *lady* Rossie no creyó haberlas escuchado. En su lugar, sonrió, aunque un tanto incómoda.

Al ver que la mujer no se movía y permanecía frente a ella, risueña y dispuesta a seguir insultándola, Evaline apretó los puños y la miró con una frialdad tal, que hizo retroceder a *lady* Rossie.

—Váyase de mi casa —volvió a decir, esta vez con más fuerza en su voz.

Por primera vez, Evaline vio a *lady* Rossie asustada y desconcertada. Resultaba más que evidente que ella no se había esperado esa reacción, al creer que Evaline saldría llorando como hacía siempre.

Pero esta ya había llegado al límite de su resistencia, y no pensaba dejarse pisotear nunca más.

—Si no sale ahora mismo, me ocuparé personalmente de echarla. —Y acercándose hasta estar prácticamente pegada a ella, Evaline le habló en voz baja y profunda—. Aunque sea de los pelos.

El grito de sorpresa de *lady* Rossie agradó a Evaline, aunque más lo hizo que esta retrocediera alarmada y se llevara una mano a su flamante peinado y su sombrero a la última moda.

—No se atrevería...

Pero Evaline no tuvo ocasión de responder, ya que otra voz a su lado se le adelantó.

—Si mi hija no la saca de esta casa, lo haré yo misma.

—Y yo la ayudaré con gusto —afirmó tía Fanny, que estaba al lado de *lady* Bowlin con los brazos cruzados sobre su pecho.

—Yo solo he venido a visitarla para saber cómo se encontraba.

—Todas aquí sabemos a qué ha venido, *lady* Rossie —continuó tía Fanny.

—Está bien, sé cuándo no me quieren en un lugar. Pero quiero que sepan que nunca me han tratado de semejante manera y que esto no quedará así. —Al ver que nadie le contestaba o le pedía perdón, continuó hablando—. Y tengan por seguro…

—Señor Evans, ¿puede indicar la salida a *lady* Rossie, antes de que acabe con nuestra paciencia con su parloteo?

La voz serena de *lady* Bowlin contrastaba con su mirada gélida, que estaba posada en la invitada no deseada. Esta, profundamente indignada, soltó otro gritito y se volvió para que el mayordomo, situado tras ella, le abriera gustoso la puerta de entrada de la mansión.

—Será un placer, *milady* —respondió el hombre, erguido con orgullo.

Sabiendo que su tiempo en la propiedad de los Bowlin había acabado, *lady* Rossie se giró y se encaminó a la salida. Pero no estaba dispuesta a marcharse sin más, antes quería ver sufrir a la mujer que pretendía quedarse con el hombre que ya consideraba suyo. Un hombre que estaba hecho para ella, y no para esa gorda que solo se merecía las sobras.

Girándose con orgullo, alzó la barbilla, preparada para colocar en su lugar a todas ellas. Con un brillo triunfal en sus ojos, abrió la boca, pero justo cuando iba a decir sus últimas palabras de despedida, el mayordomo cerró la puerta de golpe en sus narices.

En el interior de la mansión se pudo escuchar el grito de sorpresa y disgusto, pero nadie sonrió por ello. En su lugar, Evaline se dirigió a su madre, que la abrazó con fuerza, como también hizo después su tía.

—No te preocupes. Todo esto debe de ser un malentendido. —Le aseguró su madre.

—Ella dijo que estaban prometidos, y además, la apuesta…

—En cuanto llegue tu padre estoy segura de que nos aclarará el tema de la apuesta. Pero no creo que lord Ashton esté implicado en algo tan escandaloso. No es digno de él. Y respecto al otro tema…

Las tres mujeres se quedaron en silencio, hasta que tía Fanny dijo:

—No creo conveniente que demos crédito a las palabras de esa arpía. Si todo esto fuera cierto, *lady* Ashton no habría acordado con tus padres tu matrimonio.

—Pero… ¿Y si él a quien quiere realmente es a *lady* Rossie?

—Entonces es lo bastante mayorcito para haberlo dejado claro antes de comprometerse contigo.

—Pero ¿y si es una imposición de su madre? Quizá *lady* Ashton conozca el corazón frío de *lady* Rossie y no la quiera como nuera. En cambio… es lógico que lord Ashton prefiera a alguien como ella a

alguien… como yo —declaró Evaline.

—Es inútil especular sobre este asunto. Esperaremos a tu padre para preguntarle si sabe algo de la apuesta, y ya me ocuparé de sonsacar a *lady* Ashton al respecto.

Evaline se sentía profundamente avergonzada y se negaba a que su madre tuviera que humillarse por ella.

—No, madre. Se acabó agachar la cabeza. No quiero que vayas a ver a *lady* Ashton para pedirle explicaciones. Si las intenciones de lord Ashton son sinceras, ya debería estar aquí aclarándolo todo. En cambio, solo hemos recibido la visita de su supuesta prometida.

Lady Bowlin miró a su hermana, que permanecía callada y en silencio. Era cierto que resultaba extraño que tanto lord Ashton como su madre permanecieran en silencio, cuando tenían que ser los primeros en acudir a su casa para darles explicaciones.

Cansadas de todo este asunto, las tres mujeres permanecieron en silencio, acordando aguardar al cabeza de familia para que aclarara el tema de la apuesta. Al fin y al cabo, él frecuentaba los clubs de caballeros y, como era de suponer, ese día sería difícil acudir a algún lugar sin que se hablara de la noticia.

Sabiendo que no debían salir para no fomentar las habladurías ni pasar un mal rato, Evaline se encerró en su cuarto mientras su madre y su tía conversaban en voz baja.

Toda la mansión parecía un mausoleo, hasta que llegó lord Bowlin, exaltado y enfurecido. Al parecer, en su club de caballeros le habían hablado de la apuesta, y pudo comprobar que había pruebas de que todo era cierto. Lord Collins y su amigo lord Gilbert habían sido testigos, y aseguraban la implicación del marqués en la apuesta.

Después de eso, la sospecha de que todo fuera real se hizo más plausible, y se empezó a dudar de que el compromiso entre *lady* Rossie y lord Ashton era solo cosa de la dama.

Mientras, Evaline permanecía callada, al percatarse de que ahora todo tenía sentido.

Si solo fuera *lady* Rossie la que afirmara que todo era verdad, jamás lo hubiera creído, pero había testigos de la apuesta, y era lógico pensar que también fuera cierto lo de su compromiso.

Evaline pensó en lo que ello significaba, y se sintió morir al saber que su primer beso y sus risas juntos no significaban nada. Todo era cenizas en el viento.

Recordó las palabras de lord Ashton cuando estaban a solas. Unas palabras que hablaban de confianza y esperanza, que le habían dado ilusión y la creencia de que podía conseguir su sueño de tener su propia familia.

Entonces le había parecido tan sincero, tan verdadero… Pero ¿por qué la había humillado de una manera tan horrible? ¿Tanto la odiaba

para hacerle algo semejante?

Recordó al muchacho que la ridiculizaba de joven, y creyó que había cambiado, pero, al parecer, seguía siendo el mismo, y solo buscaba dañarla.

Sin poder soportarlo, Evaline decidió que no quería saber nada más de él y de su falso amor. El dolor intenso en su pecho le decía que ya había aprendido la lección. No volvería a confiar en nadie, y mucho menos en lord Ashton.

Capítulo 12

Esa mañana, Brian estaba de muy buen humor. Se había levantado temprano y, mientras se vestía, había estado silbando. No había podido dejar de pensar en el beso entre él y *lady* Evaline, así como en la sensación de tenerla entre sus brazos.

Una sensación que pretendía seguir disfrutando el resto de su vida.

Al bajar las escaleras, avisó a su mayordomo de que le trajesen el carruaje, y descubrió que su madre ya estaba ocupada con los preparativos para otro baile en las próximas semanas. Sonriendo, decidió que no la molestaría y que iría al club de caballeros en busca de un buen desayuno y de un poco de entretenimiento, hasta que fuera una hora apropiada para visitar a su prometida.

Al pensar en ella como tal, su sonrisa se ensanchó y deseó que la mañana pasara rápida para disfrutar de su compañía.

Su humor era tan brillante que disfrutó de todo el camino desde su mansión hasta el club de caballeros.

No fue hasta que estuvo frente a las puertas de este, que algo se torció en su día. Frente a él aparecieron lord Collins y lord Gilbert, con un fuerte olor a alcohol. Para su sorpresa, lord Collins al verle comenzó a reírse a carcajadas, mientras que lord Gilbert bajaba la cabeza, dando la sensación de sentirse muy incómodo.

Brian achacó este comportamiento al estado de embriaguez de ambos, y continuó su camino con un escueto y educado asentimiento de cabeza, que solo correspondió lord Gilbert.

A esas alturas, a Brian ya no le extrañaba la mala educación de lord Collins, por lo que lo dejó pasar y decidió que no iba a permitir que ese hombre le arruinara su espléndido día.

Sus conversaciones tontas y empapadas de alcohol no le interesaban y, tras saber de su apuesta, lo único que le preocupaba de él era que no dañara a *lady* Evaline.

Al entrar en la sala principal, Brian escuchó las risas y las conversaciones bajas y animadas de los caballeros. Todos ellos eran nobles que provenían de las mejores familias, aunque, últimamente, el club estaba aceptando a miembros cuya cartera estaba bien cargada.

No todos los miembros estaban de acuerdo con esta nueva política del club, pero los tiempos estaban cambiando, y a algunos aristócratas les interesaba rodearse de gente adinerada. Sobre todo, los que necesitaban desesperadamente inversores o un yerno acaudalado que les salvara de la ruina.

Ajeno a todo esto, Brian cruzó la habitación, notando que las conversaciones y las risas se acallaban a su paso. También notó cómo algunos caballeros lo miraban con recelo para después apartar la mirada.

Brian no quiso darle importancia y se dirigió a la sala de restauración para pedir un buen desayuno. No tardó en llegar a su mesa favorita en un rincón, a la que se acercó un lacayo para tomar nota de su pedido.

Fue cuando se quedó solo, a la espera de su comanda, cuando percibió que las miradas y los ceños fruncidos se prolongaban sobre su persona.

Continuó sin prestar atención, al no querer precipitarse en sus conclusiones, y cogió un periódico del día para entretenerse. Solo tras conseguir su desayuno y estar casi terminándolo, le pareció chocante que, en todo ese tiempo, nadie se le hubiera acercado para saludarle.

Extrañado, alzó la cabeza en busca de algún conocido en la sala. Para su sorpresa, había varios caballeros con los que solía conversar en el club, pero estos se mantenían apartados de él.

Al ver un rostro familiar, Brian se animó a llamarle y, quizá así, enterarse de qué estaba pasando.

—Lord Holmes, ¿cómo está?

El caballero se volvió, como si no lo hubiera escuchado ni visto, y Brian observó con sorpresa cómo el caballero pagaba su cuenta y se marchaba.

Ahora más intrigado, volvió a hacer lo mismo con otro de los presentes, y el resultado fue muy parecido, solo que esta vez el individuo le frunció el ceño y le dio la espalda.

Brian se dio cuenta por primera vez de que en realidad todos en el club le ignoraban, y que incluso el lacayo le había atendido con desgana y en silencio. Era evidente que estaba pasando algo, pero por mucho que lo pensaba, no conseguía averiguar qué había hecho o dicho para causar ese rechazo generalizado.

Al saber que no era bienvenido en el club, decidió marcharse, dejando tras él un murmullo de voces.

Solo cuando estuvo en su carruaje, recordó que no había leído la sección de sociedad del periódico, como solía hacer después de aplacar su hambre. Aunque, pensándolo mejor, prefería leerlo tranquilo en su despacho, y no en un ambiente tan tenso.

Mirando su reloj, se dijo que por culpa de su incomodidad en el club había salido antes de lo previsto, por lo que aún faltaba una hora para poder visitar a su prometida.

Decidió que aprovecharía el rato poniéndose al tanto de las novedades del día en su casa, al poder leer el periódico cómodamente en su despacho.

Sabía que a su madre le gustaba leer esa misma sección del periódico a esa misma hora, pero decidió que sería interesante poder comentar las noticias al leerlas juntos.

Mientras, en el carruaje, se dejó llevar por el recuerdo de Evaline y por el deseo de volver a besarla en cuanto la viera.

Cuando, tras llegar a su mansión y bajarse del carruaje el mayordomo le abrió la puerta principal, Brian supo que algo grave se estaba gestando en su interior.

Esta sensación se acentuó cuando su madre salió a su encuentro en el vestíbulo, con los ojos enrojecidos por las lágrimas.

Sin lugar a dudas, algo estaba mal esa mañana, y Brian comenzó a temerse que el asunto era mucho más importante de lo que había imaginado.

Al ver a su madre tan angustiada, Brian sintió un miedo parecido al que experimentó cuando le comunicaron la muerte de su padre. Sabía que no podía ser algo tan terrible, pero mucho se temía que aquello que su madre aguardaba a decirle también le causaría mucho daño.

—¿Qué sucede, madre? ¿Te encuentras bien? —preguntó mientras esta se echaba en sus brazos.

—Brian, es una desgracia, una auténtica desgracia.

Brian no entendía nada, hasta que su madre se separó de él y le enseñó el periódico que sostenía arrugado entre sus manos. Al verlo, Brian sintió una extraña confusión junto con una especie de pavor que se alzaba en su pecho.

En la mano de su madre había una hoja de escándalo.

—Debes leer esto y decirme que no es cierto. No puede ser cierto —comenzó a negar ella con la cabeza.

Brian nunca había oído a su madre adoptar un tono tan decepcionado, por lo que no pudo evitar encogerse de hombros como si volviera a ser un chiquillo. Él sabía que no había hecho nada malo, pero, al parecer, esa mañana todos parecían tener algo en contra de él.

Deseoso de aclarar todo este asunto cuando antes, cogió la hoja de escándalo que sostenía su madre con manos temblorosas. Con cautela, comenzó a leer con una extraña presión en su pecho.

La columna se parecía a todas las demás que había visto en su vida. De color blanco amarillento, estampados negros en negrita en los títulos y la fuente curva.

Pero cuando vio el titular, se le heló el corazón.

«El marqués de A—… ¡Atrapado con lady E— por una apuesta!».

El artículo contaba lo ocurrido unas tardes atrás en el club, cuando lord Collins ganó la apuesta y tenía que conquistar a *lady* Evaline. El problema era que los nombres estaban equivocados, él aparecía como el instigador de la apuesta y el caballero ganador que debía cortejarla y luego abandonarla.

En la columna se explicaba todo al detalle, por lo que solo un implicado en el asunto o alguien que estuvo presente podía ser la fuente de dicha información.

Este pensamiento se confirmó cuando en el periódico únicamente aparecía su nombre, por lo que estaba claro que solo querían perjudicarle a él con esta calumnia.

Con cada palabra que releía su enfado aumentaba, llegando a un punto en que le temblaron las manos.

—Hijo, por favor —dijo su madre—. ¿Qué está pasando? No puede ser cierto eso que dicen de ti…

Con el ceño fruncido, Brian sacudió la cabeza, con la confusión y el dolor apoderándose de su pecho. ¿Quién podía hacer algo así? ¿Quién lo odiaba tanto para difundir esta mentira? ¿Acaso no sabía lo que podía ocurrir si esto llegaba a oídos de *lady* Evaline o de sus padres? ¿O era eso lo que precisamente buscaba?

Ante estas preguntas, solo había una posible respuesta, pero por el momento estaba muy alterado para reconocer la verdad que su cabeza y sus sentidos le gritaban.

Mirando a su madre a los ojos, decidió que era más importante en ese instante calmarla, antes de buscar culpables y reclamar amonestaciones.

—Madre, tú me conoces bien. Sabes que sería incapaz de hacer algo semejante. —Sacudió la cabeza, con la voz entrecortada—. Y menos aún de jugar con los sentimientos de una mujer tan maravillosa como *lady* Evaline.

Ante esto, su madre asintió. *Lady* Ashton sabía en lo profundo de su corazón que su hijo era incapaz de algo así, pero había necesitado escucharlo de su boca para asegurarse.

—Te creo, hijo. Sé que eres un caballero, y no concebía cómo podías ser el causante de algo tan ruin. Pero aun así, debes explicarme cómo tu nombre apareció implicado en este asunto tan desagradable.

Un escalofrío se apoderó de Brian cuando pasó por su cabeza el pensamiento de que, si su madre, que lo conocía mejor que nadie, había necesitado que se lo confirmara, ¿qué pensaría *lady* Evaline de él, cuando apenas se conocían y él ya tenía antecedentes de reírse de ella?

No pudo evitar imaginar la cara de dolor que pondría *lady* Evaline

y qué estaría pensando en ese momento de él. Seguramente se sentiría humillada y traicionada, dudando de todas sus palabras y sus actos.

¿Dudaría también de la veracidad de su beso? No soportaba que lo creyera responsable de algo tan despreciable.

Brian quería salir corriendo a su encuentro para asegurarle que todo era mentira. Que jamás sería capaz de hacer algo semejante. Pero antes le debía una explicación a su madre.

Para ello, la llevó a la intimidad de su despacho y comenzó a relatarle lo sucedido esa tarde en el club. Le contó todo lo que vio y cómo lord Collins fue el ganador y, por consiguiente, quien debía cortejar a Evaline.

Recordó también haberlo visto a las puertas de la mansión de los condes de Bowlin, por lo que era de suponer que Collins también lo había visto a él y sabía de sus visitas a dicha casa.

Sus recelos cada vez se hicieron más fuertes, hasta llegar a un punto que deseaba estar frente a lord Collins para pedirle explicaciones.

La voz de su madre tras escuchar su historia lo devolvió a la realidad.

—No logro entender todo el asunto. Si como dices, tú no estás implicado… ¿por qué aparece tu nombre en el periódico?

—Tengo una sospecha de lo sucedido. Pero es solo una conjetura y no puedo probar nada. Hasta entonces, tendrás que confiar en mi palabra.

—No dudes de que lo hago. Pero debes limpiar tu nombre cuanto antes, de lo contrario, causarás mucho daño a otras personas que también han sido afectadas.

Ninguno de los dos mencionó a *lady* Evaline, pero era evidente que se refería a ella y a su familia.

—Por nada del mundo querría dañarla. Yo… —Brian suspiró y calló.

—Te preocupas por esta joven —dijo *lady* Ashton después de un instante de silencio.

Él asintió, al ser inútil desmentirlo. Sobre todo, porque su rostro se le aparecía a cada instante y anhelaba su sonrisa más que el aire para respirar. Pero ¿era eso solo preocupación, o había algo mucho más profundo? Algo que nunca se había atrevido a pensar con calma, pero que empezaba a ser cierto en su cabeza.

¿La amaba?

La respuesta a esa pregunta le dio pavor, ante la posibilidad de perderla. Tragó saliva, sintiendo su garganta oprimida.

—Yo… creo que la amo. Pero ahora… —Brian se negaba a decir aquello que más temía, por miedo a que se hiciera verdad.

Su madre se le acercó y le cogió de las manos.

—Puedo ver en tus ojos que la amas, Brian.

—Quería hablarle de formalizar nuestro compromiso esta misma mañana. Pero ahora… temo lo que piense de mí. —Dejó caer la cabeza, derrotado—. ¿Cómo puedo arreglar este desastre? ¿Cómo le hago ver que no estoy implicado? ¿Que todo es un error?

—Tendrás que ir y decírselo a la cara. Y después… reza para que vea en tus ojos el amor que sientes por ella. Debes hacerlo enseguida, antes de que su dolor sea irreparable.

La desesperación se apoderó de él por la posibilidad de perderla. No podía consentirlo. Jamás. No ahora que estaba convencido de que la amaba.

Pero sabía que *lady* Evaline iba a desconfiar de él, y no iba a conformarse solo con sus palabras para creerlo. No cuando había sido tantas veces humillada y recelaba de todo el mundo. Ahora también de él.

Brian necesitaba algo más que palabras para convencerla de su inocencia.

Con una idea en mente, sacó de su bolsillo la página del periódico, la cual había convertido en una bola de papel, y la desenrolló. Dejó que sus ojos se pasearan por la hoja una vez más, buscando algo que pudiera ayudarlo. Tenía todos los detalles sobre él, pero nada sobre los hombres reales que habían estado implicados.

Se sentó derecho como si un rayo lo hubiera golpeado.

Quizá si pudiera conseguir que alguien hablara por él, limpiaría su nombre, no solo ante *lady* Evaline, sino ante toda la sociedad.

Ese sería su primer paso para continuar con otros tantos. Pero ¿cómo hacía para encontrar a ese testigo? Parecía imposible, a juzgar por cómo había sido recibido en el club.

Hasta que recordó el rostro de lord Collins esa mañana a la entrada del edificio y sus risas maliciosas. Pero sobre todo, recordó a su acompañante, lord Gilbert, que parecía avergonzado. Debía empezar por él. Debía encontrarlo y hacer que confesara la verdad.

Con la decisión ya tomada, Brian se puso en pie y besó el rostro de su madre.

—Creo saber qué es lo que ha pasado y quién me ha incriminado. Y te prometo que no descansaré hasta lograr limpiar mi nombre y el de *lady* Evaline.

Capítulo 13

Tras la peor noche de su vida, Evaline se levantó de la cama con las lágrimas aún bañando su rostro. Se había pasado la noche llorando sola en su dormitorio, dejando como prueba de su dolor una almohada empapada por su llanto.

Su madre había llamado a su puerta unos momentos antes, preguntando si quería compañía, pero Evaline la había despedido amablemente. Lo único que quería, después de haberse pasado horas esperando la llegada de lord Ashton, era estar sola en su habitación hasta que todo hubiera pasado y volviera a ser esa muchacha solitaria y tímida que odiaba la sociedad al ser ridiculizada por ella.

Su labio volvió a temblar, pero se negó a que la pena la volviera a hacer llorar. En su lugar, se acercó a la ventana y pudo ver a su padre subiéndose a su carruaje con paso enérgico.

Evaline se imaginó que él iba a resolver todo este asunto, pero no quería pensar en su pobre padre enfrentándose a lord Ashton. Se preguntaba si su padre lo obligaría igualmente a cumplir su palabra de matrimonio, o le diría a Brian que su compromiso estaba roto por su falta de honor.

Ninguna de las dos opciones le gustaba, pues, aunque en ese momento lo que ella menos quería era pensar en lord Ashton o verlo, no podía dejar de amarle. Sabía que era una estúpida por hacerlo, pero su corazón no atendía a razones.

Él la había humillado públicamente y por ello debería odiarlo, pero era incapaz. Pero, a pesar de amarlo, sería imposible un matrimonio con él, y menos ahora que sabía que no sentía nada por ella.

Se negaba a un matrimonio donde él tuviera que conformarse con ella, al resultarle terrible la visión de una vida al lado de un hombre que no la amaba. Incluso que era capaz de humillarla.

Por ese motivo, Evaline pensaba que la mejor opción sería romper el compromiso y pasarse el resto de su vida soñando cómo podría haber sido esta.

Cuando una hora después su padre regresó con lord Collins, Evaline se quedó paralizada en la ventana.

En ningún momento se había acordado de su otro pretendiente ni había creído que este quisiera saber nada de ella, después de lo sucedido.

Sin embargo, ahí estaba su padre con dicho caballero. Los dos estaban charlando amablemente, o eso parecía desde la ventana. Sin

aliento, observó cómo lord Collins mostraba una gran sonrisa mientras caminaba orgulloso al lado de su padre.

Evaline comprendía que este buscara una salida a su difícil situación y que pensara en el honor de la familia, pero no estaba segura de poder soportar un cortejo o las réplicas sagaces que se dirían al verlos juntos.

Tendría que volver a pasar por ser el centro de las habladurías, sabiendo que todo el mundo se preguntaría qué habría tenido que hacer su familia para conseguir el compromiso.

Tras escuchar la puerta del estudio de su padre cerrarse, supo que ambos hombres se habían reunido y que estarían hablando de su boda.

Evaline recordó cómo había deseado tener un marido y un matrimonio por amor, pero ya no estaba segura de poder conseguirlo. El amor la había esquivado, y solo había conseguido acabar con el corazón roto. No podría volver a soportar confiar en otro hombre y descubrir que este también la estaba engañando.

Miró por la ventana y descubrió que solo había una opción. Sobre todo, después de que lord Ashton no apareciera para darle una explicación, dejando claro su implicación en el asunto.

Pensar en ello le dolía demasiado, y Evaline decidió apartar de su cabeza y de su corazón a ese hombre que la había destrozado. Que se quedara con *lady* Rossie, pues estaban hechos el uno para el otro, al haber demostrado que era tan vil o más que ella.

Con todo el cuerpo temblando, Evaline continuó pensando en la manera de salir con dignidad del escándalo. Para ello necesitaba otro compromiso, pues si se quedaba sola y soltera, solo sería recordada con lástima.

Por otra parte, si debía casarse para poder levantar la cabeza cuando saliera de su casa, tendría que ser con un hombre por el que no sintiera nada. Solo de esa forma su corazón estaría a salvo, aunque a cambio tuviera una existencia tediosa al lado de un eterno desconocido.

En ese momento llamaron a la puerta.

—¿*Milady*? —escuchó la voz de su doncella al otro lado de la puerta—. Su padre solicita verla en su despacho.

—Bajaré enseguida.

Evaline se encaminó hacia el espejo, donde vio la imagen de unos ojos enrojecidos y una mirada desconsolada. Trató de sonreír, pero solo consiguió una mueca que estuvo a punto de hacerla llorar de nuevo.

«Está bien. Sabes lo que tienes que hacer», se dijo a sí misma, al haber llegado a la conclusión de cuál sería la mejor opción para toda la familia.

Esta era más que evidente, pues no podía ser otro el motivo por el

que su padre hubiera ido en busca de lord Collins y ahora la mandara llamar.

Se palmeó las mejillas y se secó los ojos. Su cabello al menos se veía presentable, así como su vestido de mañana.

«Todo terminará en breve y podrás dejar a lord Ashton atrás».

Sin más, salió de su habitación, dejando tras ella toda esperanza de felicidad futura.

En el despacho estaban sentados sus padres y lord Collins. Este, al verla entrar sonrió y se puso en pie. A Evaline no le gustó la forma en que sus ojos la miraban de arriba abajo; no se sentía igual que cuando lord Ashton lo había hecho.

—*Lady* Evaline —dijo él mientras se levantaba y se le acercaba para besarle la mano—. Se ve encantadora esta mañana. —Evaline lo dudaba mucho, pero se contuvo en señalarlo.

—Gracias, milord —logró decir mientras trataba de forzar una sonrisa.

Sin energía para expresar nada más, Evaline lo acompañó al sofá, donde lord Collins la dejó junto a su padre, mientras que él optó por sentarse frente a ella. Por su parte, su padre estaba de pie junto a la chimenea, mirándola con expectación.

—Echaba de menos su compañía, por lo que agradezco a su padre la posibilidad que me ha ofrecido de poder verla de nuevo.

Al escucharle, ella se tensó, su padre carraspeó y su madre comenzó a estrujar el pañuelo que sostenía en sus manos.

Parecía que el único cómodo con la situación era Collins, quien se negaba a admitir el verdadero motivo de su visita.

—Bueno —dijo por fin su padre—. Creo que después de dejar claro nuestras intenciones —continuó, mirando a su esposa y a lord Collins —, ha llegado el momento de decirle a mi hija para qué la hemos llamado.

Ante estas palabras, lord Collins sonrió, como si hubiera llegado el momento que estaba esperando.

—Debo decirte, hija, que tras hablar con lord Collins…

—Si me permite, lord Bowlin, creo que sería más aconsejable que lo explicase yo mismo —le interrumpió lord Collins, a la vez que se ponía en pie.

—Claro, claro. Será lo mejor —indicó su padre, visiblemente agradecido.

—Bueno, he venido para una ocasión muy especial —dijo Collins, quien se puso de rodillas frente a Evaline—. Me haría un hombre muy feliz si aceptara ser mi esposa.

Ella frunció el ceño, evaluando la sonrisa de lord Collins y el brillo en sus ojos. Las palabras eran las que cualquier muchacha desearía oír, pero ¿eran ciertas? ¿Realmente él la deseaba como su esposa?

Luego, Evaline recordó su decisión de un matrimonio a su lado sin amor y sin esperanzas, y se percató de que eso no importaba. Al fin y al cabo, no podría exigirle amor a su futuro marido, cuando ella tampoco lo amaba. Y no creía poder amarlo nunca.

Evaline lo miró y luego volvió a mirar a sus padres. Su madre le dedicó una casi imperceptible inclinación de cabeza para que aceptara, mientras su padre la observaba serio, sin dar ninguna muestra de lo que deseaba que ella hiciera.

Evaline miró de nuevo a lord Collins, que no había apartado la mirada de ella y seguía de rodillas y sujetando las manos de esta.

¿Podría hacerlo? ¿Aceptaría un matrimonio sin amor? ¿Podría convivir con el recuerdo de lord Ashton y las caricias de otro hombre? ¿Podría volver a ser feliz alguna vez, si se casaba con lord Collins?

Al mirarle, Evaline supo lo que ese matrimonio significaba, y tuvo la respuesta a estas preguntas.

Si se casaba con lord Collins, tendría una vida con una casa propia, quizá hijos y la aprobación de la sociedad. Por otro lado, si lo rechazaba, como así le indicaba su corazón, siempre sería la solitaria y triste solterona.

En realidad, solo había una respuesta para todas las preguntas.

Decidida, Evaline levantó la cabeza para mirar a los ojos de lord Collins, y asintió.

—Sí, milord —afirmó, pareciendo segura—. Seré feliz de aceptar su oferta de matrimonio.

Y así, *lady* Evaline, hija de los condes de Bowlin, consiguió un marido. Uno al que no amaba y del que ignoraba lo que sentía por ella. Pero se recordó que no sería ni la primera ni la última esposa que no se casaba por amor.

Había llegado el momento que tanto había soñado y trató de sonreír, pero, por mucho que lo intentó, solo consiguió un atisbo de sonrisa que no presagiaba un final feliz para siempre.

Quizá, solo presagiaba un «para siempre», pues la felicidad se le antojaba demasiado lejana.

Capítulo 14

Brian nunca había sentido tanto miedo en su vida. Tras enterarse por su madre de que él estaba implicado en el escándalo de la apuesta, había decidido ir primero en busca de lord Collins y lord Gilbert, aunque no soportaba pensar que Evaline lo creyera un ser tan despreciable.

Pero era necesario hacerlo, al no esperar que le dejaran verla sin que antes pudiera aclarar todo el asunto.

Con este propósito se había pasado toda la noche buscando a lord Gilbert por los clubs, hasta que acabó en las tabernas más bajas de Londres y recibió una paliza.

La escaramuza no fue muy seria, al tratarse más bien de unos borrachos que buscaban algo de camorra. Pero no podía presentarse en la residencia de los Bowlin a esas horas con el labio partido y su traje sucio y roto, por no mencionar que no había tenido la suerte de encontrar a lord Gilbert.

Pero esa mañana, sin haber podido dormir ni un solo segundo, se había levantado desesperado y con la necesidad de visitar a *lady* Evaline. Con lord Gilbert o sin él, no pensaba esperar más para contarle toda la verdad del asunto.

Solo confiaba en que ella lo creyera y no necesitara más pruebas que no fueran sus palabras.

Montado en su carruaje, le pidió a su cochero que se diera prisa, deseoso de llegar cuanto antes. No solo no soportaba que *lady* Evaline sufriera ni un minuto más de lo necesario, sino que, además, odiaba que ella pensara mal de él o dudara de sus intenciones.

Quería decirle de frente que la amaba y que todo lo vivido esos maravillosos días habían sido los más felices de su vida.

Estaba dispuesto a todo para hacerla comprender que sus palabras eran ciertas, aunque tuviera que recorrer las calles de Londres a toda velocidad.

Y eso era precisamente lo que estaba haciendo.

Brian miraba desesperado por la ventanilla, anhelando llegar cuanto antes mientras escuchaba el golpeteo de los cascos de los caballos en los adoquines.

Se llevó las manos a la cabeza y gimió, no solo por el dolor de cabeza debido a la falta de sueño o por los golpes recibidos, sino porque sabía que todo esto era obra suya, aunque no había sido algo su voluntario.

Si le hubiera contado a ella lo de la apuesta...

Cuando el carruaje se detuvo frente a la mansión de los condes de Bowlin, Brian sintió que se le encogía el corazón. Le temblaban las manos y no podía evitar que lo hicieran. Respiró temblorosamente dentro del carruaje y, cuando se abrió la puerta, salió de este, derecho a su destino.

Una vez en la calle, Brian se quedó petrificado cuando descubrió el carruaje de los condes de Bowlin parado frente a su mansión. Sintió que una horrible sensación de temor se aferraba a su pecho. Acaso estaría esperando a *lady* Evaline para llevársela lejos, o habían ido a buscar a alguien que les ayudara a poner fin a todo este asunto.

No sabía cuál de las dos opciones le daban más miedo.

Sin querer pensar en ello, pues sus peores temores se disparaban, Brian continuó su camino, con la esperanza de que no fuera demasiado tarde.

Llamó a la puerta, pero la respuesta no llegó de inmediato. Estaba a punto de volver a llamar con más insistencia, cuando esta se abrió de pronto. Rápidamente dejó caer su mano.

El mayordomo, el señor Evans, lo miró de arriba abajo. Algo extraño, pues Brian se había vuelto bastante amigable con el señor Evans durante el tiempo que había estado visitando a *lady* Evaline,

—¿Puedo ayudarlo, milord? —La frialdad de sus palabras le aseguró que estaba al tanto del cotilleo. Y todo indicaba que él ahora ya no era de su agrado, a juzgar por la mirada fría del mayordomo y el hecho de que apenas le abriera la puerta unos centímetros.

Tratando de serenarse y de mostrarse seguro, Brian le habló con tono tranquilo.

—Señor Evans, he venido a visitar a lord Bowlin. Hay algunos asuntos que deben resolverse —le explicó, a pesar de saber que no se lo debía, al ser solo el mayordomo.

El señor Evans en cambio no pareció inmutarse, y simplemente arqueó una ceja.

—¿Se refiere a asuntos importantes?

Desesperado, Brian estiró la cabeza para tratar de ver a *lady* Evaline, pero todo lo que consiguió fue ver sombras.

—Así es —respondió Brian perdiendo un poco más los nervios—. Es de suma relevancia que entre y pueda hablar con él.

—No estoy seguro que pueda recibirlo, milord. La familia está reunida con una visita y me han pedido que no se les moleste.

¿Una visita? ¿Entonces el carruaje no estaba allí para llevarse lejos de él a *lady* Evaline? Pero ¿quién sería esa visita, y por qué estaba allí el carruaje? Ante tantas preguntas, Brian sintió como si la cabeza fuera a estallarle.

Estuvo tentado de preguntarle al mayordomo, pero en su lugar

prefirió reunir todas sus fuerzas para conseguir entrar y, una vez dentro, ya se enteraría de quién era el invitado.

—Estoy seguro de que el conde de Bowlin me recibirá gustoso.

Brian no lo dijo para que el mayordomo le permitiese pasar, sino que de verdad creía que el padre de *lady* Evaline estaría deseando hablar con él para que Brian le aclarara el asunto. De hecho, se extrañaba de que no lo estuvieran esperando con este propósito, pues lo primero que él mismo habría exigido serían explicaciones.

Por otro lado, no se atrevió a decir que *lady* Evaline le esperaba, al no estar convencido de que ella quisiera verlo. Por ello, Brian prefirió pedir ver al conde.

Tras sus palabras, el mayordomo cerró la puerta, dejándolo fuera. A Brian no le importó, al comprender que la familia estuviera enfadada con él y hubieran dado la orden de no dejarle entrar sin que estuvieran preparados.

Lamentaba que todos tuvieran que pasar por esto, y solo deseaba poder aclararlo y que esta pesadilla acabara cuanto antes.

Cuando el minuto pasó y se convirtió en cinco, Brian comenzó a temerse lo peor. Notó cómo su respiración se aceleraba, y el nerviosismo comenzó a apoderarse de él. Suspirando, se giró para mirar a la calle, viendo por el rabillo del ojo que una cortina de la ventana de una de las salas se movía de su sitio, sin lugar a dudas, espiándolo.

No le importó, siempre y cuando le dejaran pasar.

Pero eso no sucedió. En su lugar, el mayordomo volvió a abrir la puerta, ahora con una expresión más hosca, si es que eso era posible.

—Lamento decirle, milord, que ya no es bienvenido.

—Es imposible. Debo hablar con los condes y con *lady* Evaline. Ellos deben de estar esperándome. —Brian pidió verlos a todo esta vez, para así hacerle comprender al mayordomo la relevancia de su visita.

Como única respuesta, el señor Evans se irguió.

—Debo pedirle que se marche.

La garganta de Brian se secó ante esas palabras.

—No. —Intentó empujar la puerta, pero el señor Evans lo esperaba y no se lo permitió—. No lo comprende, debo entrar.

—Debe marcharse —insistió el mayordomo, que al escuchar voces tras él cerró un poco más la puerta.

Pero Brian también las había escuchado. Algo sucedía en el interior de la mansión e intentaban mantenerlo en secreto, pero él lo averiguaría.

—¿Quién está dentro?

—¿Milord? —preguntó extrañado el mayordomo.

—¿Quién está dentro? —volvió a preguntar Brian, cada vez más

desesperado.

Al ver que el mayordomo no cedería por las buenas, decidió cambiar de táctica.

—Señor Evans, necesito hablar con *lady* Evaline. Es muy importante que aclare un asunto.

El mayordomo pareció pensárselo, pero suspiró y volvió a erguirse.

—He recibido órdenes de no dejarle pasar.

—Entonces no intentaré entrar, pero debe decirme solo una cosa. Una sola y le prometo que me iré.

El señor Evans lo consideró un instante, y Brian decidió ir a por todas.

—Hágalo por *lady* Evaline. Ella no merece nada de todo esto, y si consigo resolver este asunto, su nombre se verá limpio del escándalo.

Esas palabras parecieron convencer al señor Evans, que se destensó un poco.

—Solo dígame a quién han recibido.

Durante unos segundos, el mayordomo lo miró en silencio, sopesando si debía desobedecer una orden de sus señores o, por el contrario, tratar de ayudar a la joven señorita.

Sabía por la doncella de *lady* Evaline que esta se había pasado la noche llorando, y él había leído, como los demás sirvientes de la mansión, la columna de cotilleos del periódico.

Sin embargo, no creía que el hombre que tenía ante él fuera tan ruin como indicaba el periódico, ni que la mejor opción para *lady* Evaline fuera el otro caballero que había llegado con el conde. No le había gustado desde la primera vez que entró en la mansión, pero como mayordomo, no tenía derecho a opinar sobre las visitas.

Reflexionando qué hacer, el mayordomo decidió que por dar un nombre no estaba desobedeciendo ninguna orden, pues nadie de la familia le había dicho que no mencionara al invitado.

—Lord Collins ha tenido la gentileza de reunirse con la familia, milord.

El corazón de Brian se hundió en su pecho al escucharle. Sabía perfectamente lo que eso significaba. Lord Collins había aprovechado para acercarse a *lady* Evaline y así ganar la apuesta.

Si antes dudaba de su implicación, ahora lo tenía claro. Todo indicaba que lord Collins, al ver que perdía el favor de *lady* Evaline en favor de Brian, había manipulado la verdad para hacerlo quedar como un canalla y así librarse de la competencia.

Brian había sido un ingenuo al no desconfiar de las artimañas de lord Collins y no haberlo parado a tiempo. Ahora este estaba en una posición aventajada, y Brian estaba convencido de que no perdería la ocasión de conseguir la mano de *lady* Evaline.

Pero eso sería por encima de su cadáver, pues estaba dispuesto a

luchar por ella.

Haría lo que fuera con tal de desenmascararlo y que quedara como el culpable. De esa manera, Brian no solo limpiaría su nombre al indicar como culpable a lord Collins, sino que conseguiría apartarlo de los Bowlin y, con suerte, conseguir su perdón.

Sobre todo, el perdón de su *lady* Evaline.

—Gracias, señor Evans —le dijo a este y, tras despedirse con una inclinación de cabeza, se alejó de la casa, decidiendo cuál sería su próximo destino.

—No dejaré que este asunto termine así. No lo permitiré.

Capítulo 15

Sentado en su club de caballeros, otro día más, a Brian ya no le importaban las miradas ceñudas ni los desplantes. Tomando un sorbo de su copa de brandy, solo le importaba una cosa, encontrar a lord Gilbert.

Cuatro días atrás, cuando le fue prohibida la entrada en la mansión de los Bowlin, se había dirigido al club, donde pensaba encontrar al caballero y convencerlo para que aclarara todo el asunto. Pero, tras unas horas de espera, Brian se percató de que no sería tan sencillo conseguirlo.

Sentado en su sitio favorito, todavía seguía esperando a lord Gilbert, aunque la impaciencia lo estuviera consumiendo.

Había pensado en otras maneras de limpiar su nombre, pero siempre acababa en el mismo punto de salida. Solo lord Collins o lord Gilbert podrían ayudarlo.

Por desgracia, recordaba perfectamente la arrogancia de lord Collins, convenciéndose de que este se negaría a asumir sus responsabilidades en el asunto. No solo porque ello implicaba que perdiera la apuesta, sino porque era un engreído vanidoso y no haría nada que pudiera perjudicar su reputación.

Pero lord Gilbert era diferente. O al menos, así lo creía Brian.

Era cierto que había participado en la apuesta y que su imagen quedaría manchada si todo salía a la luz, pero Brian recordaba cómo ese día defendió a *lady* Evaline y, además, cuando Brian se encontró con ellos en las puertas del club, lord Gilbert había agachado la cabeza al verle.

Brian tenía la esperanza de que fuera un hombre de honor, a pesar de ser amigo de alguien como lord Collins, y aceptara contar la verdad públicamente. Eso, o él mismo tendría que convencerlo a golpes, pues, por *lady* Evaline, estaba dispuesto a todo.

Hizo girar el líquido en su vaso y volvió a mirar por la sala. En los cuatro días transcurridos no había aparecido lord Gilbert por ningún rincón de Londres, supuestamente, al permanecer escondido o quizá borracho.

Fuera como fuese, Brian estaba dispuesto a esperar lo que hiciera falta. Él en el club, y algunos hombres que había contratado repartidos por Londres. Ya fuera en garitos o en la casa de lord Gilbert, a la espera de que apareciera.

Pero en esos cuatro días Brian no se había limitado a esperar en el

club, sino que también había ido a la mansión de los Bowlin a diario, con la esperanza de ver a *lady* Evaline.

En cada ocasión, le habían cerrado la puerta en la cara, sin darle la oportunidad de decir ni una sola palabra. Aun así, no había perdido la esperanza, y por eso continuaba día tras día yendo a visitarla y permaneciendo durante horas en el club, a la espera de ver a ese caballero.

Brian sintió la necesidad de tomar otro trago de su copa de brandy mientras recordaba a su madre.

La marquesa viuda le había visto entrar en su residencia cabizbajo y con expresión desesperada, y había hecho todo lo posible por consolarlo.

Le dolía ver a su madre desconsolada y sintiéndose culpable por estar implicada en su compromiso con *lady* Evaline. Sin embargo, Brian no lo sentía así. En realidad, le estaba agradecido por haber puesto ante él a una mujer tan maravillosa, y así se lo había asegurado. Pero su madre simplemente se había retirado, dejándolo solo con sus pensamientos.

Desde entonces, cada vez que lo veía acudía a él en busca de noticias, y cada vez que él negaba con la cabeza, ella lo abrazaba y se retiraba a su recámara.

Brian levantó el vaso, necesitando tomar un buen trago de su copa. Cuando de pronto lo vio.

Había estado tan absorto en sus pensamientos que no había advertido la presencia del hombre que estaba sentado en un rincón de la sala del club. Brian lo miró con atención y pudo comprobar con alivio que, efectivamente, era el hombre que estaba buscando.

Lord Gilbert también lo miraba con disimulo. Quizá había llegado a él la noticia de que Brian lo estaba buscando y por ello lo miraba horrorizado, creyendo que le rompería la cara o le montaría una escena.

Pero esas no eran las intenciones de Brian.

En su lugar, este apuró el contenido de su copa y se levantó de su asiento despacio, al no querer que lord Gilbert se asustara y saliera corriendo.

Mientras se le acercaba, Brian no perdió su contacto visual, pero fue prudente y no mostró animosidad ni furia. Una vez frente a él, Brian hizo una inclinación de cabeza y, como si hubiera sido invitado, se sentó al lado de lord Gilbert, que parecía incapaz de articular palabra.

—Buenas tardes, lord Gilbert.

—Yo no tengo nada que ver en todo este asunto —dijo este, dejándole claro a Brian que temía su venganza.

—Pero lo cierto es que sí está implicado. —El tono de voz de Brian

era severo, pues no quería que lord Gilbert se relajara. Aún no.

—Ese día, estaba muy borracho cuando acepté esa estúpida apuesta. No puede culparme por ello.

—Borracho o no, lo cierto es que usted participó en ella. Y que yo sepa, en ningún momento avisó a la dama de las intenciones de lord Collins.

—Yo no… no —farfulló lord Gilbert mientras agachaba la cabeza.

Brian se dio cuenta de que lo tenía justo donde quería. Resultaba evidente que sentía remordimientos por lo sucedido, o que temía que su nombre se viera implicado públicamente. De cualquier manera, Brian estaba dispuesto a aprovechar esta ventaja para conseguir su propósito.

—Por culpa de esa apuesta han hecho que una mujer dulce e inocente sea el hazmerreír de la sociedad. Pero no queda ahí todo el agravio. Por culpa de las mentiras que se publicaron, mi nombre se ha visto mancillado y mi relación con *lady* Evaline ha sido truncada.

—Le juro por mi honor que no sabía nada de esa publicación —le aseguró lord Gilbert con voz temblorosa—. Lo último que supe de la apuesta era que Collins apareció enfadado en el club, diciendo que un petimetre se le había adelantado.

—¿Cuándo fue eso?

—Un día después de la apuesta.

Brian recordó que ese día él había ido a visitar a *lady* Evaline y, al salir de su residencia, se había tropezado en la puerta con lord Collins. Sin lugar a dudas, este se habría enfadado y había esperado el momento perfecto para librarse de su adversario. ¿Pero era necesario humillar a *lady* Evaline para conseguirlo?

Al parecer, para lord Collins todo valía, si así conseguía lo que quería.

—Lo que hizo lord Collins para ganar la apuesta es reprobable, y espero que usted esté de acuerdo conmigo.

—Por supuesto.

—Sin embargo, no ha hecho nada para limpiar el buen nombre de la dama.

Lord Gilbert tragó saliva y comenzó a jugar con su vaso vacío.

—No puedo hacer nada. Collins es mi amigo, y no puedo perjudicarle. Sé que usted también le conoce y sabe que es un hombre vengativo, al que es mejor no tener en contra.

Brian tuvo que darle la razón, pues lo conocía desde hacía años y sabía la clase de hombre que era.

—Además, mi padre no puede enterarse de este asunto. Si lo hiciera… —Lord Gilbert alzó la vista en busca de un lacayo que le trajera otro whisky. Era más que evidente su nerviosismo por cómo rehusaba la mirada de Brian—. Mi padre me avisó de que si cometía

una falta más, me dejaría sin mi asignación.

Fue en ese momento cuando Brian vio su oportunidad.

—Entonces, tiene motivos para aclarar este asunto. Imagine qué sucedería si su padre se enterara de su implicación en una apuesta en la que se ridiculiza a la hija de un conde. Y esté seguro de que se enterará, si esto no se resuelve.

—¿Me está amenazando? —soltó lord Gilbert mientras se levantaba de su asiento, llamando la atención de los presentes.

—Haga el favor de sentarse —le exigió Brian con voz seria y mirada fría. Había llegado el momento de dejar de ser un caballero.

Cuando lord Gilbert volvió a su asiento, Brian se acomodó en el sillón y lo miró durante unos instantes. Después, cuando se percató de que el nerviosismo de lord Gilbert iba en aumento, comenzó a hablar con seguridad y rotundidad.

—Lo primero de todo, mientras sea amigo de un canalla como lord Collins, se verá implicado en toda clase de escándalos. Le recomiendo por tanto que, si su asignación y posiblemente su herencia están en juego, deje de verlo, por el bien suyo y de su familia.

Tras estas palabras, lord Gilbert pareció calmarse. Al parecer, el hombre no era tan tonto, pues por su asentimiento él solo ya había llegado a esa misma conclusión.

—Y lo segundo, debe saber que mientras este asunto no se resuelva, es evidente que su nombre estará en peligro de ser revelado. —Cuando lord Gilbert iba a comenzar a protestar, Brian lo detuvo alzando la mano—. No le estoy amenazando, pero comprenda que no puedo permanecer callado mientras la reputación de la mujer que amo y la mía propia son insultadas con una calumnia.

Lord Gilbert abrió los ojos como platos al comprender que el asunto era más grave de lo que había pensado.

Había creído tontamente que nadie defendería a *lady* Evaline y que con el tiempo todo se calmaría, sin riesgo para los implicados. Pero si alguien como el marqués de Ashton defendía a la mujer, entonces no descansaría hasta que el nombre de ella estuviera limpio. Y por supuesto, a su vez, limpiara también el suyo.

—No sabía nada de su compromiso con *lady* Evaline —susurró lord Gilbert.

—Y no hay motivos para que lo supiera. Lo único que importa en ese asunto es que usted puede poner punto final al escándalo.

—Pero entonces mi nombre se vería salpicado.

—No tiene porqué —le aseguró Brian—. Hay una manera de que usted aclare todo el asunto y que su complicidad nunca se sepa.

Por unos minutos, lord Gilbert se quedó pensativo, consiguiendo que los nervios de Brian se crisparan.

—Está bien. Haré lo que me diga. Solo le pido un favor. Si por

algún motivo mi nombre sale a la luz en todo este asunto, usted tendrá que responder por mí ante mi padre.

Como respuesta, Brian se levantó de su asiento y le tendió la mano.

—Trato hecho. Aunque debe quedarle claro que todo esto se volverá contra su amigo.

Lord Gilbert no necesitó pensarlo. En su lugar, se levantó y por fin miró a Brian a los ojos y le apretó la mano.

—Por mí no hay problema.

Al escucharlo, Brian sintió como si un peso enorme le fuera apartado de la espalda y lograra al fin respirar con normalidad.

Todo parecía que se resolvería en breve y que podría demostrarle a todo el mundo, y en especial a *lady* Evaline, que él no tenía nada que ver con todo esto.

—Creo conveniente que sepa que Collins no renunciará tan fácilmente a *lady* Evaline —dijo Gilbert, a lo que Brian lo miró extrañado—. Me imagino que, como la mayoría de la sociedad, desconoce que Collins necesita con urgencia una rica heredera que le mantenga su alto nivel de vida hasta que su padre fallezca.

—¿Qué quiere decir?

—Lo que trato de decirle es que el padre de Collins no fue tan clemente como el mío y, en vez de amenazarlo, directamente le dejó sin su asignación. Todo esto sucedió hace un par de días, cuando se enteró de un escándalo con una de las criadas de lord Taylor.

—¿Una criada de casa de los Taylor? —preguntó Brian, incrédulo.

—Así es. Al parecer, estaba cortejando a *lady* Rossie, cuando sus atenciones se desviaron a otra persona.

Al escuchar el nombre de *lady* Rossie, a Brian se le ocurrió una idea.

—Todo este asunto parece que se ha desarrollado demasiado rápido. Desde que se hizo la apuesta, han pasado muy pocos días hasta que esta se ha hecho pública. ¿Sabe el motivo?

—No estoy muy seguro de lo sucedido, pero Collins se quejaba que pretendían utilizarlo para una venganza.

—¿Quién lo estaba utilizando?

Lord Gilbert pareció reacio a contar más, pero tras suspirar, le relató lo ocurrido.

—Se trata de una dama. Esta quería que hiciera algo que él veía precipitado y que pondría en peligro el resultado de la apuesta. Pero ayer, vino a buscarme para celebrar que todo había salido mejor de lo esperado.

—¿A qué se refiere?

La expresión de lord Gilbert se oscureció y comenzó a mirar a ambos lados con recelo.

—Me arriesgo mucho si le digo el nombre de la dama.

—Le prometo que no lo revelaré.

—No es suficiente. La dama sabe que solo Collins y yo lo sabemos. Si su nombre se ve envuelto en todo esto, sabrá que he sido yo quien la delató. Y le aseguro que la dama es una enemiga a tener en cuenta.

—En ese caso —dijo Brian—, le prometo que nunca mencionaré su nombre ni su participación. Se lo juro.

Lord Gilbert parecía indeciso, pero al final aceptó, sobre todo, porque los remordimientos no lo dejaban en paz.

—La dama es *lady* Rossie. Ella estaba furiosa cuando sorprendió a Collins besando a la criada, y dijo que lo destruiría. Él se apresuró a calmarla y a decirle que haría cualquier cosa para que los perdonase.

—¿Cuánto hace de eso?

—Que yo sepa, solo unos días.

Brian se preguntó si esto habría sucedido antes de que lord Taylor le propusiera bailar con su hija. Intuía que sí, pues explicaría el repentino entusiasmo de *lady* Rossie por él.

Pero aún le quedaba mucho más por escuchar.

—Según me contó Collins, *lady* Rossie le pidió a este que le alejara a usted de *lady* Evaline, y él le aseguró que conocía la forma perfecta de hacerlo. No sé más detalles, pero no creo que a Collins se le ocurriera filtrar la noticia de la apuesta para que apareciera en la sección de cotilleos de un periódico.

—Tiene razón. Esa idea es más propia de una dama —dijo Brian, quien poco a poco comenzaba a entenderlo todo, mientras sentía que la rabia empezaba a formarse en su pecho.

Por desgracia, *lady* Rossie se libraría de su castigo, ya que Brian había dado su palabra de no revelar su nombre.

Aunque ya pensaría la manera en que el destino se ocupara de ella. Esa mujer era la peor de las arpías, al ser capaz de cualquier cosa por humillar a cualquiera que se colocara en su camino, y se merecía un castigo.

De pronto, Brian recordó que mientras bailaba con ella, le había dicho sin tapujos que pretendía casarse con *lady* Evaline.

Brian estaba seguro de que el detonante de que el nombre de *lady* Evaline saliera en la sección de cotilleos fuera esa confesión, haciendo que lady Rossie actuara por despecho. Así, había utilizado a lord Collins para separar a Brian de Evaline, consiguiendo la venganza al humillar a esta, y otro pretendiente adecuado al haber perdido a lord Collins por su comportamiento reprochable.

Por no hablar de que con ello lord Collins se aseguraba de ganar la apuesta y, además, a la rica heredera que necesitaba.

Un plan perfecto para conseguir lo que querían, sin importarles que, para ello, destruyeran a dos personas.

Pero no toda la culpa era de *lady* Rossie y lord Collins, pues de ser

todo como Brian había supuesto, el culpable no era otro sino él.

—No pensé…

Desesperado, Brian miró a lord Gilbert, y decidió que se centraría primero en aclarar todo el asunto de la apuesta, y luego…

Brian suspiró. *Lady* Rossie era una dama. De lo contrario, se habría topado con su furia.

Capítulo 16

Evaline se sentó en el taburete esperando a que su doncella la peinara. Desde el día que aceptó el compromiso con lord Collins, sentía que su vida había cambiado. Cada sensación ahora era diferente y no podía dejar de preguntarse cómo sería su vida como esposa de ese hombre.

Recordó cómo lord Collins había insistido en que se casaran cuanto antes con una licencia especial, y tanto ella como sus padres no vieron ningún inconveniente en ello.

Al menos como esposa de ese hombre, dejaría de ser una solterona y quizá desaparecieran las risas a causa de su peso. Aún no sabía qué pensar de lord Collins a este respecto, pues en ocasiones lo había sorprendido mirándola con una expresión de desagrado. Pero de ser así, ¿por qué quería casarse con ella, y de una forma tan apresurada?

Solo esperaba que no la tratara con desprecio o desidia al no poder soportarla. De pronto, Evaline pensó en el marqués y en cómo la miraba, y se le encogió el corazón. Él la había mirado con lo que parecía deseo y, sin embargo, se había equivocado.

Tal vez estaba escrito en su destino que ningún hombre la amara y, mucho menos, la deseara. Lamentó que no hubiera un solo hombre que no viera otra cosa que sus libras de más, en vez de todo el amor que ella podía dar.

Esa mañana, sabía que debían proseguir con los preparativos de la boda, pero cada vez tenía menos fuerzas para hacerlo. Las flores, el vestido, el banquete, todo para ella era indiferente, al tratarse de un matrimonio sin amor.

Pero no podía quejarse. Había tenido la suerte de captar el interés de lord Collins, y estaba agradecida por eso. Aunque su vida no tendría la misma luz que junto a lord Ashton.

Pero era inútil seguir mortificándose por lo que pudo haber sido. Así, Evaline enderezó la espalda y respiró hondo. Estaba haciendo esto por el honor de su familia y de ella misma.

Este pensamiento la impulsó a seguir adelante, y con la cabeza en alto, bajó las escaleras y se dirigió al salón. Encontró a sus padres en la sala del desayuno pero, a diferencia que en días anteriores, ahora mostraban una sonrisa.

—Buenos días —dijo ella mientras se sentaba.

—¡Ah! ¡Evaline! —exclamó su madre, mostrando una tenue sonrisa —. Te ves espléndida esta mañana.

Evaline se extrañó ante su comentario, pues recordaba que al mirarse en el espejo, ante ella había aparecido una imagen con ojeras en su rostro y la piel demasiado pálida. Algo normal en los últimos días, al costarle conciliar el sueño.

Pero, por algún motivo, esa mañana su madre no parecía darse cuenta, pues la miraba como si en los últimos días no hubieran vivido un auténtico infierno.

—Sé que hoy tenemos un día muy ajetreado, primero con la modista para hacer los arreglos nupciales y luego con el menú, pero antes de eso… —Los labios de su madre se curvaron en una radiante sonrisa, así como los de su padre.

Al ver cómo el rostro de sus padres cambiaba y se miraban expectantes, Evaline no supo qué pensar. ¿Se habrían vuelto locos con todo este asunto de la apuesta y de la boda? ¿O era ella la loca? Porque, tal y como estaban las cosas, no entendía que tuvieran ganas de sonreír.

Recelosa, se sentó, sabiendo que pronto se enteraría de qué estaba sucediendo. Porque si de algo estaba segura, era de que estaba pasando algo extraño en su casa y no creía que le gustara lo que fuera.

—Mira esto —le dijo su madre, mientras le extendía la sección de cotilleos del periódico—. Lee lo que está escrito en la columna principal.

Evaline miró con asco el pliego que la condesa le extendía, y no hizo amago de cogerlo. Desde el fatídico día en que se publicó la noticia de la apuesta, nadie de la familia había vuelto a querer leer un periódico. Sin embargo, por alguna extraña razón, su madre le tendía unas páginas que habían jurado no leer nunca más.

—No creo que haya nada que pueda interesarme —afirmó Evaline, sintiendo que se le encogía el estómago. Algo frecuente en los últimos días y que le estaba ayudando a perder peso.

—Te aseguro que esto te interesará. Confía en mí.

Aún reticente, Evaline miró a su madre y luego a su padre, el cual asintió con la cabeza, animándola a que lo cogiera. Suspirando, Evaline lo hizo, y lo observó mientras su madre le explicaba.

—Sé que convenimos que no lo volveríamos a leer, pero tanto tu padre como yo acordamos que lo revisaríamos sin decirte nada, por si publicaban algo nuevo de todo este asunto.

—De ser así, habría ido personalmente al periódico con una demanda por difamación —le aseguró su padre con voz fría.

—Por suerte ya no será necesario —lo apaciguó su esposa, al sonreírle y apretarle la mano.

Evaline no deseaba leer nada que tuviera que ver con la apuesta, pero había empezado a sentir curiosidad por lo que habrían publicado. No debía de ser nada malo, si sus padres estaban de tan buen humor y

le pedían que lo leyera.

Confiando en ellos, Evaline comenzó a leer la columna por el sitio que le había indicado la condesa.

«A nuestra redacción han llegado nuevas y esclarecedoras noticias sobre el marqués de Ashton y lady Evaline. Según un testigo que estaba presente el día de la apuesta, y que prefiere quedar en el anonimato, lord Ashton no formó parte de la misma, sino que fue lord Collins el principal implicado.

Un lamentable error por el que pedimos perdón al marqués, y desde estas páginas hacemos hincapié en el comportamiento deplorable de lord Collins.

Así mismo, la falta de respeto que este mostró ante lady Evaline, no es digna de un caballero, y es imperativo que se castigue debidamente al individuo. Resulta vergonzosa la forma en que se aprovechó de la bondad de la dama, a cambio de un momento de diversión y unas ganancias.

Por último, debo añadir que esta mañana, amablemente, aunque algo enojado, lord Ashton nos aclaró otro dato erróneo que fue publicado en nuestra sección.

Según sus propias palabras, el marqués y lady Evaline ya se conocían desde niños, al lindar sus fincas de Kent. Es por este motivo, y no por suposiciones maliciosas, que tras coincidir en Londres y volverse a ver tras siete años, ambos se dieron cuenta de su amor mutuo.

Y para concluir y, como nota personal, debo decir que lady Evaline es una mujer afortunada pues, es más que evidente el amor que le procesa lord Ashton.

Desde nuestras páginas, les deseamos que alcancen la felicidad y les pedimos de nuevo perdón por nuestros equivocados comentarios».

Tras leerlo un par de veces, Evaline comprendió por qué su madre estaba tan feliz y le había insistido en que lo leyera. En esas líneas no solo lord Ashton quedaba exento de toda culpa, sino que también se aclaraban los motivos de su matrimonio y se la trataba con respeto.

Pero, además, hacía referencia al amor que el marqués mostraba hacia ella. ¿Amor? ¿Podía ser cierto?

Evaline notó como comenzaba a dolerle la cabeza al no entender nada. Era verdad que junto a él se había sentido viva y segura y habría jurado que lo amaba, pero tras el escándalo, ni por un segundo creyó que él fuera otra víctima. ¿Sería esa una evidencia de que su amor no era tan profundo como había creído? ¿O todo se debía a que su orgullo era más grande que su corazón?

Ahora se sentía mal por no haberle dado ni una oportunidad para explicarse, llegando incluso a construir las evidencias que necesitaba para apartarlo de su lado.

Se había equivocado al juzgarle, del mismo modo que la juzgaban a ella sin ni siquiera conocerla.

—He sido una tonta —susurró, dejando salir su tristeza.

—Lo hemos sido todos, cariño —le aseguró su padre, que también se mostraba visiblemente apenado—. Fui demasiado rápido en busca de lord Collins, pensando solo en limpiar nuestro nombre.

Lord Collins.

Evaline ni siquiera había pensado en él hasta ese momento en que lo mencionó su padre.

Al conocerlo, se dio cuenta de que había algo en él que no le gustaba, y ahora sabía lo que era. Su falsedad.

Él sí que la había buscado solo por un juego, y había sido tan ruin que fue capaz de humillarla públicamente con tal de ganar su apuesta.

Evaline negó con la cabeza mientras recordaba esas miradas que él le lanzaba cuando creía que ella no lo observaba. Eran sin duda de asco por tener que tratar con ella. Solo esperaba que, como castigo, sintiera la misma humillación que ella había sentido estos días. Que supiera lo que era que todos te apartaran y te miraran por encima del hombro, como si su sobrepeso no la hiciera digna de su compañía.

—Padre, no debes pensar más en ello. Por suerte, se descubrió la verdad a tiempo. —Evaline trató de consolarlo, ya que era evidente que se amonestaba a sí mismo por lo ocurrido.

Aunque Evaline debía admitir que, de solo pensar en que en unos días se habría casado con lord Collins, sentía que todo su cuerpo se estremecía de asco.

—Tu hija tiene razón. Ahora debemos centrarnos en pedir disculpas a lord Ashton.

—Lo sé —contestó el conde, pues Evaline ella se quedó sin palabras, al percatarse de que su madre tenía razón—. Pero eso no me impedirá tener una charla con ese… lord Collins.

Por la cara de enfado de su padre, ella temió que lord Collins saliera con algo roto tras su encuentro.

Miró a sus padres, quienes la contemplaban a su vez, a la espera de su reacción. El dolor por la supuesta traición de lord Ashton la hizo pensar sin actuar, pero no estaba dispuesta a cometer dos veces el mismo error.

—Creo que los planes de esta mañana tendrán que posponerse —señaló Evaline con una tenue sonrisa—. No considero apropiado probarme mi vestido de novia, cuando debo escribir una carta a mi prometido para romper nuestro compromiso.

Como respuesta, sus padres sonrieron, dándole así su aprobación.

—Además, considero que hay otro asunto de vital importancia y que debo resolver de inmediato. —Tras decirlo, Evaline se puso en pie y cogió el periódico para leerlo de nuevo en su cuarto.

—Sabes que puedes contar con nosotros —afirmó su padre, consiguiendo que el corazón de Evaline se tranquilizara.

—Lo sé, padre.

Evaline miró a sus padres y agradeció poder contar con ellos. De no haber sido así, su vida habría sido un infierno sin amor y sin el consuelo de su cariño y aceptación.

—Os quiero —les dijo, consiguiendo que su madre comenzara a llorar y a su padre se le enrojecieran los ojos.

Pero cuando se disponían a contestarle, el mayordomo irrumpió en la estancia, cortando toda conversación.

—Una visita desea ver a *lady* Evaline.

Al escuchar al señor Evans, ella sintió cómo sus piernas flaqueaban y tuvo que agarrarse a la mesa. Miró al periódico que sostenía en las manos, y no tuvo ninguna duda de quién podía ser.

No sabía si estaba preparada para recibirle, al necesitar algo de tiempo para aclarar sus ideas y sus sentimientos, que en ese momento eran como un torbellino.

—Hágalo pasar a la sala de té.

El mayordomo se quedó parado un instante, sin saber qué decir.

—Disculpe, *milady*, pero es una dama quien ha pedido ser recibida.

Como respuesta, solo consiguió que Evaline se quedara petrificada y con la boca abierta.

¿Una dama? ¿Qué dama?

Capítulo 17

Con piernas temblorosas, Evaline se dirigió a la sala donde la dama la esperaba. Cuando el señor Evans le dijo el nombre de esta, Evaline no se lo pudo creer y, tras convencer a su madre de que la recibiría a solas, se encaminó con paso decidido a su encuentro.

Durante una fracción de segundo, había pensado que su invitada sorpresa era *lady* Rossie. En su mente, se había imaginado frente a ella, con la intención de dejarle claro que lord Ashton no había sido el impulsor de la apuesta, sino que la había defendido. Por no mencionar que la había llamado públicamente su prometida.

Después le diría que se marchara de su casa y que nunca más se dirigiera a ella. Pero, por desgracia, tendría que llamarla mentirosa en otro momento, del mismo modo que lamentaba no estar presente cuando ella supiera que todos sus planes habían salido mal.

Y Evaline estaba segura que ya lo sabía, solo que en esta ocasión no se atrevía a ir a su casa, por ser la perdedora.

Frente a la puerta de la sala, Evaline respiró hondo y se aseguró de que tanto su vestido como su peinado estuvieran perfectos. Después, suspiró y entró, tratando de mostrarse confiada.

—*Lady* Ashton, es un placer recibirla en la residencia de los Bowlin. —Tras el saludo, Evaline hizo una reverencia y soltó el aire complacida, al ver que la marquesa le sonreía y le pedía con un gesto que se acercara.

—Lamento no haber venido antes a visitarla. Mi salud apenas me ha permitido salir a hacer visitas ni a recibirlas. —La marquesa le indicó que se sentara a su lado.

—Espero que se encuentre mejor —expresó Evaline con sinceridad.

Como respuesta, *lady* Ashton le cogió una mano, sorprendiéndola.

—Estoy algo mejor, querida, pero no podía permanecer apartada de las injurias que han caído sobre vosotros. —Evaline agachó la cabeza, avergonzada—. Estoy indignada con ese lord Collins. No sé cómo un par del reino ha podido hacer algo así a un semejante. Y menos a alguien tan dulce como tú.

A Evaline le dolía recordar todo el asunto, pero entendía que la madre de lord Ashton viniera a hablar con ella.

—Le agradezco sus palabras.

—Veo que te afecta mucho este tema —ella simplemente asintió—. Lo entiendo. A mi hijo también le ha afectado mucho.

Al escuchar hablar de lord Ashton, Evaline alzó la cabeza y vio el

dolor también en la mirada de la marquesa.

—Es un buen hombre. Una persona de honor que no se merecía las calumnias. —Evaline asintió y se preguntó si lord Ashton habría enviado a su madre para que hablara con ella, ya que le habían prohibido el paso a su casa.

La madre del marqués pareció averiguar sus pensamientos, ya que apretó la mano de Evaline.

—Mi hijo no sabe que estoy aquí, pero he creído oportuno esta visita. No suelo interferir en los asuntos de mi hijo. —La dama carraspeó al recordar que había acordado el matrimonio entre ambos —. Pero, por desgracia, otras personas han abierto un abismo entre vosotros y me he visto en la obligación de intervenir.

Ante el silencio de Evaline, la marquesa prosiguió, contenta de que no le echara en cara su atrevimiento o su mentirijilla de que no interfería en la vida de su hijo.

—Sé que estás dolida por todo este asunto —continuó *lady* Ashton —. Pero quiero que sepas que mi hijo te ama.

Evaline se sorprendió al escucharla, al mismo tiempo que se le llenaba la cabeza de preguntas. ¿Cómo lo sabía ella? ¿Se lo había dicho su hijo? ¿Qué le había dicho exactamente?

Debió de ser evidente su sorpresa y sus preguntas, pues la marquesa sonrió y le dio unos golpecitos en la mano.

—Me gustaría decirte que mi hijo me habló y me dejó claro sus sentimientos. Pero con el tiempo descubrirás por ti misma que mi hijo es muy reservado con sus emociones, y que le cuesta hablar de ellas.

Evaline asintió, pue a ella le pasaba lo mismo. También pudo ver de dónde sacaba Brian su gentileza y cuidado por el bienestar de los demás.

—Aun así, como madre sé distinguir los cambios que se han producido en él desde que volvió a verte.

—¿Cambios? —preguntó Evaline.

La marquesa sonrió.

—No le había visto tan feliz desde antes que muriera su padre.

—¡Oh!

—Desde vuestro encuentro, parecía que disfrutaba de nuevo de la vida. Antes, para él solo existía el trabajo y las responsabilidades, pero después… le devolviste la ilusión por vivir.

Evaline no pudo evitar soltar una lágrima.

—Él fue muy amable conmigo.

—Lo sé. Me contó vuestro primer encuentro en el baile. —Evaline quiso que la tierra se la tragara. ¿Le había contado él como la encontró en el suelo cubierta de cristales? ¿Qué pensaría su madre ahora de ella?—. También me contó lo dulce y preciosa que eras y cómo le gustaba tu compañía.

¿Preciosa? ¿Le había estado hablando de ella y le había dicho que era preciosa? Evaline entrecerró los ojos, pensando si lord Ashton le había estado hablando a su madre de otra muchacha que no fuera ella.

Al ver el desconcierto en la cara de Evaline, la marquesa se rio.

—Veo que no me crees del todo.

—No se ofenda, por favor, es solo…

—Estás tan acostumbrada a que nadie te vea, y cuando alguien lo hace, no crees que sea posible que seas tú.

—No sé a qué se refiere —confesó Evaline, mirándola extrañada.

Lady Ashton le acarició el rostro y le sonrió.

—No sé lo que ves en el espejo cuando te miras, pero yo veo ante mí una joven preciosa que ha sabido ganarse el corazón de mi hijo por ser ella misma.

Evaline sintió un escalofrío al escucharla.

—No estoy segura de que lord Ashton me tenga en consideración.

—Yo diría que es más que eso. Pero si tienes alguna duda, te pediría que me hicieras el favor de recibirle y dejar que él te lo explicara todo. De hecho, el motivo de mi visita es pedirte que le des una oportunidad. Sé que él te quiere y que desea hablar contigo, pero teme que no quieras escucharle.

—Yo…

—No te reprocho que no lo hayas recibido en otras ocasiones, pero ahora que está todo aclarado, creo que se merece ser escuchado.

Evaline asintió. Ella también deseaba hablar con él, pero estaba muerta de miedo por si él solo venía a disculparse por las molestias. Había releído mil veces las palabras del periódico que decían lo especial que era ella y que era su prometida, pero aun así, seguía sin creérselo.

Quizá *lady* Ashton tuviera razón y Evaline solo se negaba a creer que él sintiera algo por ella. Habían sido demasiados años recibiendo insultos y risas, por lo que era lógico que desconfiara de los cumplidos.

—Sé que se merece que lo escuche. Él también fue difamado y debió de haber pasado un calvario por mi culpa.

—No, niña. La culpa no fue tuya. Fue de lord Collins. Y te prometo que no descansaré hasta que reciba lo que se merece. Tanto él como cualquier otro implicado.

—Yo solo quiero que todo esto termine.

—Pues eres mejor persona que yo. Por mi parte, solo busco sangre. —La marquesa se rio para apartar la tristeza de los ojos de ambas y se levantó despacio—. Y ahora, si me disculpas, debo decir a mi hijo que le estás esperando.

Evaline se puso de pie y comenzó a temblar, al pensar que pronto tendría a lord Ashton frente a ella. ¿Qué le podía decir? ¿Cómo podría

disculparse por no haber creído en su inocencia? ¿La perdonaría?

—Le estaré esperando. —Trató de parecer tranquila, pero no creyó haberla engañado.

—*Lady* Evaline, ¿puedo llamarte Evaline? —Esta asintió—. Si le puedes conceder un deseo a esta pobre madre, me gustaría que le hablaras a mi hijo desde el corazón. Sé que se acordó un posible matrimonio entre vosotros, pero tanto tus padres como yo lo hicimos porque creímos que juntos podríais ser felices. De no ser así, jamás habríamos interferido en vuestras vidas. Por eso, ahora te pido que valores tus sentimientos y te dejes llevar por ellos, y no por lo que otros puedan decir o pensar.

—Le prometo que lo haré, *lady* Ashton.

—Con eso me conformo. Y le diré a mi hijo que haga lo mismo contigo. Ya hemos vivido bastantes dramas. Tengamos ahora un poco de felicidad y de amor. —Esto último lo dijo guiñándole un ojo.

Con la sensación de haber cumplido con su cometido, *lady* Ashton se agarró del antebrazo de Evaline, sorprendiendo a esta.

—Acompáñame a la salida. Vine con tanta prisa que no le dije a la señora Robins que me acompañara. La pobre mujer debe de estar desesperada buscándome.

La marquesa se rio al pensar en los apuros de su dama de compañía y Evaline supo que se llevaría bien con ella. Una idea que la cogió por sorpresa, al darse cuenta de que volvía a pensar en ella junto a lord Ashton.

—Si lo desea, puedo ir con usted a su residencia. Así no tendrá que viajar sola en su carruaje.

—Eres muy amable, querida, pero prefiero que te quedes aquí esperando a mi hijo. El pobre anda estos días de un lado para otro y no sé cuándo tiene pensado venir a hablar contigo.

Evaline miró su vestido de mañana y su cabello, con un recogido sencillo, y pensó que en cuanto se marchara la marquesa, pediría a su criada que la arreglara un poco. No es que pretendiera deslumbrar a Brian, era solo para estar presentable.

O por lo menos eso se dijo cuando, al pasar junto al espejo situado en la entrada de la mansión, se vio reflejada en él.

—*Lady* Ashton —la llamó Evaline en un acto impulsivo, haciendo que la mujer se detuviera y la mirara—. Me alegro que haya venido a hablar conmigo. Sus palabras me han tranquilizado un poco, y ahora me siento preparada para ver a su hijo.

Y en verdad así se sentía, pues donde antes había angustia y miedo al rechazo, al engaño y a la culpa, ahora solo había deseos de verlo, de aclararlo todo y de hacer lo necesario para comenzar de nuevo.

La marquesa la abrazó con lágrimas en los ojos.

—Serás la esposa perfecta para mi hijo. No tengo ninguna duda.

Como tampoco dudo que lo harás feliz.

Evaline se dejó llevar por el abrazo y agradeció que, después de una vida de soledad, en la que solo había tenido a sus padres, ahora también pudiera tener a una nueva madre. Y lo más importante, a un futuro esposo.

Si no metía la pata y lo estropeaba todo.

Aunque esta vez se aseguraría de hacer las cosas bien.

—Será mejor que me marche, o las dos acabaremos llorando y desconcertando al mayordomo.

Evaline se separó de la marquesa y miró al señor Evans, que permanecía erguido y aparentemente sin ni siquiera respirar.

—Dale recuerdos a tu madre.

Sin más, la marquesa se marchó, dejando a Evaline pensativa en el vestíbulo.

—¿Ya se ha marchado? —La voz de su madre hizo que Evaline se volviera para mirarla—. No quise interrumpir vuestra conversación, aunque no creí que se terminara tan rápido el té.

De pronto, el rostro de Evaline palideció, y su madre temió que se cayera al suelo.

—¿Qué sucede, querida?

—Soy una anfitriona horrible.

Lady Bowlin la miró con el ceño fruncido.

—¿Qué has hecho ahora?

Evaline estuvo a punto de decirle que sonaba como si ella estuviera todo el día metiéndose en problemas, cuando no era cierto. Pero en ese momento tenía algo más importante de qué lamentarse.

—No le he ofrecido té.

Su madre soltó un gritito y se puso pálida. Tanto que el señor Evans se colocó a su lado por si se desmayaba.

—Por Dios, hija, ¿qué va a pensar de ti la marquesa?

Mostrando una sonrisa que dejó sin habla a su madre, ella le respondió.

—Piensa que seré una nuera maravillosa.

Por suerte, esas palabras consiguieron que *lady* Bowlin no se desmayara y que el señor Evans, por fin, volviera a respirar.

Capítulo 18

Tras la marcha de la marquesa de Ashton y con todo lo acontecido esa mañana, Evaline necesitaba desahogarse con alguien. Y quién mejor que su madre, que ahora se veía más repuesta y deseosa de conversar con su hija.

—Espero que, a pesar del traspié del té, todo saliera de forma satisfactoria con la marquesa —dijo *lady* Bowlin una vez que se sentó cómodamente frente a su hija y una buena taza de té.

Al escucharla, Evaline alzó la mirada y le ofreció una tenue sonrisa para tranquilizarla. No podía dejar de pensar que en cualquier momento lord Ashton llamaría a su puerta.

—Todo está bien, madre. Como ya te dije, la marquesa fue muy amable conmigo.

—Era de esperar, hija. Tú no tienes la culpa de nada de lo que ha pasado.

Evaline observó de nuevo la puerta y suspiró.

—En realidad, sí tengo algo de culpa. Hice mal en no permitir que lord Ashton se explicara. Lo juzgamos y sentenciamos, sin darle una oportunidad. Nos comportamos con él de la misma forma en que la gente siempre se ha comportado conmigo. Y siempre nos hemos quejado de lo injusto que es eso.

Su madre la miró apenada desde su sillón frente a los ventanales del jardín.

—Tienes razón, hicimos mal, pero espero que nuestros actos no tengan consecuencias. —Al ver que su hija no decía nada, continuó hablando—. ¿Acaso te dijo algo al respecto la marquesa?

—No. Ella ha venido a pedirme que reciba a su hijo y lo escuche.

Su madre asintió.

—Me parece una petición muy sensata. ¿Y qué le has respondido?

Evaline empezó a retorcerse las manos y a moverse inquieta.

—Le he respondido que esperaré su visita, pero ahora… No sé qué va a suceder. No creo que él llegue sin más y me perdone.

—No puedes pretender saber lo que él quiere hacer.

—No, pero… He sido tan injusta con él...

Lady Bowlin le tendió una mano para que se le acercara.

—¿Quieres mi consejo?

—Por supuesto.

Su madre le sonrió.

—Cuando venga, déjale hablar a él primero. Si al escuchar sus

palabras sientes indiferencia, entonces acaba con vuestro compromiso. Pero… si cuando comience a hacerlo sientes que te habla con el corazón, y que sus palabras llegan hasta tu alma, entonces no lo dudes y lánzate a por él.

Evaline la miró con los ojos como platos.

—¿Lanzarme a por él?

—No tiene que ser en el sentido literal —contestó sonriendo—. Me refiero a que no dudes de vuestro amor y que olvides todo aquello que os pueda dañar. Céntrate solo en el presente y en todas las cosas buenas que os esperan estando juntos.

Evaline asintió, sintiendo el escozor de las lágrimas.

—Así lo haré, madre.

—Y ahora, me gustaría tomar el té. Ya estoy muy mayor para estos nervios.

Ambas mujeres sonrieron, pero Evaline se sentía demasiado inquieta como para sentarse a tomar el té.

—Si no te importa, me gustaría salir a tomar un poco de aire fresco al jardín.

—Está bien, hija. Informaré al señor Evans de que te avise cuando llegue lord Ashton.

Evaline se inclinó para darle un beso en la mejilla a su madre antes de marcharse a través de la puerta acristalada que daba acceso al jardín. Pero justo cuando estaba a punto de salir, se detuvo y se volvió hacia su madre.

—¿Cómo estás tan segura de que en breve vendrá lord Ashton?

Lady Bowlin se colocó las faldas y sonrió de nuevo.

—Porque se pasó días golpeando la puerta para entrar, cuando sabía que no sería bien recibido. Por ello, no hay que ser muy listo para saber que en cuanto sepa que lo estás esperando, cruzará Londres como un rayo para verte.

Evaline se quedó pensativa y sin decir más salió al jardín. Mientras caminaba por los adoquines, sentía que su cabeza estaba a punto de estallar por la cantidad de pensamientos que la cruzaban.

Se dio cuenta de lo cansada que se sentía después de días entre lágrimas y sorpresas, pero por mucho que lo intentaba, no podía relajarse.

Miró a su alrededor y trató de empaparse de la belleza que la rodeaba.

La tarde era bastante agradable, aunque con una ligera brisa, pero ella agradecía ese toque de frescor en su rostro. Esa misma mañana las nubes habían cubierto el sol, pero parecía que esa tarde luchaban por dejar salir al astro rey que, de vez en cuando, dejaba verse entre complacientes nubes.

Al elevar la mirada al cielo, se percató de que este le recordaba el

estado de su corazón. Desde que había vuelto a ver a lord Ashton, su vida había estado sumida en un torbellino de emociones. Primero, desconcierto al enterarse que lord Ashton era el hombre que la había rescatado de un mayor desastre en la noche del baile de *lady* Barley, y luego al darse cuenta de que no le eran indiferentes sus miradas y sus encantos.

Pero habían sido estos últimos días los más intensos. Se había dado cuenta de que lo amaba, había creído que él también lo hacía y se había sentido en el paraíso, para después caer al infierno cuando leyó las calumnias del periódico.

Evaline había creído que su vida estaba sentenciada y que la felicidad nunca estaría al alcance, al dejarse llevar por el orgullo y el miedo y aceptar a lord Collins. Un hombre que le era del todo indiferente.

Pero esa mañana, aunque hubiese amanecido como un día normal, todo había vuelto a cambiar con la aparición de esos comentarios en el periódico y la posterior visita de *lady* Ashton.

Desde entonces, en su cabeza no hacía nada más que repetirse la confesión de la marquesa, donde le aseguraba que su hijo la amaba y que serían un matrimonio maravilloso.

La verdad era que, aunque su madre y *lady* Ashton parecieran seguras de que todo se solucionaría, lo cierto era que él todavía no había acudido a su residencia y que ella no sabía si conseguiría perdonarla.

Bajando su mirada hacia las rosas que tanto amaba, Evaline se dijo que solo podía aguardar, aunque por dentro sintiera el impulso de salir corriendo y obligar a lord Ashton a decirle lo que sentía.

Brian no podía esperar ni un segundo más.

Al principio no había estado muy seguro de la idea de que su madre fuera a visitar a los Bowlin, pero ella le había asegurado que era una forma de cerciorarse de que lo recibieran. Él la había estado esperando expectante y, al verla llegar con una sonrisa en los labios, supo que había sido una idea excelente.

Después de eso, él le había insistido en que le contara cómo había sido su encuentro y ahora, tras haber franqueado él mismo por fin las puertas de la mansión de los Bowlin, se hallaba en el jardín contemplando a *lady* Evaline, quien le daba la espalda.

Se quedó parado observándola, deleitándose con la forma en que el viento acariciaba su cuerpo. Anhelaba ser él quien tuviera el placer de

tocarla y de saborear toda una vida a su lado.

—*Lady* Evaline —dijo él con voz ronca.

Ella se giró para mirarle, quedando ante él la evidencia de su sorpresa. Mostraba sus mejillas coloreadas y su boca entreabierta, pero lo más revelador eran sus ojos, que lo contemplaban con avidez.

—Lord Ashton —consiguió decir ella, y él se lamentó de que su trato hubiera vuelto a ser tan formal y reservado—. La marquesa me dijo que usted vendría a visitarme.

—Así es —respondió Brian, quien se acercó unos pasos—. Gracias a mi madre he conseguido que el señor Evans no me cierre la puerta en la cara.

Su comentario había pretendido que sonriera y se destensara, pero al ver que el rostro de ella se ensombrecía, Brian se reprochó no haber mantenido la boca cerrada.

Estaba a punto de disculparse cuando ella se le adelantó.

—Lamento el inconveniente que le hemos hecho pasar. Creímos…

—Lo comprendo.

—No, no lo entiende. No hicimos bien… yo no hice bien. Di por sentado que las palabras del periódico eran ciertas y no le permití que se defendiera.

Evaline alzó la cabeza con lágrimas en sus ojos. Había pensado qué le diría cuando él viniera a verla, pero ahora, al tenerlo frente a ella tan callado, notaba que le temblaba todo el cuerpo por la culpa.

Evaline tenía que hacerle comprender que lo sentía. Que ella no era como esas mujeres que le habían hecho la vida imposible al insultarla sin molestarse en conocerla. Incluso si lo pensaba bien, ella había sido peor, pues le conocía, sabía que era un hombre justo y sincero y, sin embargo, ante la más mínima duda, no había creído en él.

Y todo por orgullo y miedo.

No quiso comentarle su desatino al comprometerse por despecho con lord Collins, aunque sí tenía la intención de comunicarle que, antes de que acabara el día, le mandaría una nota al caballero confirmándole la ruptura de su compromiso.

Por el momento, ella se centraría en disculparse con lord Ashton y en rogar al Cielo para que sus faltas no fueran tan graves ante sus ojos.

—Debí recibirle. Debí comprender que usted era diferente a los demás. Me lo demostró desde que nos volvimos a ver, ya de adultos. Y aun así… —Evaline se acercó un paso más a él, deseosa de hacerle entender que lo sentía—. Mi comportamiento fue lamentable, y comprendo que usted haya venido a escuchar mis disculpas.

—Pero yo no he venido con ese propósito.

Ante sus palabras, Evaline se quedó seria, mirándolo a la cara.

Brian se atrevió a ir un poco más lejos, y se le acercó, al punto de

ser algo indecoroso.

—Mi propósito con esta visita es comunicarle que estoy profundamente enamorado de usted.

Evaline no pudo evitar que sus manos temblaran al escucharle y que su pecho subiera y bajara cada vez más rápido. En ningún momento había pensado que él admitiría su amor por ella de una forma tan clara y, ahora, no sabía qué hacer o decir.

Por su parte, Brian sintió deseos de sonreír al ver su turbación. No podía aguantar ni un minuto más sin confesarle lo que sentía por ella, y menos aún cuando se estaba abriendo a él al pedirle perdón.

Había comprendido que la falta de sinceridad entre ellos los había separado, al darle un motivo a lord Collins para crear confusión entre ellos. Pero eso no volvería a suceder, pues Brian tenía claro que, desde ese mismo instante, su propósito en la vida sería hacerla feliz y abrirle su alma, su corazón y su entendimiento.

—Por su expresión veo que mi confesión la ha tomado por sorpresa —prosiguió él, ofreciéndole una tenue sonrisa—. Pero quiero que sepa que estoy siendo sincero. Mis sentimientos por usted comenzaron a formarse desde el primer momento en que la vi.

Evaline elevó una ceja en silencio, al no creer que la visión de ella en el suelo cubierta de cristales fuera tan cautivadora como para enamorarle.

Él intuyó sus pensamientos y negó con la cabeza.

—Sé lo que está pensando. Pero déjeme recordarle que la primera vez que la vi, de una forma consciente y no como un niño, fue en la fiesta de su décimo cumpleaños. Hasta entonces, solo había sido una niña irritante que me seguía a todas partes y de la que trataba de deshacerme. Pero ese día… me di cuenta de que había cambiado, y ya no lograba verla como a una niña.

Evaline enrojeció y agachó la cabeza.

Recordaba muy bien ese día. Había sido una niña normal hasta los nueve años, cuando comenzó a moldearse su cuerpo y a engordar. Con solo diez años ya se le estaban formando los pechos y su madre había insistido en que dejara de vestirse como una niña.

A esa pronta edad, tuvieron que ponerle un corsé y se presentó a su fiesta de cumpleaños como una mujercita.

Al principio le gustó la idea, pero al ver cómo todos la miraban, se había sentido cohibida. Pero lo peor de todo fue comprobar que su vecino Brian, al que comenzaba a amar en secreto, la miraba con el cejo fruncido y rehusaba su compañía.

—Sé que fui un tonto por aquel entonces. Mis sentimientos me tomaron tan desprevenido que no supe cómo reaccionar y simplemente decidí mantenerla al margen.

—¿Sentimientos?

Sin poder contenerse por más tiempo, él le cogió una mano y la miró a los ojos.

—Me hizo sentir algo nuevo y hermoso en mi corazón. Algo que no volví a sentir hasta que la vi en el baile de *lady* Barley.

—Pero yo creía que me odiaba…

—No, Evaline —la tuteó, al estar abriéndose a ella—. No podría decirte que por aquel entonces fuera amor, al ser yo tan joven, pero me hiciste sentir algo que me hizo temblar de miedo.

Al ver su desconcierto, Brian prosiguió, con el deseo de que ella por fin le entendiera.

—Cuando te vi en tu fiesta de cumpleaños, algo nació en mí. Desde entonces no podía estar a tu lado sin sentirme estúpido, y por eso trataba de alejarte con insultos. —Él vio el dolor en sus ojos—. Fui un necio al hacerlo. Pero debes comprender que solo era un muchacho de quince años que apenas sabía de la vida.

—Yo creía que me odiabas.

—Me esforcé mucho en que lo creyeras. Pero era todo lo contrario.

Evaline se dio cuenta de que todo ese tiempo había creído que su cuerpo era feo y repulsivo porque pensaba que lord Ashton así lo creía. Pero había estado equivocada.

Se preguntó en cuánto más se había equivocado y en cómo había permitido que sus miedos y recelos la condujeran por la vida. Había estado tan segura de que era fea y carente del encanto que poseían todas las demás, que nunca se había defendido ni había intentado cambiar.

Pero ahora, ante los ojos de lord Ashton, tanto el joven como el adulto, se veía hermosa.

¿Acaso ese hombre tenía un poder tan fuerte sobre ella, que podía cambiar su forma de sentirse con solo verse reflejada en su mirada?

Y la respuesta era sí.

Comprendió que él siempre había tenido poder sobre ella, porque, a pesar de sus insultos y el dolor que le causó, Evaline nunca dejó de estar enamorada de él.

Primero de ese niño seguro y risueño que se había vuelto insufrible y, después, del hombre intrépido y atractivo que había vuelto a robarle el corazón. Solo que esta vez se trataba de un corazón adulto cargado de recelos, que había preferido desconfiar y protegerse, en lugar de arriesgarse.

Igual que había hecho ella, por lo que no podía reprochárselo.

Pero todo cambió cuando lo había dejado hablar, como le había aconsejado su madre, y Evaline sintió con cada una de sus palabras cómo profundizaba en su ser. Abriéndole el corazón y arrancando sus miedos. Liberándola.

Capítulo 19

Brian siempre había creído que era un hombre valiente, hasta que tuvo que enfrentarse a la mirada de Evaline. Su madre le había asegurado que ella no le era indiferente y que le escucharía. Que ahora todo dependía de él y que debía tener coraje y abrirle su corazón.

Pero al hacerlo, ella simplemente se le quedó mirando, y Brian no sabía que más podía hacer.

—Parece que tendré que pagar por mis insultos en el presente, aunque quiero pensar que aún no es tarde, que no te he perdido. ¿Porque no te he perdido, verdad? —le preguntó él con una voz cargada de súplica.

Evaline se percató del cambio de su expresión, al igual que vio cómo se derrumbaba la fachada de aplomo que él había mostrado hacía unos segundos.

Y ella ya no tuvo más dudas.

La amaba, como ella también a él.

Hacía solo unos instantes que ella había reconocido sus propios sentimientos y ahora, un segundo después, por fin pudo ver el amor que él sentía por ella.

—No me has perdido. Jamás lo harás.

Sin pensárselo dos veces, Evaline se echó en sus brazos, consiguiendo que él retrocediera y casi perdiera el equilibrio ante la sorpresa. Lo abrazó con todas sus fuerzas mientras reía y lloraba a la vez.

Estaba segura de que nunca había sentido una felicidad tan plena, aunque, cuando él correspondió a su abrazo, apresándola con fuerza, vio que estaba equivocada.

Sentir cómo sus cuerpos se unían en un mismo latido era algo maravilloso, pues significaba que ambos corazones estaban unidos formando uno solo.

Se cobijó en el hueco de su cuello y aspiró su aroma. Estaba justo donde deseaba, y jamás volvería a dudar de cuál era su sitio.

En ese momento, Evaline recordó las palabras de su madre y de cómo ella le había dicho que, cuando supiera que se amaban, se lanzara a sus brazos. Aunque no en el sentido literal.

Sonriendo, Evaline miró hacia la puerta y pudo ver a su padre con un brazo sobre los hombros de su madre, mientras ambos los observaban sonrientes. Por una fracción de segundo, los tres

conectaron, y Evaline supo que ellos aprobaban su amor y que compartían su felicidad.

Después, su madre se pasó un pañuelo de encaje por uno de sus ojos y tras sonreírle, tanto ella como el conde se apartaron de la puerta para adentrarse en el salón.

Evaline suspiró agradecida, pues no quería que sus padres fueran testigos de la intimidad de ese momento.

Ajeno a todo ello, lord Ashton continuó hablando, aunque esta vez entre susurros que se deslizaban complacidos por los oídos de Evaline.

—No fui lo bastante valiente cuando empecé a amarte. Debí habértelo dicho.

—¿Me amas? —le preguntó ella tras separarse lo suficiente de él como para mirarle a la cara. En realidad sabía la respuesta, pero necesitaba escucharlo de su boca.

—Con desesperación.

Evaline sonrió y volvió a abrazarlo con fuerza.

—Yo también te amo —murmuró en su oído.

Fue el momento de que lord Ashton se separarse de ella y la mirara con el ceño fruncido.

—Ah, no, *milady* —le dijo tratando de parecer serio—. No pensará decirme por primera vez que me ama entre susurros.

Ella no pudo evitar soltar una carcajada y lo miró con picardía.

—¿Y cómo se supone que una dama educada como yo debe decirlo?

—¿Qué le parece si lo grita al viento? Pero asegúrese de hacerlo bien alto, para que todo Londres sepa lo afortunado que soy.

Sin pensar en las normas sociales ni en las prohibiciones, Evaline se echó para atrás y tomó aire para gritar con todas sus fuerzas.

—¡Te amo!

Como respuesta, él rio mientras se metía un dedo en el oído, como indicando que lo había dejado sordo.

—¿Le parece lo bastante alto, milord?

—Por supuesto. Un poco más alto y los vecinos habrían llamado a un alguacil. Es más, me extraña que el señor Evans no aparezca con los ojos como platos.

Ella rio con ganas y volvió a acercarse a él.

—¿Y cómo se supone que un caballero le dice a una dama que la ama, y que quiere compartir todo con ella?

Ahora con gesto grave, él la volvió a abrazar.

—Así. —Acto seguido, la besó con tanta intensidad que Evaline estuvo a punto de caerse al suelo, sin sentido.

Nunca nadie la había besado, y esa primera vez estaba siendo verdaderamente incendiaria.

Sus brazos eran tan cálidos, tan seguros, que Evaline no podía creer

cómo había pensado que él podría lastimarla. Quiso decirle que nunca más dudaría de él ni de su amor, pero al sentir cómo la besaba, supo que no eran necesarias las palabras, pues sus labios estaban proclamando su amor y sellando sus corazones.

Cuando Evaline comenzó a notar que cada parte de su cuerpo se hacía gelatina y que ya estaba a punto de rendirse a la locura, él separó sus labios, dejando una sensación de vació en todo su ser.

Conmovida, juntó las manos y se las llevó a los labios, incapaz de contener más la oleada de emoción.

Pero lord Ashton aún no había terminado de sorprenderla.

Le tendió una mano, y ella, sin pensárselo, la aferró con la suya. Después, observó boquiabierta cómo él hincaba una rodilla en el suelo y la miraba a la cara.

—*Lady* Evaline, como dueña de mi corazón, ¿me harías el honor de convertirte en mi esposa?

Por un segundo, ella se quedó sin habla, pues no esperaba que él se declarara. Pero no era ninguna tonta, y respiró hondo para responderle.

—Sí —afirmó, segura y con voz emocionada—. Sí y mil veces sí.

Con una sonrisa tan radiante que deslumbraba más que el sol, Brian se puso de pie y la volvió a abrazar.

—Has dicho sí —dijo encantado, y después volvió a besarla hasta que ambos quedaron sin aliento.

—¡Oh, Brian! Prométeme que esto no es un sueño. Que no me despertaré y tú te habrás desvanecido, porque no lo soportaría.

Mirándola con el amor reflejado en sus ojos, él no dudó en contestarle.

—Es real, mi amor. Y para que te convenzas… —Se separó de ella y se quitó un pequeño anillo que llevaba en el dedo meñique—. Esto ha pertenecido a mi familia durante generaciones. Es el sello de los marqueses de Ashton, y te lo entrego como muestra de mi amor y confianza.

Con decisión, Brian le puso la sortija en su dedo corazón y luego le besó la mano.

—Desde este momento eres una Ashton. Y cualquiera que ose negarlo, tendrá que enfrentarse a mí.

Evaline contempló el sello de oro con un enorme rubí en el centro y, efectivamente, se sintió formar parte de algo más grande que ella misma y que el profundo amor que sentía por lord Ashton.

No importaba que no hubiera habido una ceremonia o un sacerdote que les uniera, sus palabras y sus besos los unían en un pacto de amor, donde él era suyo del mismo modo que ella era de él.

—Dentro de diez días cambiaré el sello por el anillo de boda de los Ashton.

Evaline alzó la cabeza para mirarle, sin entender.

—¿Por qué dentro de diez días?

Lord Ashton sonrió con un rictus cargado de presunción, dejando ver el hoyuelo de su mejilla.

—Porque será el día de nuestra boda.

Sin saber qué decir, Evaline volvió a mirar el sello en su mano.

No podía creer que todo esto estuviera pasando tan rápido. Esa misma mañana tenía que preparar los últimos detalles de su boda con lord Collins y ahora, estaba en el jardín aceptando otra proposición de matrimonio y fijando otra boda relámpago.

Sin poder evitarlo, comenzó a reír, dejando a lord Ashton con la boca abierta.

—¿Ocurre algo? —preguntó este sin saber qué pensar. Hasta hacía unos segundos parecía encantada con su boda, pero ahora…—. Si quieres que esperemos a que se acabe la Temporada, por mí no hay problema. Aunque no estoy seguro de no enloquecer si tengo que esperar para hacerte mi esposa.

La carcajada de Evaline aumentó, lo que casi le hizo perder el equilibrio. Con cuidado, él la llevó hacia un banco cercano y le indicó que se sentara.

Algo más tranquila, ella se enjuagó las lágrimas que le brotaron por la risa y acarició la mejilla de lord Ashton. El pobre parecía perdido, al no comprender qué le sucedía.

—Perdona mi ataque de risa. Pero… cuando me dijiste que nos casaríamos en breve, recordé que iba a casarme muy pronto con lord Collins.

El semblante de lord Ashton se ensombreció y se puso serio.

—Si tienes que pensar…

—No, estoy encantada de deshacerme de ese individuo.

Al escucharla, Brian respiró hondo y se sintió aliviado.

—En realidad, acepté casarme con él por resentimiento. Y no sabes cómo he lamentado ser tan impulsiva.

Lord Ashton asintió, más tranquilo.

—Mi risa se debía a que siempre pensé que sería una solterona que viviría sola y rodeada de gatos. Jamás imaginé que podría tener un pretendiente, y mucho menos dos. Pero nunca, ni en mis mejores sueños, pude imaginar que alguien como tú se fijaría en mí.

—¿Por qué no? Eres lista, amable, inteligente y preciosa. ¿Cómo no iba nadie a fijarse en ti?

Ella agachó la cabeza sin querer contestarle, invadida por recuerdos tristes. Al intuirlo, lord Ashton le alzó el rostro y la miró a los ojos.

—No sé lo que los demás piensan de ti, ni me interesa. Lo único que sé es que no debes permitir que nadie controle tu vida. Y mucho

menos gente fría y sin miras que juzga y discrimina a los que son diferentes. Tú eres perfecta, y no debes permitir que nadie te diga lo contrario.

Evaline miró sus manos con dedos regordetes y luego lo miró a él.

Parecía como si él no viera su exterior o como si este le gustara. Jamás pensó que alguien le gustara por ser como era, pero al parecer había encontrado un hombre que sí lo hacía.

Y para demostrárselo, lord Ashton la acercó a él y la besó, dejando claro sus deseos.

—No sé lo que quieren otros hombres, pero yo quiero que mi mujer tenga curvas. No quiero a una dama tiesa y con apariencia de escoba que me clave los huesos cada vez que me acerque a ella.

Evaline sonrió al escucharle.

—Te quiero a ti, Evaline. Y más te vale no cambiar en nada cuando nos casemos.

—¿Estás seguro? —le preguntó ella, ahora sonriendo.

—Completamente.

—¿Ni mi peinado?

—Ni un solo pelo.

Ambos sonrieron y se volvieron a besar, olvidándose de todo lo que no fueran sus manos recorriendo sus cuerpos y el sabor del amor en sus labios.

Atrás quedó la solterona que se escondía y se dejaba insultar, para dar paso a la futura marquesa de Ashton.

Solo cuando el sol comenzó a desvanecerse y las sombras anunciaban que pronto se tragarían la luz, Evaline pensó que esa misma tarde debía escribir dos cartas, una a lord Collins para comunicarle la cancelación de su boda, y otra a *lady* Rossie, para decirle personalmente la feliz noticia de su próximo enlace con lord Ashton.

Una pena el no poder ver sus caras, pero no le importaba, al ser ella la que salía ganando.

Y para celebrarlo, profundizó el beso de su marqués, olvidándose de todo lo que no fueran ellos y su felicidad.

Capítulo 20

Diez días después

Los días siguientes fueron muy ajetreados para Evaline. No tuvo tiempo de tomarse un respiro con los preparativos de la boda y las visitas que ahora recibían.

Desde que lord Ashton había comunicado en el periódico su amor por ella, todo Londres parecía querer ver a la mujer que se había ganado el amor del marqués. Por supuesto, su interés se acrecentó cuando se anunció su ruptura con lord Collins y la posterior boda con lord Ashton.

Que esta fuera precipitada dejó a todos con la boca abierta, preguntándose cómo una mujer como *lady* Evaline, sin ningún atractivo que la hiciera destacar, le había dado la vuelta a una situación tan desastrosa.

Nadie podía olvidar la noticia del falso interés del marqués por ella que solo respondía a una apuesta, quien después, en un giro inesperado, este pasara a defender su amor públicamente y querer casarse lo antes posible con ella.

Pero lo más jugoso del cotilleo fue la noticia de que *lady* Evaline le había quitado el prometido a la mismísima *lady* Rossie. El diamante de la Temporada. Esta había asegurado a sus amistades que estaba prometida con el marqués y, sin embargo, unos días después, él se comprometió con *lady* Evaline, dejando a *lady* Rossie como mentirosa o como la perdedora de esta historia.

En cualquier caso, a Evaline ya nada de esto le preocupaba, pues quería centrarse en su nuevo futuro con lord Ashton.

Ni siquiera leyó la carta que *lady* Rossie le envió como respuesta a la suya anunciando su compromiso. De hecho, Evaline le escribió una breve nota a *lady* Rossie informándole de su falta de tiempo para leer sus misivas, puesto que disponía de poco tiempo para preparar su boda.

Sonriendo, Evaline se dijo que nunca más actuaría con malicia, pero lo cierto era que no pudo evitar escribir esa nota, así como imaginar a *lady* Rossie enrabietada de furia.

—¿Por qué sonríes? —le preguntó su madre mientras comprobaba que el velo estuviera perfecto.

—Me imaginaba a *lady* Rossie pataleando como una niña pequeña.

Su madre trató de ocultar su sonrisa.

—Esa pobre muchacha debe de estar pasándolo mal. No deberías reírte de ella.

Pero cuando Evaline la miró a los ojos, no pudo contenerse más y ambas comenzaron a reírse con ganas.

—Se lo tiene merecido por ir anunciando su compromiso con Brian.

—Por suerte, ni ella ni su familia vendrán a la boda —respondió Evaline.

—No sé por qué Brian tuvo que invitarlos —dijo la condesa, asegurándose de que su hija estuviera impecable.

—Al parecer, el padre de *lady* Rossie era un buen amigo del padre de Brian.

—Pues no creo que siga siendo amigo de la familia.

Evaline se encogió de hombros y se contempló en el espejo. Se veía preciosa con su vestido de talle corto de muselina rosa, que caía por su cuerpo de forma suave y suelta, revelando las curvas que ella tanto había odiado, y que ahora se negaba a ocultar como si fueran un pecado.

—Bien, dejemos a la arpía atrás y centrémonos en la boda. —Su madre hizo que Evaline girara ante ella, y comenzó a llorar al verla vestida de novia—. Estás preciosa.

—Gracias, madre.

Estaban a punto de echarse a llorar las dos cuando entró apresurada la doncella de Evaline.

—Le traigo las rosas recién cortadas. Y milord me ha comunicado que las está esperando abajo.

—Parece ser que ha llegado la hora —dijo la condesa madre tras suspirar ambas.

Evaline le cogió de la mano y le sonrió.

—Gracias por ser la mejor madre del mundo.

Sin poder contestar, esta la abrazó, con cuidado de no estropear su vestido o peinado.

Sonriendo, se acercaron a la puerta cogidas de la mano, sabiendo que siempre podían contar la una con la otra.

Todo estaba preparado en la catedral de Saint Paul's donde se casaría el marqués de Ashton. Tanto los invitados como la familia y muchos curiosos, esperaban a la novia sonrientes y murmurando.

Por su parte, Brian se encontraba frente al altar esperando a Evaline, mientras su madre, sentada en la primera fila y visiblemente más recuperada, le sonreía dándole ánimos.

Habían pasado cinco minutos de la hora señalada para el comienzo de la ceremonia y, aunque se decía que era tradición que la novia llegara tarde, él estaba a punto de ir en su búsqueda.

Por suerte, y justo antes de perder la paciencia, Brian oyó un carruaje que se detenía fuera.

Su corazón comenzó a latir con fuerza y sintió ganas de girarse para poder verla entrar. Por desgracia, la tradición también decía que el prometido debía ser el último en verla como mujer soltera, y por eso no podía mirarla hasta que Evaline estuviera a su lado y su padre se la entregara.

Cuando escuchó el sonido dulce de un violín, Brian supo que ella estaba caminando hacia él, y sintió un escalofrió de calor y de deseo.

La mujer de su vida se estaba acercando para sellar su amor ante Dios y ante los hombres, pero sobre todo, estaba dando su consentimiento a su nueva vida con él.

Sobrecogido, Brian no pudo apartar los ojos de ella cuando por fin llegó a su lado.

Ni siquiera se percató de la presencia del padre de Evaline cuando él se la entregó ni tampoco se dio cuenta de que el obispo había comenzado con la ceremonia. Era como si estuviera pegado a ella y nada más importara.

Se veía más hermosa que nunca, aunque siempre la había visto preciosa. Contemplándola, agradeció a su madre por haberla elegido, pues sin duda era la mujer perfecta para él.

Y con la vista pegada a sus ojos, Brian juró en silencio que siempre la amaría y la haría feliz, intentando ser todo aquello que ella necesitara.

Sonrió al ver cómo ella aferraba con fuerza el ramo de rosas y, quitándoselo de las manos, se lo entregó a su amigo lord Pearson, que hacía de padrino.

Por suerte, nadie advirtió la cara de espanto del caballero al verse con el ramo de flores en el altar, delante de tanta gente. En un movimiento maestro, lanzó el ramo a una de las damas de la primera fila, que miró las flores y luego a lord Pearson con sorpresa. Después, para asombro de este, la joven comenzó a sonreírle ladina, causando que él se estremeciera de miedo.

Sintiendo que el cuello le apretaba, lord Pearson se giró para dejar de mirarla, tratando de evitar que el error de la dama fuera mayor. Por temor a perder su soltería por un malentendido, comenzó a prestar atención a la ceremonia, diciéndose a sí mismo que jamás volvería a ser el testigo de boda de uno de sus amigos.

Cuando por fin Evaline se vio libre del ramo, sonrió y agarró la mano que Brian le ofrecía. Sabía que él quería tranquilizarla con su tacto, y eso fue exactamente lo que pasó.

Se sintió radiante de felicidad y su júbilo amentó al ver cómo él la observaba.

—Estás preciosa.

Todo su nerviosismo se desvaneció al comprobar que el hombre que amaba la miraba como si estuviera mirando un cielo cargado de estrellas, en el que ella era la más brillante.

Evaline no pudo evitar sonrojarse al sentir su mirada, haciendo que la sonrisa de él aumentara.

Cuando ambos escucharon el carraspeo del obispo se volvieron hacía él, quien los miraba como si fuera un profesor regañando a un alumno travieso.

—Le preguntaba, *milady*, si quiere a lord Brian James Cameron Wilcox, marqués de Ashton, como su legítimo esposo.

—Sí, quiero —aseguró ella, sorprendida por ser la primera vez que escuchaba los otros nombres de Brian.

—Y usted, milord, ¿quiere a *lady* Evaline Davis, hija de los condes de Bowlin, como su legítima esposa?

Tras la pregunta, se escuchó una voz clara y solemne.

—Sí, quiero.

Evaline se estremeció al oír a Brian, y él le guiñó un ojo, consiguiendo que ella sonriera y el obispo volviera a carraspear. Fue evidente para todos, y en especial para el obispo al estar más cerca, que volvían a estar en su propio mundo y que no estaban atentos a la ceremonia.

—Hijo —dijo en voz baja el obispo al marqués, al que conocía desde pequeño—. Cuando quieras, puedes besar a la novia.

Brian la miró, dándose cuenta de que ya eran marido y mujer, y quiso gritar de alegría. Pero antes, se moría de ganas de besar a su esposa, pues lo había deseado desde que la vio aparecer por la puerta.

—¿Puedo?

El asentimiento de Evaline fue tan tímido que él temió haberlo pasado por alto, pero cuando ella lo miró a los ojos y vio su deseo, Brian inclinó su rostro lentamente y rozó sus labios con los de ella.

Quería quedarse allí y besarla para siempre, pero el decoro dictaba lo contrario, y el obispo ya estaba tosiendo de nuevo.

Lleno de dicha, Brian miró a su madre, que sonreía feliz a la vez que lloraba. Algo parecido pudo ver Evaline cuando dirigió su mirada hacia sus padres, pues estos se daban la mano y la miraban con ojos acuosos mientras le sonreían.

—Ya eres mi esposa —le dijo Brian cuando los invitados se les acercaron—. Espero que nunca te arrepientas.

—Nunca lo haré.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

Ella le cogió de la mano y lo miró con la intención de que viera el

amor en sus ojos.

—Porque amo tanto lo malo como lo bueno de ti. Y porque solo a tu lado me siento yo misma.

—En ese caso, marquesa, te prometo un largo y feliz matrimonio, porque yo siempre te amaré.

—Aunque no sea una dama adecuada.

Brian se rio y le apretó la mano.

—Te amo sobre todo por no ser una dama adecuada.

Epílogo

Con un suspiro de satisfacción, Evaline se acomodó las faldas junto a su nuevo marido en el carruaje que los trasladaba desde su mansión de Londres a su finca en Kent.

Esta vez, pretendía comenzar su nueva vida con la cabeza bien alta y orgullosa de ser la marquesa de Ashton. Entraría por la puerta principal, y no se escondería en ningún pasillo oscuro, asustada.

Además, se sentía deseosa de comenzar su nueva vida junto a su esposo y vivir la vida que tanto había deseado y que nunca creyó poder alcanzar.

—Tranquila. Encantarás a todos —le aseguró Brian, para después bajar la cabeza y tomar sus labios en un beso posesivo.

Habían pasado quince días desde la boda, hasta que Brian arregló sus asuntos en Londres y pudieron dirigirse a su futuro hogar en la finca familiar.

La madre de Brian les había asegurado que los visitaría pronto, pero que su lugar estaba en Londres. Por más que insistieron en que la acompañaran, ella rehusó la oferta, alegando que estaría perfectamente bajo el cuidado de la señora Robins y asegurando que alguien debía quedarse para consolar a la madre de Evaline.

Después de ello, ninguno insistió más, y ahora la feliz pareja se encontraba muy cerca de la propiedad.

A Evaline se le hacía extraño acudir a la mansión como la señora de la casa, al haberla visto siempre como una propiedad imponente que la impresionaba.

Ella no había regresado allí desde que se mudó a Londres siendo una niña, por lo que no estaba segura de qué sentiría al verla.

Para distraerla y hacer que se relajara, Brian comenzó a besarle la mano y subir por su muñeca y luego el antebrazo.

—Me moría de ganas de estar a solas contigo —le confesó, ahora que estaban solos en el carruaje y no tenían que preocuparse de que su madre o un criado los interrumpieran.

Ella le sonrió, sonrojándose después al recordar cómo su madre los había sorprendido besándose apasionadamente en la biblioteca y en la sala de té.

—Por suerte, ahora estaremos solo los dos.

—Junto con una cincuentena de criados.

Ella puso los ojos como platos al pensar que con tanta gente en la mansión, jamás lograrían estar a solas, si no era en la intimidad de su

cuarto.

Brian pareció intuir sus pensamientos pues sonrió.

—Pero no debes preocuparte por ellos —dijo este—. Son muy discretos. —En su voz se podía apreciar la ironía, pero Evaline no se paró a pensar en ello al besarla de nuevo. Más lentamente esta vez, con sus labios rozando los de ella con delicadeza.

—Eso espero. No me gustaría tener que jugar al escondite con ellos cada vez que desee besar a mi esposo.

—No te preocupes. Se lo dejaré muy claro a todos cuando lleguemos.

Muerta de vergüenza al imaginarse lo que los criados pensarían de ella, Evaline se separó de él.

—No harás semejante cosa.

Él sonrió ante su turbación y se acercó a Evaline, acortando la distancia que ella había impuesto.

—Solo se lo diré al mayordomo y él se encargará de todo.

Evaline lo miró con el ceño fruncido, pero al ver la sonrisa pícara en los ojos de él, cedió y también rio.

—Eres imposible, milord.

—Tienes razón, *milady*. —Su mano rodeó la cintura de ella y, en un santiamén, la subió a su regazo—. Por eso me quieres tanto.

Evaline se encontró a horcajadas sobre él, y la posición hizo que su dolorosa carne íntima entrara en contacto con sus pantalones de forma deliciosa y perversa.

—¿Cómo no podría hacerlo, si cada vez que estoy contigo haces que mi corazón se acelere y todo lo demás deje de tener sentido?

Emocionado por sus palabras, Brian enterró su cara en el cuello de Evaline y respiró hondo como si ella fuera una bocanada de aire vital.

—Eres tú la que hace que mi mundo deje de tener sentido, si no estás en él.

Ella se abrazó a sus anchos hombros y se onduló contra él mientras el carruaje pasaba por un conjunto de baches que le facilitaron la tarea. Se sintió excitada, aunque no tanto como cuando él estaba dentro de ella.

—Te amo, Brian, Y amo la forma en que dejas de ser el marqués correcto para convertirte en mi pícaro esposo.

—Entonces te encantará saber lo que tengo preparado para ti cuando lleguemos a la mansión. —Después de sus palabras, él le bajó el corpiño, dejando al descubierto sus suntuosos pechos. Unos pechos que le encantaban y de los que nunca se saciaba.

—Espero que no falte mucho. No creo que pueda soportar por más tiempo no tenerte dentro de mí.

Evaline no llevaba medias, y el calor de su mano quemaba las capas de tela que los separaban de forma tentadora. Cuando Brian

hizo rodar el pezón dolorido entre el pulgar y el índice, ella jadeó de placer.

La mirada brillante de él se dirigió a su escote, sintiéndola tan embriagadora como una caricia.

Con un gruñido, él se llevó uno de sus pezones a la boca y los saboreó con deleite, haciendo que ella se moviera sobre su ya rígida polla. El carruaje se balanceó, y ella esperó que el cochero no pudiera oír los sonidos que hacían.

Chupando el pico de su otro pecho, Brian empezó a levantar la falda del vestido de Evaline hasta que este y las enaguas le llegaron a la cintura. Levantó la cabeza de su pecho, antes de coger el dedo índice de su guante entre los dientes y tirar. Primero una mano, luego la otra, hasta que sus manos quedaron desnudas.

Y luego, esos dedos sabios estaban sobre ella, acariciando un camino de fuego por el interior de sus muslos. Evaline notó cómo llegaba hasta su trasero, el cual Brian masajeaba mientras que con los otros dedos se sumergía entre sus pliegues para jugar.

—Estás muy mojada, mi marquesa. —Su voz sonaba baja y suave como el terciopelo.

Su afirmación la hizo mojarse aún más, al igual que sus dedos, que descubrieron su perla con total seguridad. Con cuidado, Brian se deslizó sobre el sensible capullo, haciendo que el placer se extendiera por su esposa.

Alternó sus toques, haciendo que ella se volviera frenética. Más rápido y más fuerte, luego lento y suave, luego rápido otra vez. Estaba tan desesperada por él, que apenas la había complacido cuando se corrió con un grito, empujándose descaradamente en su mano, apretando su polla mientras lo hacía.

Era bueno, pero no lo suficiente.

—Quiero más —le pidió ella sin timidez—. Te quiero dentro de mí.

Al escuchar el deseo y la desesperación en su voz, Brian se excitó aún más, y emitió un sonido estrangulado, para después descontrolarse.

En solo unos segundos se estaba desabrochando furiosamente los pantalones, no quedando satisfecho hasta que su polla se liberó.

Sin necesidad de ninguna palabra, ella supo qué tenía que hacer, y en segundos la estaba cabalgando. Sedienta de lujuria, notó con entusiasmo cómo la caliente dureza de él se deslizaba por su interior, prometiéndole muchas más sensaciones de placer.

Él se inclinó buscando su deleite, y entonces soltó su pezón.

—¿Quieres más? —le preguntó él con la voz entrecortada por el placer.

—Sí. —le aseguró ella y, sin más, Brian atrajo sus labios hacia los suyos, besándola ferozmente, apasionadamente, hundiéndose más en

ella.

Una y otra vez se adentró en su humedad, hasta que el ritmo y el puro frenesí la arrastraron. Ella ya no era un ser separado. En su lugar, eran uno, unidos en cuerpo, corazón y alma.

Él le chupaba los pechos mientras ella lo montaba, consciente de todo: el carruaje moviéndose por la carretera, el movimiento de la lengua de él sobre sus pezones, el golpe de su polla en lo más profundo.

—¡Sí, amor! —gritó él al sentir cómo se acercaba el clímax.

Tras escucharlo, Evaline se corrió con un violento estallido que le robó el aliento y le hizo inclinar la cabeza hacia atrás en un grito silencioso de puro éxtasis. Sujetándola con fuerza, Brian empujó dentro de ella, hasta que la llenó con su semilla.

Por un momento, Evaline no pudo hacer otra cosa que desplomarse contra él en un delirio de saciedad, con el corazón amenazando con salirse de su pecho.

Poco a poco, la lucidez regresó a ambos, aunque eran incapaces de moverse o de hablar. Solo pasados unos minutos, Evaline consiguió levantar la cabeza y mirar a su marido.

—Menos mal que no hemos llegado. Imagina la cara de todos si nos vieran aparecer de esta manera.

Brian echó la cabeza hacia atrás y se echó a reír, y el sonido hizo que la alegría se agigantara en su interior.

—Tendrán que acostumbrarse, cariño mío, porque pienso poseerte en cada rincón de la mansión.

—Espero que esta sea muy grande —dijo Evaline mostrando una sonrisa traviesa.

—Inmensa.

Brian cubrió los labios sonrientes de su mujer con los suyos y se juró que, por muchos años que pasaran, se aseguraría de que ella lo deseara como él la deseaba a ella.

Siguiente libro de la serie

¿Puede su amor remediar cualquier daño sufrido en el pasado?

Lady Anne lleva años sumida en su ceguera a causa de un fatídico ataque. Aun así, es feliz en su pequeño mundo, protegida por el amor de su familia. Pero una noche bajo las estrellas, conocerá a un hombre que le hará desear poder amar y ser amaba.

Lord Hastings se odia desde el día en que, por su culpa, lady Anne se quedó ciega. Su pesar es tan grande, que se ha vuelto un hombre solitario y triste que vive alejado del mundo en su residencia campestre. Pero cuando hereda el título de vizconde y debe viajar a Londres, decide saldar su deuda averiguando si ella es feliz, pera después desaparecer para siempre.

Hasta que, tras conocerla se enamora de ella, y solo le queda una única opción: decirle la verdad y perderla para siempre…

EXTRACTO

Prólogo

De la nieve caída en el lago nacen los cisnes.

Ramón Gómez De La Serna

Bagshot, condado de Surrey
22 de diciembre de 1805

Protegida de los ojos curiosos, gracias a la oscuridad y a la nieve que caía, Anne salió a escondidas por la puerta trasera de la residencia familiar de los condes de Lodwood.

Estos tres últimos días había resultado más complicado escabullirse sin ser vista, al estar la mansión llena de invitados. Como cada año, sus padres reunían allí a amigos y familiares para pasar juntos las festividades de Navidad, convirtiendo a Collinger Manor en el centro de toda la actividad social de los alrededores.

Excepto por el servicio religioso de la iglesia, donde los feligreses hacían una interpretación especial de los salmos acompañando al párroco, a cargo del órgano. Fue la posibilidad de cantar en un coro lo que animó a Anne a asistir ese año, al ser uno de sus sueños.

Le encantaba la música y deseaba más que cualquier otra cosa poder compartir su talento y

aprender cosas nuevas, por lo que fue imposible no sucumbir a la tentación de participar.

Estaba de más decir que sus padres jamás le permitirían involucrarse de una forma tan personal con los habitantes del pueblo, ya que Anne pertenecía a una familia aristócrata, con un lugar especial y destacado en la primera fila del templo. Por ese motivo, a Anne no le quedó más remedio que engañarles para ir a los ensayos a escondidas. Y era precisamente a uno de esos ensayos a donde se dirigía.

Por desgracia, como hija menor de los condes, tenía obligaciones para con sus invitados, por lo que ya llegaba diez minutos tarde a la iglesia. Aunque lo que más la retrasó fue tener que esperar a que la cocinera estuviera ocupada y así poder marcharse sin que se notara su ausencia.

Pero sus problemas no se reducían solo a no ser descubierta por la señora Smith. Nadie del personal debía enterarse de sus intenciones, o jamás podría realizar su deseo. Y menos aún, su ilustre familia debía saber bajo ningún concepto que llevaba dos semanas escapándose a última hora de la tarde para asistir a los ensayos de un coro navideño.

No importaba que estos se desarrollaran en la iglesia, y que tanto el párroco como su esposa siempre estuvieran presentes. Sabía que sus padres nunca aprobarían semejante conducta, pero, a sus once años, Anne buscaba emociones, y todo aquello se le antojaba un reto.

«Ya falta menos», se dijo a sí misma con una sonrisa cuando divisó el edificio a lo lejos.

Lo tenía todo pensado para cuando llegase el

momento. Entraría junto a su familia para asistir a la misa y ocuparía su asiento con ellos, pero enseguida se levantaría con la excusa de saludar a una amiga en los bancos de atrás y luego se filtraría entre el barullo para ocultarse en la última hilera del coro. La rolliza señora Philips, la verdulera, sería una buena barrera tras la que esconderse. Así evitaría que sus padres la divisaran y la llamaran de inmediato para volver a su lado. Lo que ocurriera después de los cánticos le traía sin cuidado. Habría una tremenda riña, castigos y otras consecuencias, pero Anne habría logrado su objetivo, y nada de lo que los condes hicieran después la haría sentir infeliz o arrepentida.

Al escuchar que el coro había comenzado sin ella, Anne se apresuró a atajar por el cementerio, sin advertir que dos sombras la acechaban.

—Maldita nieve —dijo enfadada, ya que esta le impedía caminar a un ritmo más acelerado.

Hacía tanto frío que apenas había gente en el exterior, y las pocas luces que alumbraban el camino se reducían a la parte delantera de la iglesia. Algo lógico, pues nadie esperaría que con la escasa luz del ocaso, ya extinguida, y por consiguiente con las sombras ocupando cada hueco, alguien fuera tan osado de adentrarse en el camposanto.

Pero Anne no pensó que estaba entrando a solas en un lugar solitario y oscuro, pues solo le preocupaba su retraso.

Un gran error que solo reconoció cuando, de repente, alguien la agarró por detrás y la levantó en volandas, arrastrándola por la nieve. Durante unos segundos, Anne no supo reaccionar. Jamás nadie se había atrevido a faltarle el debido respeto a la hija de

un conde y mucho menos a sujetarla.

Pero ahora, era diferente.

La fuerza con que la aferraban le hacía daño, y la mano que tapaba su boca le impedía respirar con normalidad. Aunque lo peor de todo fue darse cuenta de que las intenciones del hombre eran adentrarla más entre las sombras.

Anne trató de gritar, pero él se limitó a presionarle con más intensidad sobre su boca. Desesperada, comenzó a patalear y a intentar apartar la mano que la asfixiaba. Una tarea inútil, ya que el intruso era demasiado fuerte.

—¿Qué estás haciendo?

Anne se tensó al escuchar la voz de otro hombre tras ellos.

—¿A ti que te parece?

—Solo quería asustarla, y me aseguraste que no sufriría daño alguno.

El hombre que la sostenía se rio y siguió aprisionándola con brusquedad.

—Ahora es nuestra y podemos hacer con ella lo que queramos.

—Pero dijiste… —Algo en el tono de la voz le resultó familiar a Anne. No sabía qué era, pero podría jurar que había escuchado antes esas voces. Sobre todo, la del hombre que quería que su compinche la dejara ir.

—Cállate —dijo el hombre que la sostenía—. ¿Acaso quieres que todos sepan lo que estamos haciendo?

Anne aprovechó su distracción y extendió los

bazos hacia atrás, tratando de arañarle la cara a su captor o darle un codazo en el estómago. Pero ninguno de sus esfuerzos pareció desconcertarlo lo más mínimo. Aun así, intentó hacerlo en repetidas ocasiones, hasta que este lanzó una maldición.

Y entonces Anne lo supo. No eran un par de hombres, sino unos muchachos. Lo supo por su tono de voz, aunque estos susurraran.

—¿Quieres ayudarme a sujetarla?

Anne rezó para que el segundo muchacho no lo hiciera y decidiera ayudarla. Pero en lugar de eso, él se quedó parado, indeciso.

—Eres un cobarde —le soltó enfadado quien la sostenía, mientras tiraba de ella para colocarla entre dos lápidas.

El lugar era perfecto para no ser interrumpidos, al estar a oscuras y entre los árboles detrás de la vicaría. Si el otro muchacho no hacía nada por ayudarla, Anne estaba segura de que su atacante podría hacer con ella lo que quisiera sin que nadie se lo impidiese.

Ann quería suplicarle al otro chico que la ayudara, que no se merecía que le hicieran daño. A pesar de su corta edad, había escuchado suficientes conversaciones de las criadas como para saber que un hombre a solas con una mujer le robaría su virtud y la despojaría de su futuro.

Lloró y pataleó con fuerza, ya que no estaba dispuesta a convertirse en la deshonra de su familia. La idea de que ellos podían matarla se le pasó por la cabeza, y comenzó a sentir verdadero pánico.

En su mente, Anne comenzó a llamar a su padre, Thomas, y a su hermano mayor, Jeremy, a pesar de

saber que estarían en casa, creyéndola a salvo.

Aterrorizada, luchó y se retorció como una anguila mientras trataba de soltarse. Un segundo después, el desconocido la tiró sobre una fría tumba de mármol. El impacto hizo que el mundo se volviera gris mientras su visión se nublaba.

—Sujétala por los brazos mientras le subo las faldas.

Anne podía escuchar su voz y sentir cómo tocaban su cuerpo.

Trató de levantarse, pero una mano le agarró la cabeza y la volvió a lanzar contra el mármol.

—¡He dicho que la sujetes! —dijo enfadado su atacante, aunque Anne apenas podía distinguir sus palabras.

Todo comenzó a ser confuso para ella y solo escuchaba sonidos inconexos. Aun así, siguió tratando de liberarse. El problema era que sentía el cuerpo entumecido y un peso entre sus piernas que se lo impedía.

Sin querer rendirse, alargó la mano, hurgando y buscando algo para usar como arma. Sus dedos se cerraron alrededor de una piedra y la cogió para golpear a su agresor.

Cuando Anne oyó a continuación el grito de dolor y sorpresa, se dio cuenta de que tenía una oportunidad.

Ella no sabía cuál de los dos muchachos había gritado, ignoraba si el segundo estaba todavía presente o se habría marchado, pero tenía que intentar escapar a toda costa.

Sintió el viento frío filtrarse entre sus piernas y supo que él se había levantado o retirado. Debía aprovechar la oportunidad, debía escapar.

Escuchó voces y supo que ambos seguían allí. Pero tenía que huir.

Temblando, y con las escasas fuerzas que aún le quedaban, se levantó de la lápida y se bajó las faldas.

Escapar, tenía que escapar.

Oyó un gruñido y cómo alguien se le acercaba. Intentó correr, pero las piernas no le respondían, mientras un pensamiento se repetía una y otra vez en su cabeza.

«Tengo que salir de aquí. Tengo que escapar».

Pero todo fue inútil cuando una mano la agarró por el pelo y tiró de ella. Notó el aliento del atacante en su rostro y miró su cara. Estaba enmarcada por las sombras, por lo que no pudo distinguir sus rasgos.

—Suéltame —le pidió Anne, a lo que él contestó agarrándola con más fuerza.

La voz del segundo muchacho sonó cerca de ellos y acto seguido el otro la soltó. Por desgracia, lo hizo con tanta violencia que ella fue a parar al suelo, golpeándose en la cabeza con la esquina de una lápida.

Fue entonces cuando las sombras y el frío se apoderaron de ella y solo pudo sentir que algo pegajoso y húmedo caía por su sien. Intentó levantarse, pero le fue imposible.

—Mamá, mamá… —comenzó a sollozar, sintiéndose sola y desamparada y lamentándose de sus actos—. Lo siento, mamá…

Tras sus palabras se dejó caer, al no poder seguir sosteniéndose en pie.

En el suelo, con la sangre fluyendo por su mejilla, sin fuerzas y aterrorizada, Anne se acordó de su familia y de la vida que podía haber tenido.

Quería llorar, retroceder en el tiempo, pero en su lugar se quedó allí quieta, dejando que el frío y la oscuridad se apoderaran de ella. Hasta que un par de manos acunaron su rostro.

No podía ver a través de la oscuridad, pero la voz del muchacho que quería que su agresor la soltara hizo que se calmase.

—Ya estás a salvo. No va a pasarte nada.

Anne no sabía el motivo, pero la voz la tranquilizó, a pesar de pertenecer al otro atacante. Quizá porque desde el principio no se sintió intimidada por él al escuchar cómo pedía que el otro la soltara, o tal vez era por la dulzura de su voz.

Por todo ello, Anne se relajó e intentó ver su cara. Se sentía aturdida y no lograba centrar su visión, pues solo veía sombras oscuras.

Notó que él la cogía en brazos y comenzaba a caminar con ella.

—¿A dónde me llevas? —preguntó Anne con voz débil.

—A tu casa.

Su respuesta la relajó aún más, sin pensar que el muchacho le había dado una importante pista, pues eso indicaba que la conocía. Anne apoyó la cabeza en el pecho del chico y comenzó a caminar a su lado, hasta que se acordó del principal atacante.

—¿Dónde está el otro?

—Se ha marchado. —Le aseguró el muchacho, pero esta vez no se sintió protegida solo por el hecho de escucharle. Esta vez necesitaba más.

—Tienes que ayudarme. Tienes que protegerme de él. —Tosió y jadeó, todavía atontada por el golpe.

—Tranquila. No permitiré que te haga daño.

A lo lejos, Anne comenzó a oír voces que la llamaban, pero el dolor de cabeza se hizo tan grande que solo deseó permanecer en la oscuridad y el silencio.

Sentía que su cuerpo dejaba de responderle y que pronto se desmayaría, pero antes tenía que saber algo.

—¿Quién eres?

Durante unos segundos solo hubo silencio, hasta que el muchacho le respondió.

—Solo alguien que te encontró entre las lápidas.

Ya sin fuerzas, Anne se dejó caer en la inconsciencia, que le traía el sosiego del descanso y la negación del dolor. Por desgracia, no sabía que cuando despertara ya nada volvería a ser igual, pues la oscuridad de esa noche siempre la acompañaría.

Como lo haría el recuerdo del muchacho que la salvó de su atacante al encontrarla entre las lápidas.

Capítulo 1

Londres

Primavera, 1817

El sonido de las notas del piano sonaba por toda la estancia de la mansión de los Lodwood. Como si de una brisa se tratara, la música recorría la sala dándole vida, para después salir a través de las ventanas abiertas a los jardines.

—Querida, ¿por qué no dejas de tocar y te acercas a tomar el té? —La voz de *lady* Lodwood detuvo el aleteo de las manos de Anne sobre las teclas del piano.

Adoraba la música, las sensaciones que esta le producían y la seguridad que notaba al tocar. Pero sobre todo la amaba, al ser algo que podía hacer sin el don de la vista y que podía compartir con su familia. Por supuesto, que tuviera un talento especial para la interpretación de las notas era toda una ventaja, al hacerla brillar con luz propia en su mundo lleno de oscuridad.

Como hija obediente, Anne se levantó del taburete, aunque negó con su mano derecha cuando escuchó que su doncella se le aproximaba.

—Gracias, Doris, pero no hace falta que me acompañes hasta mi sitio.

Con la habitación en silencio, Anne comenzó a caminar, contando los pasos que separaban el piano

del sofá donde había escuchado hablar a su madre.

Mentalmente, recordó cada ubicación de los muebles y se aseguró de no tropezar con la mesita frente al sofá donde estaría dispuesto el té.

Tras doce años de ceguera, estaba acostumbrada a contar sus pasos y visualizar cada habitación donde entraba. Así mismo, tanto su familia como los sirvientes, solían permanecer en silencio cada vez que ella caminaba, para, según ellos, facilitarle su concentración.

Estaba acostumbrada a que todos la consideraran bastante indefensa, aunque estuviera en su propia casa y esta formara parte, casi en exclusiva, de su pequeño mundo. Aun así, prefería callar y sonreír, antes que decirles que era capaz de dar dos pasos sin que todos la observaran temerosos por si tropezaba.

Su mundo había sido así desde aquel nefasto veintidós de diciembre, cuando sufrió la agresión y el fatídico golpe en la cabeza que la dejó ciega. Desde ese día había tratado de olvidar lo sucedido, aunque nunca podría olvidar al muchacho que la socorrió cogiéndola en brazos y llevándola a casa.

De ninguno de los dos atacantes se supo nada. Y respecto a su salvador, todos opinaban que fue un transeúnte que vio la agresión y, sabiendo que estaban obrando mal, la apartó de los desalmados y la puso a salvo. Solo así se podía explicar que por fin alguien interviniera y la ayudara, dejándola además en el umbral de su casa.

Lo más seguro era que fuese alguien que estaba de paso y creyera que caerían sobre él todas las culpas si se quedaba con Anne.

Ella apenas recordaba nada, por lo que no pudo aclarar qué había sucedido. Lo único de lo que estaba segura era que estaba profundamente agradecida a su salvador y, por ello, jamás hubiera podido culparlo cuando se había preocupado de ponerla a salvo.

Por desgracia, nunca podría agradecerle que su atacante no hubiese podido llegar a más o que incluso provocara su muerte, ya fuera por el frío o por más heridas que le causara.

Pero eso pertenecía al pasado y ahora tenía otras cosas más importantes de las que preocuparse.

Una vez sentada junto a su madre, escuchó los pasos de su hermano mayor que se acercaba.

—Compruebo que el olfato de Jeremy es tan bueno como su apetito —dijo sonriendo.

—Más aun tratándose de las famosas tartaletas de manzana de la señora Smith.

Ambas sonrieron y miraron hacia la puerta donde en unos segundos apareció Jeremy.

—¡Qué bien! Llego justo a tiempo.

—Ojalá llegaras a tiempo también para tus obligaciones —repuso su madre, a lo que Jeremy bufó en desacuerdo.

A sus veinticinco años, era uno de los solteros más cotizados y de los que menos ganas tenía de contraer matrimonio. Por el contrario, su madre ardía en deseos de tenerlo casado, del mismo modo que su otra hija, Phoebe, había hecho hacía dos años.

Los tres hermanos Lodwood se llevaban pocos años de edad, pues si bien el mayor estaba a punto de cumplir los veintiséis, la segunda hija, Phoenix, solo

contaba con un año más que Anne, es decir, tenía veinticuatro. La diferencia era que Phoenix desde hacía tres años había contraído matrimonio con un barón, y ahora era *lady* Munford.

Otro dato a destacar de los tres hermanos era que todos ellos eran rubios y atractivos, poseyendo además un carácter sereno. Los tres tenían los ojos de un azul intenso y una sonrisa que llamaba la atención por sus labios carnosos y bien formados. Aunque era Anne la más bella de los tres hermanos y la que portaba un aire delicado y etéreo, que la hacía parecer un ángel.

Fue esta belleza la que hizo pensar a su madre que algún hombre podría desposarse con ella, sin importarle su falta de vista, pero tras tres Temporadas sin haber tenido éxito, y una cuarta recién empezada, ya no estaba tan segura de que fuera posible casar a su hija pequeña.

Aun así, solía decirle que tal vez algún día encontraría a un joven al que le agradara. Pero Anne no se hacía ilusiones, no solo porque no creyera que un desconocido se fijara en ella siendo ciega, sino porque le gustaba su vida.

—Sírveme un poco de té, por favor, madre —dijo Jeremy, que ya se había comido una tartaleta de manzana y miraba otra con ojos hambrientos.

—¿Quieres un poco más de té, Anne? —Por supuesto, todos asumían que a ella le sería imposible hacerlo, y daban por sentado que debían ayudarla.

Anne asintió sonriendo y escuchó el tintineo de la taza y de la tetera, así como el sonido del líquido al verterlo. En realidad, su mundo estaba lleno de sonidos y de imágenes propias de todo lo que la

rodeaba.

Había logrado saber cómo era todo a su alrededor a través del tacto, y por ello le entusiasmaba descubrir cosas nuevas que poder tocar, oler, degustar o escuchar. Para ella, algo tan normal como una flor era todo un acontecimiento, al tener que imaginarse su aspecto uniendo sus recuerdos a su nueva percepción.

—Toma, querida. —La voz de su madre hizo que Anne alargara la mano para coger la taza que aquella le ofrecía.

—Muchas gracias —dijo ella, volviéndose para mirar con una sonrisa hacia donde creía que estaba su madre.

La oyó cómo atosigaba a Jeremy, pero más le interesó oír que Doris se sentaba a su lado, en una silla, dispuesta a asistirla en caso de que la necesitara. Desde su ceguera, era Doris quien la despertaba cada mañana, ayudándola a vestirse y a bañarse. Pero además también la ayudaba con la correspondencia, le leía y la acompañaba a donde Anne quisiera ir.

Había sido ella quien la guiaba por la casa cuando la oscuridad todavía era su enemiga, siendo sus ojos desde entonces. Por ello, Doris no era considerada solo una doncella o dama de compañía cuando se requería, sino como una parte de ella, a la que toda la familia y el servicio trataban con respeto.

—Un poco a la derecha. —Anne escuchó la voz suave de Doris guiando su mano, cuando se dispuso a coger una tartaleta de manzana.

Era tan frecuente oírla dándole alguna indicación, que ya nadie detenía su conversación o se giraba mientras tanto. Parecía como si todos tuvieran

asimilado que la mujer, de unos treinta años, era una extensión de Anne y de su vista.

—Y tú, Anne, vas a acompañarnos al baile de los Pearson, ¿verdad? —Al ver que esta la miraba extrañada, su madre continuó hablando—. Espero que no lo hayas olvidado. Es esta noche y llevo hablándote del baile desde hace tres días.

Anne no lo había olvidado, pero no le apetecía asistir.

—No creo que vaya a asistir —respondió ella, y su madre lanzó un suspiro de tristeza.

—El baile de los Pearson es uno de los momentos más importantes de la Temporada, y la anfitriona se ha portado muy bien contigo.

—Lo sé, mamá, y también sé que te hacía mucha ilusión que asistiera, pero no encuentro sentido ir a esas veladas cuando ya estoy en mi cuarta Temporada —respondió Anne antes de darle un sorbo a su té.

El hecho de que sus amigas y compañeras debutantes hacía ya tiempo que habían conseguido sus partidos, no le importaba a Anne, lo tenía asumido, pero estaba cansada de que unos pocos caballeros, sobre todo, amigos de su familia, la sacaran a bailar por lástima o caridad. En su lugar, prefería ser ignorada y permanecer sentada escuchando la música junto a su madre o su hermana.

—¡Oh!, pero prometí a *lady* Pearson que tocarías su pianoforte para sus invitados.

Anne suspiró, sabiendo que no podría negarse a esa petición, no solo porque para ella era un placer tocar el piano, sino porque, gracias a su talento, había conseguido que muchos dejaran de verla como a una

simple invidente.

Le gustaba imaginárselos observándola con la boca abierta mientras ella ejecutaba con maestría cada pieza de música.

Sabía que tanto su belleza como su talento al piano y el apoyo de su familia habían impedido que la trataran con desdén o antipatía. Un hecho que agradecía, al haber escuchado lo ruin que podían ser con quienes eran diferentes. Como le ocurrió un año atrás a *lady* Evaline, ahora marquesa de Ashton.

—No he pensado en ninguna pieza para el evento. Y además, no he recibido nada nuevo esta semana.

—Tal vez *lady* Pearson tenga algo que te interese y que pueda prestarte para otra ocasión.

Su madre la conocía muy bien y sabía que, ante la perspectiva de una composición nueva, Anne haría cualquier cosa para conseguirla.

—Esta noche acudirá un buen amigo —comenzó a decir su hermano—. Le dije que tocabas como los ángeles, y se mostró deseoso por conocerte.

—¿Tú también, Jeremy? Te quejas de que mamá quiera buscarte una prometida, y tú haces lo mismo conmigo.

—Solo te lo comentaba —dijo él para quitarle importancia.

—Además, ya le confirmé a Phoebe que iríamos —indicó su madre, zanjando la discusión.

—Tú ganas, mamá —declaró Anne—. Iré al baile y procuraré pasar un rato agradable.

Lady Lodwood se inclinó y besó su mejilla para después darle las gracias.

—Eres una hija maravillosa.

—Lo que soy es una boba que es incapaz de deciros que no.

Cuando escuchó levantarse a su hermano, Anne se apresuró a poner las manos frente a ella para impedir que este se acercara.

—Ni se te ocurra besarme en la mejilla. Siempre que hay tartaletas acabas con los labios manchados de miel.

Anne escuchó la carcajada de Jeremy y cómo este le cogía las manos.

—Eres una delicia, hermana. —Y como si fuera un chiquillo con edad de hacer travesuras, tiró de ella y le dio un sonoro beso en la mejilla.

—Eres incorregible —soltó Anne tratando de parecer indignada, aunque disfrutaba del espíritu amable y guasón de su hermano.

Todos los reunidos no pudieron evitar reírse, y menos aún cuando este se despidió de ellas.

—Os dejo a solas para que hagáis cosas de damas.

—No nos engañas, hijo —dijo en tono afectivo *lady* Lodwood—. Te marchas porque se han acabado las tartaletas de manzana.

Anne escuchó las risas de Jeremy alejándose y dejó su taza de té vacía sobre la mesita. Había aceptado ir a la velada de los Pearson esa noche, y ahora tendría que sacrificar parte de su tiempo libre para prepararse.

El problema era que ese día estaba triste y no le apetecía salir de casa.

—No te preocupes, ya verás cómo esta noche te lo

pasarás bien.

—Sí, mamá, lo veré —dijo Anne en un susurro para que nadie la escuchara, tragándose las ganas de decirle: «No, mamá, nunca lo veré».

Capítulo 2

Christian salió de su carruaje, ansioso por entrar en su mansión de Mayfair. Llevaba un mes en Londres, y desde entonces no había dejado de recibir invitaciones. Que hubiera heredado recientemente el título de vizconde era sin duda el detonante de tanta admiración, pero que además fuera joven y soltero, le hacía ser el perfecto candidato para cualquier madre con una hija casadera.

—Creía que nunca podríamos salir de ese lugar —comentó Christian una vez sus pies pisaron la calzada frente a su mansión.

—Para que luego digan que jugar al cricket no es peligroso —contestó su amigo Collins, que en esta ocasión le acompañaba en su viaje a Londres.

—La próxima vez jugaremos a las cartas —repuso Christian encaminándose hacia la puerta abierta, donde le esperaba el mayordomo.

—Mientras no haya mujeres cerca o adictos a las apuestas, estaremos a salvo. —Como respuesta, Collins consiguió un gemido de su amigo.

Sin vacilar, Christian entró en su mansión ofreciendo los guantes, el bastón y el sombrero, del mismo modo que lo hizo su amigo.

—¿Es que nadie tiene en cuenta que solo quiero disfrutar de unos días en la ciudad, sin que tengan que meterme a una prometida por los ojos?

Collins se rio y le siguió a la biblioteca, donde estaba convencido que se sentarían a tomarse un brandy.

—Se te olvida que acabas de heredar el título de vizconde, y eso, amigo, es igual de atrayente para una dama como la miel para las abejas.

Otro gemido de Christian hizo que Collins se sintiera feliz, al gustarle en demasía meterse con él.

—Tienes suerte de ser el hijo mayor del vicario. Yo, en cambio, desde que soy vizconde, no he parado de recibir mensajes de mis abogados y administradores para informarme del estado de mis propiedades y sus responsabilidades.

—Bueno, para eso me tienes a mí.

Christian miró a su amigo Collins y dio las gracias al Cielo por tenerle.

Desde hacía cinco meses, su vida había cambiado al ser el nuevo vizconde Hastings, tras fallecer el anterior en un accidente hípico. Christian tenía una madre y una hermana menor de siete años que habían decidido quedarse en el campo, pues no se sentían preparadas para presentarse ante la sociedad.

Él las comprendía, ya que solo habían pasado dos años desde la muerte de su padre, y su madre aún no se había repuesto. Solo la alegría de Beth, la pequeña de la casa, le daba las fuerzas necesarias para seguir adelante. Pero su caso era distinto, al tener que ir a Londres a arreglar todos los asuntos relacionados con la herencia y sus funciones.

Pero Collins había resultado ser de gran ayuda, puesto que este era su mano derecha no solo en los asuntos legales, sino también con las damas.

Collins, o señor Lawson, era alto, atractivo y con el color del pelo pajizo, mientras que él era más robusto y tenía el cabello castaño. El color de los ojos de ambos era verde, aunque el de Collins era más intenso y brillante. Tal vez debido a que este no arrastraba tantos secretos que le atormentaban, como era el caso de Christian.

Otra diferencia entre ellos era que Collins era más sociable y dicharachero, mientras que el carácter de Christian era más taciturno y selecto. Solo contaba con un par de buenos amigos, a los que apenas veía porque prefería permanecer en su residencia campestre.

—Recuérdame por qué tenemos que aceptar todas esas invitaciones —le pidió Christian a Collins mientras el primero se sentaba en un cómodo sillón y después tomaba un buen trago de brandy.

—Como nuevo vizconde Hastings, debes aparecer en público para presentarte y ocupar tu lugar.

—Un lugar que debería ser para mi padre.

El silencio se apoderó de la estancia dejando a ambos pensativos.

—Debes quitarte de la cabeza que estás usurpando el puesto de tu padre. Él falleció de esas fiebres antes que tu tío muriera. Tú nada tienes que ver con ambas muertes y con que seas el nuevo vizconde.

Christian suspiró y miró la copa de brandy vacía, como si en el fondo estuvieran las respuestas.

—Lo sé, pero desde niño arrastro mucha culpa y me es difícil sentirme bien con todo este asunto.

Collins notó el tono melancólico de su amigo y se levantó de su asiento.

—En ese caso, tendremos que pensar en un entretenimiento para que dejes de lloriquear en tu lujosa biblioteca. —Sin dejar de hablar, Collins se acercó a la estantería más cercana y cogió un libro—. Sería una lástima que estropearas estos libros con tu llanto.

Christian sonrió y estuvo a punto de tirarle la copa de brandy que sostenía en sus manos.

—Recuérdame que esta noche te dé una paliza a las cartas en White's[2]

—Me temo que esta noche no va poder ser. Por si lo has olvidado, quedaste con tu amigo Jeremy en veros en el baile de *lady* Pearson.

Christian gimió al escucharlo. En realidad no lo había olvidado, ya que había estado dándole vueltas a ese encuentro desde primera hora de la mañana.

Conocía a Jeremy desde que ambos eran niños, al ser su familia buena amiga de los condes de Lodwood. De hecho, aún recordaba cómo pasaban juntos las Navidades en la propiedad campestre de los Lodwood, hasta el día del incidente.

Después de ese fatídico día, ambas familias se habían visto en contadas ocasiones, aunque su amistad con Jeremy no había cambiado.

—No lo he olvidado, es solo que…

Collins calló, reconociendo que estaba tratando un tema muy delicado para Christian, que no tardó en recordar ese día de diciembre en la residencia de los Lodwood.

Como en pasadas ocasiones, ese año su familia había sido invitada a pasar las Navidades en compañía de los Lodwood. A su vez, él había invitado a un buen amigo suyo, que había conocido en Eton durante ese curso.

El muchacho se llamaba Oliver Lane y era el hijo menor del conde de Kendrick. Se conocieron por ser compañeros de cuarto y, aunque era de espíritu rebelde, había congeniado bien con Christian, quizá porque por aquel entonces este era un muchacho muy manejable.

Había pensado que Jeremy, Oliver y él formarían un buen equipo, pero a Jeremy no terminó de gustarle Oliver y solía mantenerse a parte.

En aquel entonces Christian no le dio importancia, pero ahora se reprochaba no haber sido tan bueno juzgando el carácter de Oliver. De haber sido así, tal vez *lady* Anne no hubiera perdido la vista y él no se sentiría tan culpable por todo lo que ocurrió.

—Debes enfrentarte a aquello. No puedes seguir culpándote por lo pasado y escondiéndote de esa familia.

—Tú no lo entiendes. Yo estaba allí esa noche, lo vi todo, pero…

Collins se acercó a él y apoyó su mano en el hombro de su amigo.

—Hace doce años de eso. Creo que va siendo hora de que cuentes la verdad o de que calles para siempre. Pero, por tu propio bien, debes tomar una decisión de una vez.

Christian asintió, con la imagen de la joven *lady*

Anne en su mente.

Recordaba que la primera vez que la vio le pareció la niña más bonita que había visto, y eso que ella contaba con apenas ocho años. Desde entonces, la había seguido viendo con frecuencia, mientras contemplaba cómo a cada año iba cambiando y se iba haciendo más encantadora.

Sin embargo, ella nunca pareció fijarse en él, y eso le molestaba. Por eso, cuando fue vista escapándose a hurtadillas de la mansión, le pareció una buena idea seguirla, del mismo modo que le pareció bien darle un buen susto.

Pero nunca pensó que Oliver se comportara de forma tan atroz. Era como si se hubiera transformado en un individuo completamente diferente, que solo buscaba conseguir sus propósitos, sin importarle el daño que causase.

Christian se estremeció al recordar la cara de terror de la joven *lady* Anne, y cómo esta pedía ayuda sin que él pudiera reaccionar.

—Tienes razón. Pero no logro mirar a mi amigo a la cara y contarle lo sucedido.

—No me refería a contárselo solo a tu amigo. —Christian lo miró extrañado—. Debes contárselo también a ella.

Nada más escucharle, Christian se levantó de su asiento y se alejó de él como si se hubiera quemado.

—No puedo hacer eso. Sabes que llevo años evitándola porque soy incapaz de verla y comprobar… —Se sentía reacio a poner en palabras la amargura que sentía al verla tan desvalida—. Además, ¿qué pasa si me reconoce?

—Te recuerdo que es ciega. No creo que lo haga.

Christian se giró para mirarle.

—Puede recordar mi voz.

—La voz que ella escuchó fue la de un niño. Y si no la ha reconocido antes, no lo hará ahora.

—Antes no la reconoció porque apenas nos hemos hablado.

Cansado de las excusas, Collins se dirigió a la puerta.

—Puedes repetirte una y mil veces las tonterías que quieras, pero sabes perfectamente que ella no va a reconocerte. Además, eres tú el que se siente culpable y quiere purgar su pena, así que, ¿qué piensas hacer al respecto?

Sin más, Collins se marchó, dejando a Christian a solas con sus pensamientos.

Era cierto que quería hacer algo para dejar de sentirse culpable, del mismo modo que tenía miedo de las consecuencias si contaba su implicación en el incidente. ¿Pero cómo podía borrar su culpa, si dejaba pasar los años sin hacer nada?

—¿Por qué tuve que hacer caso a Oliver? —se repitió a sí mismo, como era habitual cada vez que pensaba en la joven *lady* Anne.

Había creído que cortando su amistad con Oliver, al que apenas veía desde entonces, y dejando de visitar a los Lodwood su culpabilidad disminuiría con los años, pero lo cierto era que cada vez se hacía más insoportable.

Quizá había llegado el momento de enfrentarse de una vez a sus miedos y compartir todo lo que sabía,

con la esperanza de dar algo de paz a su alma arrepentida.

Además, ¿qué podía perder si lo contaba todo y salía a la luz su implicación?

Ahora era el vizconde Hastings frente a una solterona ciega. ¿Qué podría hacer ella o su familia para dañarle?

Notas

[1] El White's Gentlemen's Club es el club privado más antiguo de Londres y pasa por ser el más exclusivo del mundo. Se fundó en 1693.

[2] White's es el club de caballeros más antiguo de Londres, fundado en 1693, y muchos lo consideran el club privado más exclusivo de la ciudad.